

SIMONA SPARACO

EL SILENCIO DE NUESTRAS PALABRAS



 Planeta

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

23 de marzo, 23.41 horas

Primera parte

8.52 horas. Quince horas antes del incendio

9.47 horas

10.03 horas

10.33 horas

Segunda parte

17.15 horas. Seis horas antes del incendio

19.31 horas

20.55 horas

21.53 horas

23.31 horas

Tercera parte

23 de marzo. Un año después 8.52 horas

Nota de la autora

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Es medianoche y una fina niebla envuelve la ciudad dormida mientras en un edificio se origina un incendio cuyas llamas, lentas e invisibles, comienzan a devorar lo que encuentran. En uno de los pisos Alice se duerme mientras espera que Matthias, su nuevo amor del que todavía no se ha decidido a hablar a su madre, regrese. Bastien, el hijo de otra de las vecinas, lleva meses tratando de revelar algo que podría romperle el corazón, pero no encuentra el coraje para hacerlo. Otro tipo de coraje es el que le falta a Polina, una antigua bailarina clásica, incapaz de aceptar su cuerpo tras la maternidad.

Pero tanto para ellos como para el resto de habitantes del edificio ya no queda tiempo: los acontecimientos están a punto de revolucionar sus perspectivas, obligándolos a tomar decisiones extremas y a descubrir, al fin, que las distancias que nos separan de los demás sólo se superan con un amor absoluto: aquel que no conoce condiciones.

EL SILENCIO DE NUESTRAS PALABRAS

Simona Sparaco

Traducción de Isabel González-Gallarza



Esta novela ha merecido el Premio DeA Planeta 2019, concedido por un jurado compuesto por Massimo Carlotto, Marco Drago, Claudio Giunta, Rosaria Renna y Manuela Stefanelli.

A Cherie y Francesca, que caminan a mi lado en esta vida.

A la tía Renata, que me espera en la otra.

23 de marzo, 23.41 horas

El cielo está despejado y perforado de estrellas, oculto a ratos por una neblina que acaricia la ciudad. Mientras la oscuridad trata de propagarse sobre la metrópoli, un edificio de fachada rosa claro se incendia. Sin ninguna señal premonitoria. De improviso, las llamas.

En pocos minutos el incendio alcanzará el revestimiento exterior y se extenderá con igual rapidez por las cuatro plantas del edificio.

Más tarde se descubrirá la causa: un cortocircuito en el frigorífico de un apartamento de la segunda planta, el 3B. Una vivienda de tres dormitorios repartidos en ciento treinta metros cuadrados.

En la cocina revestida de linóleo hinchado y amarillento hay un tablón tapizado de dibujos y viejas fotografías, y la despensa llena de polvo sólo contiene un paquete de galletas caducadas y alguna que otra botella con restos de licor.

Las llamas avanzan hacia los dormitorios, donde los colchones y las almohadas están cubiertos por una pátina opaca, luego suben por los armarios impregnados de naftalina, rodeando colchas apolilladas y contenedores de plástico, hasta encontrar al fin el tejido suave y altamente inflamable de las cortinas de viscosa.

Alice está dos plantas más arriba. En el apartamento en el que se encuentra, el humo es aún una neblina apenas perceptible. Pero si estuviera despierta, reconocería el olor. Si estuviera despierta, también habría oído el teléfono al primer timbrazo. Pero hace veintiún años que de noche Alice se queda dormida como un tronco, igual que una niña.

A menudo sueña que vuela. A veces cae en picado. Un sobresalto sacude su cuerpo justo cuando está a punto de tocar tierra. No suele despertarse, al contrario, cambia de escenario y retoma el vuelo.

Cuando la llamaba para ir al colegio, su madre solía echarle unas gotas de agua en la cara. Ahora le vendrían bien unas gotas de agua. Y su madre.

En la pantalla iluminada parpadea el nombre de Matthias. Él también conseguiría despertarla si estuviera allí. Si no se hubiera quedado atrapado en el ascensor.

En la tercera planta, Naima duerme también. Una vez leyó en un libro que los seres humanos

sueñan más con los regresos que con las partidas. En su sueño su hijo la llama desde la despensa de la casa de su infancia. Está refugiado ahí dentro, como si tuviera miedo, y su presencia es un error cronológico que en el sueño se hace posible: la llama repetidamente con voz de niño, un niño de la edad de Naima cuando vivía allí, pero tiene cara de hombre, su cara actual.

Cuando abre los ojos, casi a la fuerza, se da cuenta de que el humo ha tendido un velo entre la habitación y ella. Tose a la primera inspiración y siente un escalofrío. Se vuelve de un brinco hacia la mesilla de noche para encender la luz. Ya no funciona.

Alarga una mano en la oscuridad para aferrarse a la silla de ruedas, pero los nervios vuelven imprecisos sus movimientos y, sin querer, aparta de un manotazo la silla, que va a parar fuera de su alcance.

Se queda inmóvil unos segundos, recuerda a una marioneta desarticulada, con el busto hacia delante y la mano vuelta hacia la rodilla. Nunca ha odiado tanto su cuerpo inerte como en esa fracción de segundo. Trata de pedir auxilio, pero en lugar de su voz sólo sale un estertor que no tarda en morir en otro golpe de tos.

Se lleva ambas manos a la garganta. Piensa en su marido, se lo imagina en la otra habitación, dormido delante del televisor, aturdido ya por el humo.

Tiene que hacer algo. Si es cierto que los sueños conciernen más a los regresos que a las partidas, cuando se está despierto las partidas pueden ser el único asidero. Naima reúne fuerzas y supera el borde de la cama.

Se deja caer, tendiendo los brazos hacia delante para protegerse el rostro.

El impacto la deja sin respiración. Su pecho se estrella contra el suelo. Luego siente un dolor al volver a respirar, y a cada golpe de tos una punzada le atraviesa el esternón.

Mientras clava los codos para arrastrarse hacia la puerta, los pensamientos de Naima se van volviendo más ilógicos y circulares, pero ni por un instante acaricia la idea de rendirse: tiene que llegar hasta donde está su marido.

En la planta inferior vive Polina, justo en el apartamento contiguo a aquel donde se ha desatado el incendio. Estaba tan cansada que ni siquiera se ha cambiado. Aún lleva puestas las mallas de ballet y una camiseta descolorida en la que pone BELIEVE IT.

Hace días que no duerme. Su hijo de dos meses no para de llorar, y eso que ella lo amamanta y le cambia el pañal cuando lo necesita, con la precisión que la caracteriza. Quizá el niño tenga cólicos, piensa justo antes de quedarse dormida, descartando la hipótesis de que quiera que lo coja en brazos.

Polina no sabe tenerlo en brazos. Y no se aclara con los llantos de su hijo.

Mientras duerme, vuelve a oírlo. Como una culebra, serpentea en el sueño. Pero es un llanto distinto, y por primera vez se impone sobre el sueño intermitente que estaba teniendo Polina. Por

fin consigue descifrar ese llanto. Es un alfabeto morse que poco a poco desvela su significado. Es un grito de auxilio. Un grito desesperado.

Lo primero que nota es el calor. Al levantarse de la cama, se le echa encima y la envuelve como un manto. Le quemán los ojos y la garganta mientras trata de abrirse camino en la oscuridad. Tiene la respiración ahogada, los golpes de tos la cierran cada vez que intenta hacerse más amplia. Y mientras, avanza hacia el cochecito, con los brazos hacia delante y el corazón retumbándole en los oídos.

El llanto está allá abajo, en algún sitio. Pero a cada paso parece más lejano.

El edificio aún no muestra señales evidentes de su herida, al menos por fuera. El humo que se escapa por algunas ventanas se confunde con la niebla que cubre la ciudad y que el viento dispersa, agitando también las aguas del río que fluye por debajo. Al otro lado del puente, casi enfrente del edificio, hay una tienda de comestibles abierta las veinticuatro horas. Es el negocio familiar en el que Hulya cumple hoy su primer turno de noche.

Su nombre significa «sueño» en turco. Su madre se lo puso porque después de dos hijos varones esperaba tener una niña, y cuando veinte años atrás la estrechó entre sus brazos, comprendió que por fin su sueño se había cumplido. Hulya, en cambio, no cree en los sueños; le parecen una inútil huida de la realidad. Ha elaborado un método alternativo para gestionar la vida: la filma con su móvil, dividiéndola en pequeños fotogramas manejables, después vuelve a montarla y la corrige, introduciendo filtros, efectos y una banda sonora.

Esa noche, para matar el rato, navega como siempre por las redes sociales, entre vídeos de aficionados y galerías de fotos, hasta que la campanilla de la puerta la avisa de que ha entrado un cliente.

Hulya alza los ojos de la pantalla y siente un escalofrío que le muerde la espina dorsal.

Delante de ella hay un hombre. Jadea con los ojos desorbitados, como si acabara de ver un monstruo en la acera de enfrente.

—¡No tengo móvil, llama a los bomberos! —le grita indicándole el puente con el brazo—. ¡Hay un edificio en llamas!

Las tareas de extinción duran hasta el amanecer del 24 de marzo, pero las estrellas se apagan mucho antes, cuando el humo empieza a elevarse en el cielo.

Primera parte

Las combustiones son procesos de oxidación. En la naturaleza, a temperatura ambiente proceden a velocidades mínimas, como si estuvieran en un estado de aparente «letargo». Existe un umbral, denominado de activación, por debajo del cual las moléculas que componen la materia se entrechocan sin reaccionar.

8.52 horas

Quince horas antes del incendio

Alice

Como casi todas las mañanas, también la de aquel 23 de marzo, el teléfono de Alice empezó a sonar, puntual.

Ella dormía tan profundamente que parecía que ningún sonido pudiera alcanzarla. Fue más bien al chico tumbado a su lado, Matthias, al que molestó el ruido. Se limitó sin embargo a meter la cabeza debajo de la almohada.

Aunque tenía el sueño pesado, de noche Alice daba vueltas en la cama como un animal acosado. Al despertar podía aparecer cabeza abajo, en una postura inverosímil. Desde que vivía con Matthias —diez semanas y tres días—, cuando dormía se movía a su alrededor, mientras que él solía quedarse inmóvil como un cadáver.

Esa mañana estaba totalmente desnuda, con una mano apoyada en el pecho del chico y un muslo sobre su pubis. Él también estaba desnudo, vuelto casi de tres cuartos, como si en los últimos desplazamientos hubiera intentado en vano sustraerse a sus continuas invasiones.

A muchos kilómetros de distancia, en un pueblecito de la provincia italiana, la madre de Alice, Silvana, se rindió y colgó el teléfono.

«Son las nueve, tendrá clase en la universidad —pensó con la obsesión controladora que la caracterizaba—. No puede permitirse dormir hasta tarde.»

Silvana estaba en su restaurante, en el obrador contiguo a la cocina. Para llamar a su hija se había alejado de la encimera donde, temprano por la mañana, extendía con su hermana la masa para la pasta.

—No me contesta —se lamentó volviendo al trabajo.

—Estará durmiendo —repuso irónica su hermana.

—No debería dormir. Tiene que estudiar.

—Es buena chica, lo sabes.

En la habitación de al lado —la pequeña antecámara en la que tomaban las reservas—, Franco, su marido, hablaba al teléfono con un proveedor. En un intento por calmar los nervios, Silvana se centró en mezclar con brío en el cuenco el relleno de los raviolis.

—¡Franco! —lo llamó cuando oyó que había terminado de hablar por teléfono.

El marido se asomó:

—¿Qué pasa, Silvana?

—Alice no me contesta.

—¿Y qué?

—¡Nunca oye el teléfono, pero tiene que despertarse!

—Igual ya ha salido, se lo habrá olvidado en casa. Déjala tranquila.

—Sí, déjala tranquila... ¡A ver luego qué notas saca!

—Serán buenas.

—Sale todas las noches. Esperemos que no vaya por mal camino...

—Bueno, yo me voy —la cortó él en tono resignado antes de cerrar la puerta y dejar a su mujer farfullar con su hermana, que, según Franco, se subiría al podio con él el día que les dieran el premio a la paciencia.

Unos minutos más tarde, la masa estaba extendida y Silvana sólo tenía que repartir el relleno con la cuchara en los espacios para tal fin, pero algo la desconcentró. Con el dorso de la mano se apartó el mechón de cabello que le caía en la frente y se alejó para ir al baño.

Se miró en el espejo delante del lavabo y se descubrió un profundo surco en mitad del entrecejo. No le molestó, al contrario, le pareció una señal adecuada. Estaba preocupada, ¿por qué debería haberlo ocultado? ¿Por qué sólo ella entendía la gravedad de la situación?

Alice llevaba en Berlín desde primeros de octubre con una beca Erasmus de la Facultad de Arquitectura, y su madre apenas sabía nada de cómo se encontraba ni de lo que hacía allí. En los informativos de la televisión sólo hablaban de atentados sin fin, historias de tensiones sociales y tiroteos. Alice era tan ingenua, tan desordenada y distraída... Desde que se había marchado parecía incluso que no quisiera hablar con ella, se negaba, no contestaba al teléfono ni le devolvía las llamadas; las pocas veces que Silvana conseguía obligarla a hablar, tenía que sacarle a la fuerza frases a medias, fragmentos breves y valiosos sobre los que rumiar durante horas y días en un intento por extraerles alguna información útil.

Silvana se preguntaba cómo pasaba los días su hija; se imaginaba el campus de la universidad, lleno de pequeños restaurantes en alemán con incomprensibles cartas de menús, y su residencia, que, por lo que Alice le había contado a Franco,apestaba a perro mojado y a las salchichas frías que les ponían de desayuno. Sabía de las exposiciones y los museos que Alice había tenido ocasión de visitar: eso también se lo había dicho Franco, que, al contrario que ella, sí conseguía hablar con su hija.

No había vuelto ni para las vacaciones de Navidad porque había acumulado retraso en sus estudios. «Ni una sola Navidad más sin Alice», se había prometido Silvana en fin de año, acordándose de cuando se habían despedido en el aeropuerto y, delante de todos, la había abrazado con un ímpetu tan intenso que daba la impresión de que quisiera devolverla a su seno de alguna manera.

—Ya no es una niña —le repetía a menudo Franco—, y nunca ha sido nuestra.

«Está tan lejos», pensó Silvana esa mañana, mirándose al espejo. Se vio el rostro hinchado y mucho más viejo que cuando, poco antes de traerla al mundo, se preguntaba si sería niña y a quién se parecería. Clavadita a su padre, ahora podía decirlo: el mismo color de tez y de cabello, la misma sonrisa y las mismas ganas de holgazanear hasta tarde; de no ser porque siempre había alguien para recordarles que tenían que espabilar si querían ir al ritmo de la vida, los muy fantasiosos eran capaces de perderse. Como se estaba perdiendo Alice, se imaginó Silvana. Por lo pronto, las clases de la mañana: porque se la imaginaba perfectamente, durmiendo como un tronco pese a lo incómoda que era la cama de su residencia de estudiantes, con los vecinos de la habitación de al lado haciendo ruido al prepararse, y ella sin oír nada, como de costumbre.

Para obligarse a interrumpir esa demora improductiva, Silvana abrió el grifo del lavabo con un gesto decidido y se mojó las manos. Después se masajeó despacio el entrecejo. Tenía que volver al trabajo antes de que se secase la masa.

Volvió a sacarse el móvil del bolsillo para mandarle un mensaje a su hija:

Alice, ¿por qué nunca me contestas? ¿Es que tengo que pasarme toda la vida persiguiéndote?

Naima

En la planta inferior hacía poco que Naima había abierto los ojos y, como cada 23 de marzo, recordó que habían pasado muchos años desde el día del diagnóstico. Treinta y tres ya.

Por un instante, se concedió revivir la sensación de las piernas en movimiento, la consistencia de los granos de arena durante los paseos veraniegos en Cassis, el cosquilleo en la planta de los pies y todos esos recuerdos precisos de la juventud vividos entonces como un hecho normal, en la inconsciencia de lo que ocurriría después, precisamente el 23 de marzo de hacía treinta y tres años, cuando para ella había empezado una silenciosa cuenta atrás.

Como cada mañana desde hacía más de medio siglo, Naima vio a Gerard, su marido, tumbado a su lado. Ella se dormía siempre sola en el cuarto porque a él le gustaba ver la televisión hasta tarde en el salón. Era una costumbre que tenía ya desde antes de jubilarse. Pero, al menos hasta hacía un año, de noche sus cuerpos tendían a buscarse, aunque sólo fuera para un leve contacto, y no era extraño que, al despertar, Naima se lo encontrara sobre ella, con las piernas ligadas a las suyas y una mano apoyada en el brazo o en el hombro, como si hubiera buscado retenerla.

En los últimos tiempos las cosas habían cambiado. Cada vez más a menudo, al despertar Naima encontraba a Gerard acurrucado él solo, de espaldas a ella.

Para sustraerse a la melancolía de su aniversario, esa mañana se abstrajo observándolo: el perfil del costado que se alzaba y bajaba siguiendo el ritmo de una respiración que con los años se iba haciendo más cavernosa; la nariz, que había adquirido volumen; el cabello, abundante aún

pero encanecido; la tela raída del pijama. Trató de adivinar sus sueños, como hacía de día con sus pensamientos, cada vez que su humor se oscurecía y dejaba incluso de quejarse.

Seguía siendo el mismo hombre que había conocido de joven en Marsella; su gran amor, madurado pese a las rivalidades familiares —ella, argelina de familia musulmana; él, católico y francés—, y al que, fugándose de casa, había seguido hasta Alemania. El mismo héroe de su adolescencia, que, sin embargo, no estaba envejeciendo bien: las continuas subidas de tensión, las lagunas de memoria, ese desaliño que no cuadraba con su elegancia del pasado.

Unos días atrás lo había visto salir de la ducha y pedirle un vaso de agua. Cuando se lo había servido, él ni siquiera lo había cogido y se había quedado mirándola unos instantes, como preguntándose qué hacía allí su mujer delante de él con ese vaso en la mano.

No era, pues, de extrañar que Tine, su asistenta, llevara varios meses quedándose a dormir en la casa. Tenía que cuidarlos a ambos. Era el último síntoma de la enfermedad, pensaba Naima. Tine había llegado con el empeoramiento de sus condiciones, una aceleración imprevista, brutal. Una imposición.

Seguramente ya estaría levantada a esa hora, con su bata de flores rosa, su cabello ralo y sin volumen, trajinando en la cocina, desde donde, en efecto, no tardó en llegar el ruido de tazas y sartenes, señal de que estaba preparando el desayuno.

Naima vivía la presencia de la asistenta como una invasión del territorio cotidiano, compuesto por pequeños gestos que en tiempos hacía ella misma. Como si la enfermedad y Tine estuvieran aliadas de algún modo en el intento de hacerla retroceder a una dimensión infantil. Como si hubieran querido obligarla a volver atrás, a los años en que su padre gritaba en la cocina, blandiendo una escoba con ferocidad, y su madre se desahogaba después con ella, rapándole el cabello casi al cero con el pretexto del tifus o de los piojos y manteniéndola prisionera de sus inseguridades ancestrales.

Naima había perdido ya casi por completo la sensibilidad en las extremidades inferiores —al tacto, al frío, al calor, incluso al dolor—, pero seguía siendo tan tenaz y soberbia como de joven. Era incontinente, apenas conseguía contraer los músculos de los esfínteres y no siempre lograba sentarse ella sola en la silla de ruedas, pero no renunciaba a intentarlo.

Paseó la mirada por toda la habitación hasta abarcar la silueta oscura de la silla a su izquierda —ese ambiguo exoesqueleto compuesto de correas flexibles y resistentes que llevaba encima casi todo el día— y, en ese instante, el timbre inesperado del teléfono la sacó de sus pensamientos. Pensó que sería Bastien, su hijo.

No el niño de poco más de un metro que le decía con voz angelical: «Mamá, eres la más guapa del mundo y de mayor quiero casarme contigo». No el niño de belleza de efebo al que bañaba por las noches y al que cubría de besos y sonrisas entre las sábanas, sino el hombre taciturno y áspero que lo había destronado. El hombre de cabello negro azabache, barba descuidada y tez oscura, como su abuelo materno, del que había heredado también la voz ronca y la tendencia a refunfuñar.

Bastien tenía casi treinta años ya, y lejos quedaban los recuerdos de cuando aún vivía con

ellos. Durante mucho tiempo les había quitado el sueño por sus malas compañías, por el muro que había erigido entre ellos y él. Cuando volvía a casa, en plena noche, tenía esa mirada fuera de sí que obligaba a Naima a rebuscar en sus bolsillos, convencida de que guardaba droga en ellos. Y en esos tiempos cuántas sustancias había encontrado, sustancias que le habían traído problemas. La policía los había llamado un par de veces para avisarlos de que el muchacho se metía en peleas. Era un milagro que nunca le hubiera caído ninguna condena por tráfico, pero cuánta vergüenza pasaron el día que decidieron retenerlo en la cárcel casi una semana...

Antes incluso de terminar el bachillerato, Bastien ya había querido independizarse, subsistiendo con toda clase de pequeños trabajos, y desaparecía sin dar noticias durante larguísimos períodos. Se ocupaba de ordenadores, lo único que siempre le había interesado de verdad. Cuando reaparecía en sus vidas, tenía siempre la mirada ausente, perdida no se sabe dónde, quizá en alguna parte de sus mundos virtuales, ya que, según decía, inventaba aplicaciones para móvil.

Naima se había enterado, por una antigua compañera de colegio de Bastien que vivía en el barrio y que iba a verla de vez en cuando, de que su hijo estaba con una mujer mayor que él, profesora de yoga, de padre iraní y madre moldava, agnóstica como Bastien.

Desde hacía unos meses Bastien iba a desayunar con ellos casi todas las mañanas, algo que Naima no alcanzaba a entender. Les llevaba sus dulces preferidos. Aquello debería haberle gustado, o al menos tranquilizado, pero Naima nunca había confiado en su hijo, no había aprendido a hacerlo. Los cambios de rumbo siempre la habían hecho recelar: ¿qué había cambiado de verdad desde los tiempos de las peleas, desde cuando bastaba el sonido del timbre de la puerta para alarmarla? «¿Estará tramando algo?», se repetía siempre que lo veía. Para empezar, ¿por qué quería de pronto que se trasladaran a una residencia? Decía que ya no podían vivir allí solos y que no les bastaba una asistenta para cubrir todas sus necesidades. Pero ¿por qué tantas atenciones para con ellos de repente?

Naima lo veía comportarse como si fuera el cabeza de familia, ¿con qué derecho? «¿Sería capaz?», se preguntaba, reflexionando sobre el hecho de que Bastien tenía ahora el mismo tono arrogante de su abuelo.

«Hay que vender la casa cuanto antes, también porque se cae a pedazos y, las cosas como son, Naima, necesitaría unas obras de reestructuración radicales», le había dicho.

Sí, la llamaba Naima. Y eso también la desconcertaba. ¿Desde cuándo había dejado ese niño de llamarla mamá? ¿Cuándo había sido? «¿Por qué en un momento dado pasé a ser Naima? ¿Necesitará dinero? ¿Se habrá metido en algún lío?»

El hombre en cuestión, Bastien, se había llevado al niño al que Naima se había dedicado durante tantos años y lo había encerrado dentro de una coraza. A veces su madre se hacía la ilusión de que lo reconocía, atrapado dentro de los ojos oscuros del Bastien adulto, y le habría gustado contarle una historia, como hacía cuando le leía cuentos antes de dormir. Pero Naima no era capaz de contarle nada al tipo sombrío y huraño que había ocupado su lugar.

Sólo cuando entreveía al niño se volvía Naima más dócil y maleable, casi en señal de rendición; como si confiara en un rescate que le devolviera el botín, aceptaba los consejos menos radicales, como el de contratar a Tine a tiempo completo o el de dejar el móvil en el baño porque «las radiaciones no son buenas, sobre todo de noche, mientras duermes». Esperaba que le devolvieran a su niño, aunque sabía que quien la llamaba esa mañana era el Bastien adulto, aquel en el que ya no confiaba. Porque era casi la hora del desayuno. «Seguramente tendrá hambre, o algún documento que quiera que firme, como la otra vez.»

Agarró el manillar de la silla de ruedas y apartó las sábanas para prepararse a bajar de la cama. Y sólo entonces se dio cuenta de que una de las piernas de Gerard estaba entrelazada con las suyas.

Polina

En el estudio en el que vivía Polina, en la segunda planta, había un silencio tal que por un instante creyó que el llanto nocturno e ininterrumpido de su hijo la había dejado sorda.

Janis se había dormido por fin.

Hasta hacía unos minutos, también ella no deseaba otra cosa que no fuera dormir, sumirse en el sueño químico al que de vez en cuando recurría de noche. Había estado tentada de tomarse un sedante, ¿y por qué no lo había hecho?, ¿por qué se había quedado inmóvil en la cama, con los ojos abiertos como platos, observando por la ventana la pared gris del edificio de enfrente?

El agujero que tenía dentro, en alguna parte imprecisa, y que se la estaba tragando despacio, se había agrandado de repente. Polina había notado como un derrumbe en el pecho, y ahora una nueva fuerza, más violenta, la atraía inexorablemente al interior de ese vacío.

Poco quedaba del cuerpo de bailarina profesional que había sido el suyo durante años. Tenía las piernas hinchadas, había cogido peso y lo notaba todo en el diafragma, como si su vientre siguiera grávido y ella hubiera envejecido de golpe, cuando en realidad sólo tenía veintitrés años.

Sentía que la habían abandonado las fuerzas, dentro de sí sobrevivían sólo deseos primarios, lábiles e indecisos. Se había convertido en una concha fósil, enterrada bajo la arena. Mientras que el molusco que la había habitado durante nueve meses estaba tendido, inmóvil por fin, dentro de un cochecito azul de segunda mano aparcado a dos pasos de la ventana.

Polina nunca había amamantado a Janis. Se había negado desde el primer día. «El calostro es importante para las defensas inmunitarias», le había advertido el médico. Polina no había contestado, se había limitado a sonreírle como aturdida y a decir que no con la cabeza; se había sentido petrificada ante la perspectiva de un gesto tan sencillo, y al mismo tiempo tan absoluto, de rendición.

«Tienes que defenderte tú solita. —¿No era eso lo que le repetía siempre su madre?—. Como

he hecho yo.»

Cuando una enfermera de aire severo y cabello oxigenado le había suministrado el fármaco que le bloquearía la subida de la leche, Polina se había sentido observada con desprecio. Pero había pensado: «No me importa». Y en su fuero interno había bendecido la leche en polvo, los esterilizadores y los biberones con tetina gradual.

Había bajado la mirada, en un gesto casi de respeto por el desprecio de la mujer, pero no se había dejado corroer por ningún remordimiento, sintiendo en su lugar el inesperado alivio de saber que su cuerpo volvía a ser uno solo, vaciado y desinfectado.

Volvía a ser suyo.

Dos meses después del parto seguía convencida de no tener ningún sentimiento de culpa con respecto al niño. «Me lo ha quitado todo», había pensado, mirando fijamente la pared. Mientras que ella le había dado la vida.

Los sentimientos de culpa se le habían enquistado en otras partes: en el rescate fallido de una infancia sacrificada por un sueño que aún no se había cumplido; en la voz de su padre, que tan sólo unos meses antes le había dicho: «Vengo para el nacimiento, ¿puedes pagarme el billete?».

Al teléfono tenía el mismo tono monocorde de los días en que debía arreglar los detalles para el funeral de su esposa y se preocupaba con Polina de los pocos ahorros que quedaban. Por eso ella le había rogado que no fuera, que le diera algo de tiempo para organizarse, porque en ese momento todo lo que Polina había dejado en su pequeña aldea en Jūrmala, asomada al golfo de Riga, en el Báltico, le evocaba fracaso y muerte.

Janis volvió a dar señales de vida con tímidos gimoteos que expresaban quién sabe qué necesidad. Había comido, tenía el pañal limpio, lo normal era que durmiera. Sin levantarse de la cama, Polina imaginó sus ojos abiertos como platos, escrutando circunspectos la habitación.

Cuando era pequeña, Anita, su abuela paterna, le había explicado, a propósito de un primo que acababa de nacer, que el rostro de los recién nacidos cambia cada día, adoptando incluso las expresiones de lejanos antepasados desconocidos.

Los gimoteos de Janis se volvieron más agudos e insistentes, hasta obligarla a levantarse de la cama. Una tontería que le costó un esfuerzo sobrehumano.

Se acercó a la cuna bajo la ventana y lo miró.

Para ella, su hijo no se parecía a nadie conocido. Al menos, no de su familia. Pero era cierto que su rostro cambiaba cada día, sin dejar de ser el mismo.

Un intruso.

9.47 horas

Hulya

A esa hora Hulya recorría deprisa la Wilhelmstrasse y acababa de pasar bajo la ventana de Polina, sin saber que era la suya. Sólo sabía que vivía en ese edificio, en la esquina con Hallesches Ufer, porque una de las primeras mañanas que la había visto, mientras Polina desayunaba en su colmado, se había atrevido a preguntarle si vivía en el barrio, y Polina, aunque molesta por su interés, le había señalado el edificio al otro lado del canal, añadiendo que se había mudado hacía poco.

Pensaba en Polina casi todos los días, preguntándose si conseguía dormir por la noche o si había vuelto a bailar. Era curioso cómo una desconocida se había apoderado así de sus pensamientos.

Pero ese 23 de marzo Hulya llegaba tarde y tenía prisa por reunirse con su hermano, que la esperaba en la tienda para que lo sustituyera. Por eso cruzó el puente a paso rápido, sin levantar la mirada del asfalto que desfilaba bajo sus pies.

Para la familia de Hulya, los colmados eran el centro del universo. Tal y como lo veía su padre, Atatürk en persona se le había aparecido en sueños para encomendarle esa misión. Su cruzada personal: enriquecerse para conjurar el hambre sufrida de niño y conseguir abrir otros cinco colmados en la ciudad, todos con el rótulo amarillo mostaza sobre fondo rojo ketchup. Lo demás tenía poca importancia. En algunos casos lo demás resultaba irritante, como el hecho de que en su tiempo libre Hulya jugase en la línea de tres cuartos en un equipo femenino de rugby.

Cuando entró en la tienda, su hermano no la saludó siquiera. Estaba en la caja, con expresión sombría.

—Umut ha tenido un cólico renal esta noche —la informó refiriéndose a su otro hermano, que ya no vivía con ellos desde hacía tiempo—. Me ha llamado papá para decirme que tienes que venir tú esta noche, hacia las nueve. Espera que haga un par de llamadas, después puedes irte a casa a estudiar. Te relevará Mensur, como tarde a medianoche, cuando vuelva a la ciudad.

Era la primera vez que a Hulya le pedían que hiciera un turno de noche, y la sola idea la sumió en un estado de expectación. Debía de ser de verdad una emergencia, porque por lo general su padre no la dejaba salir sola de noche.

Oficialmente estaba matriculada en primero de Idiomas en la universidad, pero ese día no tenía intención de volver a casa a estudiar, sino de reunirse con el equipo para entrenar. La esperanza

de un puesto como titular había terminado en el banquillo igual que ella, pero no así sus ganas de jugar y de sentirse parte de una familia mucho menos opresiva y juzgadora que la suya.

No estaba obligada a informar a su hermano de dónde pensaba ir una vez terminado su turno en la caja, ni tampoco a Mensur.

Mensur era el prometido de Hulya desde hacía tanto tiempo que en la familia todos lo trataban como si ya fuera su marido, incluso trabajaba con ellos, mientras que para ella se había convertido en un tercer hermano. Hulya ni siquiera recordaba exactamente dónde estaba, de dónde tenía que volver; por un instante valoró si recabar ese dato de su hermano, pero decidió olvidarlo. Últimamente decidía olvidar las cosas con mucha frecuencia. Para ser precisos, desde hacía un año, desde que en su vida había ocurrido algo que no se atrevía a contarle a nadie, a veces ni siquiera a sí misma.

Cuando se le pasaba por la cabeza el recuerdo de ese momento, se le imponía también la imagen de la mirada de su madre, desesperada y horrorizada como sólo puede estarlo una madre, mientras le decía que lo sabía todo, que lo había adivinado sin necesidad de pruebas ni confesiones; le suplicaba que lo olvidara, porque, si no, toda la vergüenza del mundo —que era una nimiedad comparada con la suya— terminaría por envenenarla.

Hulya dejó el anorak en la trastienda y, sacudiendo el cuello y los hombros para liberar la mente, ocupó el lugar de su hermano en la caja.

Unos segundos después le estaba imprimiendo el ticket de un paquete de galletas a un tipo con el pelo verde y un gran *piercing* en la nariz. Tenía pinta de juerguista, de no haberse ido a la cama en mucho tiempo, y no era el único de la tienda con ese aspecto: sentado a una de las mesitas de madera que rodeaban la nevera de las cervezas estaba un inquilino del edificio de Polina, que ya había empezado a beber brandy, o que quizá llevaba haciéndolo desde la noche anterior. Vestía desde hacía días la misma ropa raída, emanaba un hedor insoportable y atesoraba entre las piernas una bolsa llena hasta arriba de botellas vacías, lista para llevarla al supermercado a cambio de unas pocas monedas. Debía de haber sobrevivido a alguna tragedia, intuía Hulya, había quedado atrapado en un callejón sin salida, pero su mirada traducía aún la voluntad de encontrar una.

De niña, a Hulya le daba miedo el mundo: «¿Eres niña o niño?», «Qué gorda estás, pareces un orangután», «No, un chimpancé». Después llegaron las cámaras de vídeo, uno de los primeros regalos recibidos nada más salir del túnel de la infancia. Esconderse detrás del objetivo le permitía observar el mundo de otra manera. En cada persona hostil había casi siempre un problema sin resolver, un obstáculo que producía agresividad y miedo. Veía algunas cosas con mucha más claridad desde detrás de una cámara de vídeo. Como cuando jugaba al rugby e intuía las estrategias de sus adversarias o encontraba respaldo en las acciones colectivas.

Quizá aún más que el rugby, a Hulya le gustaba observar a la gente, imaginar sus historias. Filmar con el móvil fragmentos de vidas desconocidas sin que la descubrieran, ni siquiera su

familia, que seguro no lo habría aprobado porque después subía el vídeo a la red, donde se había abierto un perfil bajo seudónimo que recibía centenares de «Me gusta». Solía acompañar los vídeos con reflexiones de intención poética o citas famosas. Una vez, su propio hermano le había dejado un comentario, sin imaginarse que tras el seudónimo *Selamlife* se ocultaba precisamente ella.

El trabajo siempre le había ofrecido un puesto de observación privilegiado. La humanidad que se congregaba en un colmado era variada y al mismo tiempo inconfundible: había turistas de paso, con sus miradas aturcidas y ávidas, como sacos que hubiera que llenar; luego estaban los clientes habituales, cuyas costumbres había aprendido a reconocer, pero también aquellos que entraban sólo de noche o al amanecer, y que a ella hasta entonces le eran desconocidos. Los había que se quedaban un rato charlando en la puerta aunque nevara, y quien recorría entera la sección de alimentos para después limitarse a comprar algo de tabaco. Hulya sentía que poseía un sexto sentido para interpretar todos los gestos insólitos que le sugerían sus miradas: desde los besos inesperados hasta las peleas repentinas.

Mientras pasaba una bayeta por el mostrador de las golosinas, junto a la caja, se preguntó cómo sería quedarse allí sola mientras el resto de la ciudad se refugiaba en casa. ¿Quién entraría de noche en el colmado? ¿Qué entes poblarían esas horas remotas? Le habría gustado fantasear con un encuentro con Polina —le pondría un cubierto en el pequeño velador junto al escaparate, le enseñaría los vídeos que le había hecho, encontraría las palabras adecuadas para decirle lo que sentía—, pero alguien, quizá otro superviviente de la noche, se estaba acercando a pagar. Un rostro que Hulya conocía.

Alice

En Italia, el restaurante de Silvana y Franco ya estaba operativo. Acababa de llegar Raj, el indio que los ayudaba en la cocina desde hacía unos diez años, y un momento antes Giulio, el hermano menor de Alice, con los ojos todavía soñolientos. Silvana había inaugurado el día con una de sus reprimendas después de encontrar la caja de los quesos, que alguien había olvidado guardar en la nevera el día anterior.

Salió a la calle a fumar. Era viernes: le esperaba una larguísima jornada.

Volvió a coger el móvil, como si mirando la pantalla fijamente hubiera podido convencerla de que le mostrara una llamada de su hija o siquiera un mensaje de respuesta.

Todavía nada. Silvana se había dado media hora antes de volver a llamarla o de pedirle a Franco que lo hiciera él, en cuanto volviera de la compra.

Al nacer Alice, su madre había descubierto la telepatía. Era un bebé misterioso que casi nunca lloraba por las noches. Se despertaba con hambre pero aguardaba paciente. Muy distinta a su

hermano pequeño, que siempre había sido más ruidoso y explícito a la hora de expresar sus necesidades, sin duda alguna más fácil de entender que Alice.

De bebé, ésta sólo le concedía al mundo algún que otro gimoteo, que su madre era capaz de oír aun estando dormida. A veces, en plena noche, se despertaba unos segundos antes que ella, anticipando sus necesidades. Las ligaba un vínculo invisible que le permitía a Silvana poner voz a todos sus silencios. Un vínculo que aún ahora, en alguna que otra ocasión, volvía a hacerse perceptible.

Esa mañana tenía la cabeza llena de preguntas: «¿Será feliz?», «¿Habrá escrito ya algo en el cuaderno que le regalé antes de marcharse?».

Un cuaderno especial. Con la tapa llena de borrones que dibujaban un viejo mapa de Europa, en el que el territorio ruso aún se denominaba URSS y Alemania seguía dividida en dos. Silvana lo utilizaba en tercero de primaria.

De niña había rodeado con un círculo y numerado algunas capitales con un rotulador rojo, la tinta ya casi no se veía. Junto al nombre de Berlín, aún perfectamente legible, ponía «1». Una coincidencia irónica: se trataba de una clasificación, en orden de importancia, de las ciudades que Silvana soñaba con visitar por aquel entonces; ciudades que, después, por culpa de su miedo a volar, sólo había visto en documentales.

Pero no era eso lo que hacía especial el cuaderno. Dentro había dos redacciones que Silvana había escrito cuando estaba en el colegio y copiado allí para no perderlas. Siempre había pensado que en esas pocas líneas infantiles había logrado expresar, con una perfección y una lucidez que nunca habían vuelto a manifestarse, su parte más frágil y vulnerable, que mantenía oculta a la vista de los demás.

Silvana esperaba que Alice hiciera lo mismo, que respondiera a la confianza que su madre había puesto en ella mediante un informe detallado de su estancia en Berlín. Quería visitar la ciudad con los ojos de su hija, vivir esa experiencia a través de sus impresiones.

—Deberías subir a un avión como éste, mamá, y tener así tus propias impresiones —le había contestado Alice mientras se alejaba hacia la puerta, poco antes de embarcar.

Silvana había reaccionado con un abrazo para poder ocultar el rostro y que su hija no viera el terror a volar que la había confinado en Tívoli toda la vida, impidiéndole alejarse del restaurante.

—Tú estudia y observa todo lo que puedas —había seguido diciéndole, con rudeza, abrazándola de esa manera suya tan vigorosa, incapaz de dosificarse.

Silvana era bastante corpulenta. No es que fuera gorda, más bien maciza, y sus ademanes, a juicio de los demás, intimidaban un poco. Pero no a Alice, naturalmente, que siempre encontraba la manera de huir de ella. Hacia sus amigos. Hacia su padre.

Ese día en el aeropuerto, mientras la abrazaba, Silvana sabía que el rostro de su hija, pequeño y de rasgos delicados, cambiaba miradas de complicidad con Franco por encima de su hombro. Él, alto y flaco, se mantenía a distancia, esperando a encontrarse por fin a solas con su niña. Y Silvana estaba segura de que le estaba haciendo esas muecas graciosas que tanto divertían a

Alice, porque la oía reír bajito. Muecas con las que en ese momento —de eso también estaba segura— le pedía que tuviera paciencia: «Anda, dentro de poco disfrutarás de tu libertad, pero ahora concédele a tu madre estos pocos segundos más. Es el tiempo que necesita para despedirse de ti, que eres el centro de todos sus pensamientos».

Naima

En casa, con el móvil en la mano, Naima trataba de cerrar tras de sí la puerta del baño. La enfermedad consistía en pérdidas mínimas, pequeños corrimientos que se iban sumando despacio hasta provocar una avalancha. Nunca había ocurrido todo de golpe; por ejemplo, Naima no recordaba el día en que salir del baño se había hecho casi imposible. Con una trabajosa torsión del busto le dio un golpecito a la puerta, que se movió sin llegar a cerrarse del todo.

Acababa de despedirse de su hijo por teléfono. Como era de esperar, Bastien estaba de camino para desayunar con ella.

Bastien —que debería haber sido la culminación de un gran sueño de amor y que había llegado a sus vidas cuando la enfermedad, todavía callada, y la edad avanzada habían hecho que Naima perdiera toda esperanza de ser madre— no había tardado en convertirse en un extraño. Desde la plenitud de su juventud —una edad que es como un pedestal, como gustaba de subrayar con frecuencia Gerard—, de repente dictaba las normas, ignorante de todo cuanto lo había precedido: el significado que para ellos tenía esa casa o el hecho de que el 23 de marzo no fuera sólo el aniversario de un diagnóstico, sino también el de una promesa, y de que, de no haber existido esa promesa —y esa casa—, hoy tampoco existiría él.

Mientras se acercaba a su habitación, Naima reflexionaba que parte de la culpa era suya. Por pudor o para evitarle sufrimiento nunca le había hablado en detalle a Bastien de su enfermedad ni de cómo se la habían descubierto.

Había empezado con pequeños destellos en los ojos, que el primer médico consultado había interpretado como un daño en la retina. El neurólogo, sin embargo, no había confirmado ese diagnóstico: había hablado de lesiones en la médula espinal y de síndrome clínico aislado. Se trataba —le había explicado— de una enfermedad autoinmune cuyo curso sería probablemente muy lento y que presagiaba ya una guerra silenciosa, entre Naima y Naima, porque su sistema inmunitario no era capaz de distinguir lo que había que proteger y trataba sus propios tejidos como si fueran enemigos a los que combatir. La condena de Naima se dictó sin recurso posible: había caído enferma de sí misma.

Nunca se lo había contado a su hijo, pero recordaba cada detalle del día en que, mirando hacia el camino de grava del hospital de Hamburgo a través de la ventana de la habitación en la que estaba ingresada, había expresado de una manera que consideraba clara y definitiva su voluntad de volver a casa y pedir perdón a sus padres, pues no soportaba la idea de convertirse en una

carga para Gerard, después de que en todos esos años ni siquiera había sido capaz de darle un hijo.

Gerard era ingeniero, y por aquel entonces estaba a punto de trasladarse a Berlín para un nuevo encargo, pero Naima ya no tenía intención de seguirlo. Así pues, la decisión que iba a tomar sería una decisión para ambos: separarse, seguir cada uno su propio destino, poner de nuevo dos familias enteras entre ellos.

Familias que Bastien nunca había conocido y cuya cultura y creencias ignoraba. No sabía que en el pasado su madre llevaba velo y que a su padre lo habían cautivado sus ojos claros y almendrados, sus labios rojos y carnosos, que escondían una hilera de dientes blanquísimos. Su hijo nunca había conocido la reserva de su condición de mujer vigilada a distancia ni la valentía que la vida habría de exigirle para afrontar esa rebelión.

No sabía que ese día Naima estaba dispuesta a volver atrás, pero que en realidad lo habría hecho sólo para poner a Gerard a prueba. El amor siempre está lleno de pequeños calvarios que sirven para ampliar su estructura y tantear sus cimientos.

Ese día, ella no había hecho más que suplicar al hombre al que amaba que la retuviera a su lado, de la única manera que se lo habían permitido la rabia y el dolor: anunciando que se marcharía para siempre.

Gerard había hecho caso omiso a su provocación. Al contrario, le había hablado de Berlín, y en particular de una casa que había visto por la ventanilla de un taxi.

—Allí es donde iremos a vivir —le había dicho tranquilo—. El edificio está aún en construcción, así podremos proyectar el apartamento pensando en nuestras futuras necesidades.

Naima había cerrado los labios con fuerza para retener una emoción profunda que pugnaba por manifestarse.

—¿Te acuerdas de las historias de Amira, cuando decía que sentía un escalofrío en el pecho cada vez que leía el futuro en las cenizas?

Naima había asentido, recordando a su vieja tía, que vendía amuletos y era capaz de predecir el destino observando los residuos de lo que quemaba para su ritual.

—Ese mismo escalofrío sentí yo —había proseguido Gerard— cuando llegué a esa calle. Está a orillas de un río. El proyecto prevé un edificio de cuatro plantas, y yo nos veo allí a los dos, juntos, hasta el final.

A Naima se le habían llenado los ojos de lágrimas. Él había hecho una pausa, pero se había quedado de pie, erguido, devolviéndole la sensación de que era plenamente consciente de cada palabra que había pronunciado.

—Tener hijos nunca ha sido una de mis prioridades. Estos años sólo me ha hecho sufrir la idea de que la vida pudiera haberte defraudado. De que yo pudiera haberte defraudado de alguna manera. Estás considerando esta enfermedad como una ofensa hacia mí, pero no pienses en mí. Yo si sufro es sólo por la idea de que el dolor pueda ofender tu dignidad. No puedo prometerte mucho, pero esto sí: te seguiré dondequiera que vayas. Y no me importan las consecuencias.

Cuando Gerard empleaba las palabras, algo que no ocurría a menudo, lo hacía con una precisión algebraica, de ingeniero, y con el mismo cuidado que ponía en sus proyectos de trabajo. A Naima esas sílabas se le habían quedado grabadas como una oración aprendida en la infancia. Eran la única nota positiva en lo sombrío de esos aniversarios; como si, pensó ahora, observando el retrato sobre la cómoda en el que posaba el día de su boda, el destino hubiera querido condenarla a la compañía de una serpiente y a la vez regalarle el antídoto para salvarse del veneno de sus mordiscos.

Bastien no sabía que Gerard, su padre, nunca había faltado a su promesa. Sin embargo, esa mañana Naima comprendió que había llegado el momento de sincerarse con su hijo.

La habitación estaba envuelta en una penumbra acogedora y confiada. Naima avanzó con la silla hasta la cama, del lado de Gerard.

Se inclinó ligeramente hacia él y trató de despertarlo. Le susurró que Bastien estaba a punto de llegar con las magdalenas de la tienda de abajo, pero él no reaccionó; lo llamó por su nombre una vez más, un murmullo que parecía un secreto o una palabra en código, pero Gerard se limitó a farfullar algo incomprensible, volviéndose hacia el otro lado de la cama.

Naima sabía por qué Gerard se comportaba así. Estaba enfadado con su hijo y, con lo orgulloso que era, a saber cuándo se le pasaría.

Había ocurrido algo entre ellos, estaba segura. Algo que ella ignoraba y que iba mucho más allá de las discusiones sobre el traslado a la residencia. Un agravio que ninguno de los dos contaba y que, con el paso del tiempo, parecía haberse convertido en una vorágine.

Gerard, su Gerard, estaba ya tan frágil y cansado... Con una pierna estirada hacia su parte de la cama, quería seguir durmiendo. Naima le acarició el cabello con una mano, colocándole un mechón canoso detrás de la oreja. Después, con un movimiento trabajoso, empujó atrás la silla y luego otra vez adelante, hacia los pies de la cama.

Cada día le resultaba más complicado maniobrar con la silla. Así como pugnar por mantener unida a su familia.

Polina

Mientras Janis seguía quejándose, Polina se apoyó en el cristal de la ventana y levantó la mirada hacia el cielo azul.

La lluvia de los días pasados parecía haber dejado paso al sol, pero era casi seguro que éste tampoco lograría deshacer el témpano de hielo que Polina sentía dentro de sí y que la tenía en vilo, a un paso del abismo.

«Si al menos hubiera nieve», pensó vislumbrando los tejados de los edificios cercanos. La nieve para ella lo volvía todo más suave y blando. Más soportable.

A lo lejos, en el extremo de la calle, alcanzaba a distinguir, recortado contra el cielo, el enorme globo aerostático con el nombre del periódico *Die Welt*, «El mundo», que, desde el día siguiente a la caída del Muro, habían colocado en el corazón del céntrico distrito de Mitte, en mitad de un cruce de calles.

El mundo sujeto a un hilo, pensó Polina. Siempre a punto de salir volando y reconquistar su órbita alrededor del sol, cansado de quedarse anclado en una inmovilidad forzada e innatural.

Ahora Janis sollozaba con una desesperación adulta, irrefrenable, y Polina le puso una mano en el pecho. Ejerció una leve presión con los dedos en un intento de darle un ligero masaje circular, pero su mano quedó inmóvil en un único punto, pesando sobre el cuerpo de su hijo, hasta que también esa presión se interrumpió. Polina lo miró, dejando la palma de la mano sobre la superficie cálida de su cuerpo; estaba exhausta.

Al contacto con el calor del minúsculo tórax, cambió de idea: no era verdad que no se pareciera a nadie conocido. En ese preciso instante, mientras con un suspiro ahogaba un sollozo, Janis frunció los labios con una expresión reconocible: la de Michail, su padre.

Michail era ruso y era también el director artístico del teatro en el que trabajaba Polina. Le había prometido el papel de Giselle al inicio de la temporada. Debía ser el trampolín de su carrera. Su ambición era llegar a Londres. Tras años de trabajo agotador, a un ritmo de cuatro funciones semanales, hasta poco antes de quedarse embarazada, por fin se había sentido preparada para las audiciones del Theater Ballet.

Michail no había sido sólo un medio para ese fin, aunque desde el principio Polina no se hubiera sentido ni interesada ni apasionada por él. Era culto y elegante. Tenía el cabello rubio y lo llevaba largo sobre los hombros, algo que Polina no entendía, pues era muy raro. Tenía cincuenta años y, antes de Janis, no había tenido ni querido tener hijos. Toda su vida había bailado y tocado el violín, poseía el raro don de una visión de conjunto, y la capacidad, no menos rara, de traducirla en narración. Para él, un vínculo indisoluble unía la música y el movimiento.

Su cortejo había sido insistente. Se profesaba apasionado de Letonia, de Riga en particular. Conocía su historia, sus fechas clave, sus atropellos y su sueño largo y tenaz de independencia. Lo sabía todo de Eisenstein padre, arquitecto, y Eisenstein hijo, director de escena, y de la difícil relación entre ambos. Por lo demás —habían hablado de ello—, en el transcurso de un siglo los letones habían tenido que elegir entre alemanes y rusos, rojos y blancos, estalinistas y fascistas, demócratas y nacionalistas autoritarios, y encontrar la fuerza de comunicar, a un padre o a un hijo, quién era uno y de qué lado estaba, sin pensar en sentirse traicionado o en poder hacer daño, no debía de haber sido fácil.

Era interesante escucharlo, y Michail tenía debilidad por ella. Le parecía la criatura más fascinante que el universo hubiera producido jamás. A partir de ese halago, para Polina había empezado una historia de cálculo y estrategia, en la que los escasos momentos de intimidad

carecían de naturalidad, los vivía como observándose desde fuera. La satisfacía que Michail, que con el resto de la compañía era capaz de manifestar una rigidez frustrante, se mostrara con ella dócil y disponible: la mirada amenazadora, como de mafioso, que reservaba para la mayor parte de su entorno se volvía con ella acogedora y límpida. Pero no bastaba para que Polina pudiera considerarlo algo más que un puente que atravesar.

En cualquier caso, ninguno de los dos habría esperado jamás esa rayita minúscula en una prueba de embarazo que habría de cambiarlo todo por completo.

Polina abrió la ventana y levantó una pierna para sentarse a horcajadas sobre el alféizar. Por debajo de ella estaba la primera planta del edificio y las columnas de la galería comercial, lo que la colocaba a unos quince metros de altura. «¿Será lo bastante alto para morir?»

«Si al menos hubiera nieve», volvió a pensar, mirando la calle que se extendía como una cinta oscura bajo su pierna rosada.

Todo habría sido más suave y soportable.

Incluso una caída.

Alice

En ese preciso momento Alice estaba soñando que caía al vacío y, reaccionando al sueño, abrió los ojos.

Lo primero que distinguió en la habitación fue el resplandor del móvil sobre la mesilla de noche. Había un mensaje esperando para ser leído, pero Alice estaba demasiado soñolienta para hacerlo. La luz que se filtraba por la persiana era tan débil que pensó que el sol aún no había salido del todo.

Se volvió hacia el otro lado de la cama, de espaldas a la mesilla de noche, para volver a sumirse en el sueño, pero antes de cerrar de nuevo los ojos miró los bíceps de Matthias y se fijó en los restos de pintura que tenía en la piel.

Había también salpicaduras de pintura en las sábanas arrugadas, llenas ya de manchas de Coca-Cola y de migas del bocadillo que habían compartido la noche anterior. La pintura era culpa de Matthias, mientras que el resto del desorden era cosa de ambos.

El joven era artista. Pintaba de mil maneras paredes que se resquebrajaban: era el tema recurrente que utilizaba en cuadros que aún no habían tenido la oportunidad de exhibirse en ninguna exposición. Los padres de Alice —sobre todo Silvana— lo habrían definido como un chico inquieto y rebelde en el que no se podía confiar. Ella, en cambio, lo apreciaba cada día más.

Aunque sólo tenía veinticuatro años, Matthias se las apañaba solo, entre un trabajo precario y los cuadros que vendía con dificultad, con una dignidad ejemplar, repitiéndose a sí mismo, y a ella, que poder permitirse alquilar un estudio en Kreuzberg, a dos pasos de la biblioteca donde desarrollaba una de sus múltiples actividades, y disfrutar de un poco de hierba de calidad y una cerveza fresca cada noche antes de irse a dormir significaba libertad y, por ende, bienestar.

Alice lo observaba dormir en la penumbra, y pensó por un instante en lo que harían nada más despertarse. Su deseo no se apagaba.

Cuando no estaban estudiando o trabajando —y, desde que se habían conocido, las horas de estudio se habían reducido drásticamente—, pasaban así los días: escudriñando sus cuerpos y consumiéndose en un continuo restregarse que cambiaba de ritmo imprevisiblemente y les vaciaba la cabeza de toda pregunta.

Y pensar que antes de Matthias el sexo no había sido para Alice una cuestión de verdadera satisfacción. En Italia tenía un novio al que había conocido con catorce años. Él le había dado su primer beso. Era el clásico chico tranquilo que le gustaba más a su madre que a ella. En la mezcla de inglés, alemán e italiano que se había convertido en su manera de comunicarse, Alice había intentado decírselo: «¿No me habré convertido en una ninfómana?».

Matthias había estallado en una carcajada, él, que no se reía casi nunca. La palabra «ninfómana» la había entendido sin necesidad de que ella se la tradujera. Por lo general, cuanto más difíciles de pronunciar son las palabras, más fáciles son de traducir. Las lenguas europeas tienen las mismas raíces: el latín o el griego. Hay incluso quien cree en una lengua primigenia que engloba a todas las lenguas del mundo, le había precisado Matthias. A lo que Alice había contestado con el mito de la torre de Babel, diciéndole que con su padre siempre jugaba a buscarle representaciones en el mundo figurativo.

También Matthias era como un juego: le estaba haciendo descubrir representaciones de sí misma que no habría creído posibles. Y era como una de esas palabras difíciles que son fáciles de traducir, porque hundía sus raíces en algo que tenían en común: la necesidad de encontrar su lugar en el mundo.

Un instante antes de volver a quedarse dormida, Alice miró hacia la pared que había más allá del cuerpo desnudo de Matthias, llena de repisas, libros y fotografías pegadas con celo. En medio de todo ello destacaba un cuadro que le había regalado ella y que él había decidido colgar en un punto donde pudiera verlo cada mañana al despertarse.

Su primer regalo, al cabo de dos semanas de estar juntos. La entrada de la exposición del artista persa contemporáneo Yadegar Asisi, en la que se habían conocido. Alice se la había guardado en el bolsillo, sabiendo que la conservaría pero sin imaginar que terminaría por enmarcarla.

Al entrar ese día en el Die Mauer-Panorama, para conocer el Muro de Berlín narrado desde 360 grados por la mirada de Asisi, Alice seguía aún presa de la nostalgia del ambiente de su hogar: las comidas todos juntos en el restaurante, los raviolis de calabaza, el pan bañado en tomate de las noches de tele. Era sobre todo su estómago el que sufría la nostalgia. Todavía no sabía que dentro de poco se le cerraría varias veces y la comida pasaría a un segundo plano.

Uno de los encargados de las taquillas era él, Matthias, el del puesto número 3, al que ella se

había dirigido enseguida, siguiendo el impulso de la atracción.

El color nórdico de su tez, el pelo despeinado que le caía sobre la cara, los ojos pequeños, claros y hundidos, y la mirada, que podía ser a la vez intensa y huidiza. Como una puerta que se abre y deja entrever un lugar misterioso pero familiar, para volver a cerrarse enseguida.

Alice había notado como un retortijón en el estómago que se había repetido al cruzarse con él otras veces en el transcurso de esa primera tarde, y había sido para ella una sensación completamente nueva.

Mientras se movía por la exposición, sumergiéndose en la historia del Muro, había tratado de no perderlo de vista. Es más, lo había estudiado con la misma curiosidad que dedicaba a las obras de Asisi.

En el Die Mauer-Panorama había una imagen gigante, colocada sobre una rotonda cilíndrica de acero, y, en el centro de la sala, una galería con una barandilla de hierro a la que se accedía por una escalera. Desde esa altura, Asisi ofrecía una hipotética vista del Muro un día de noviembre de los años ochenta, desde la ventana de una casa de Kreuzberg donde el artista había vivido de joven. Los efectos sonoros y la música transportaban a los visitantes a las escenas de la vida cotidiana del Berlín dividido. En la parte oriental volvían a resonar las consignas de fidelidad al Estado, mientras que en la occidental se promovía el consumismo a través de la publicidad. Dos caras opuestas de la misma cotidianeidad, capaz de adaptarse a cualquier cambio.

Como el espacio de la exposición era relativamente reducido, volver otra vez no habría tenido mucho sentido. Pero Alice lo hizo. Casi todos los días. Durante dos semanas.

Hasta el día catorce, ella y Matthias sólo se habían dicho «gracias» al entrar y «adiós» al salir. Que era alemán Alice lo había intuido por el acento, porque su forma de vestir era demasiado singular para darle ningún indicio de nada: vaqueros rotos y camisetas anchas de colores llamativos.

Pese a esos colores, Matthias parecía un tipo frío, serio, tímido quizá. Aunque, con el paso de los días, la manera en que la miraba era cada vez más intensa.

Alice solía llevarse algo de lectura cuando se movía por la ciudad y, en ese período, para justificar de algún modo los largos ratos que pasaba dentro del museo, había adoptado la costumbre de llevarse incluso dos libros. El décimo día en el Die Mauer-Panorama, después de detenerse otra vez delante de todas las instalaciones de la exposición, se había acurrucado en un rincón y, mientras rebuscaba en la mochila, se había dado cuenta de que en su afán de que no le faltara ocupación había guardado también el cuaderno de Silvana.

Por primera vez había decidido considerarlo con mayor atención. Abriéndolo, había empezado a leer.

En la primera redacción, titulada *Mis sueños*, su madre contaba los viajes que le habría gustado hacer de mayor. Describía de un modo muy tierno las ciudades, la riqueza de detalles ficticios con que las había imaginado. Más tierno aún era el contenido de la segunda redacción, en la que dedicaba mucho espacio a su mejor amigo, un perro llamado *Ringo*.

Ringo era el único ser vivo que a Silvana le despertaba el deseo de abrir su corazón. Dormían juntos. A él podía decirle cosas que sus padres no habrían entendido.

Alice sonrió, sorprendida por la imagen de una madre muy distante de la fortaleza teutónica en la que se había convertido, y se enterneció con esa niña que hablaba con *Ringo* y le acariciaba el pelo con cariño cada noche antes de dormir.

En el Die Mauer-Panorama, los visitantes podían escribir en el Muro para ser parte integrante de la exposición. Así, el día número trece Alice había sacado un rotulador del bolsillo de la mochila y había empezado a hacer lo que su madre le había pedido que hiciera en su cuaderno: ofrecer una primera impresión.

Pero no sobre Berlín ni sobre la exposición, sino sobre la vida que estaba llevando.

Mamá, aquí hay un chico que hace que se me acelere el corazón. Berlín ya casi no me importa. Sólo me importa venir aquí a verlo. Y sé que todo esto nunca te lo diré porque, si lo hiciera, me mirarías con esa cara de mal genio que no soporto. O le quitarías importancia a mi sentimiento para recordarme la oportunidad que me ofrece la universidad y que a tu juicio estoy desperdiciando, porque sí, es verdad, estos días no estoy estudiando. Si de verdad quieres que te escriba en el cuaderno, puedo dirigirme a la niña que fuiste, la que hablaba con *Ringo*. Y, como si tú fueras mi *Ringo*, puedo probar a decirte las cosas que nunca te contaré. Doy por sentado que un día te enfadarás muchísimo porque no sólo no pienso devolverte el cuaderno, sino que incluso fingiré que lo he perdido.

Después, entristecida por su desahogo, que sería tan secreto como los miles de otras veces en que la rabia se le había quedado dentro, sin estallar, cuando no conseguía comunicarse con su madre, se marchó de la exposición sin pronunciar el adiós que esperaba decir desde que había entrado.

Alice podría no haberlo sabido nunca, pero esa tarde Matthias había fotografiado el testimonio que ella había dejado en el Muro y había vuelto a su casa con la intención de traducirlo.

El día número catorce, seguro de gustarle, se había atrevido a abordarla. Él, que nunca había sido lanzado con las mujeres, hasta se había preparado un discurso.

Pero eso tampoco lo habría sabido nunca Alice.

—Si te quedas después del cierre, te enseño la obra con todas las luces apagadas.

—Dicho así, no sé si más que interesada tendría que estar asustada.

—¿Por qué?, ¿te doy miedo?

—Tú no —contestó Alice, disipando la reserva inicial con una sonrisa ambigua e impertinente—. Si acaso, lo que me da miedo es que este lugar no esté a la altura de mis expectativas.

Una vez solos en el centro de la galería, con el panorama de Asisi iluminado y toda la oscuridad alrededor, Matthias se había exhibido para ella con su discurso.

—Creo que todos tenemos una escena madre, una escena principal —le dijo—. Algo en torno a lo cual, desde ese momento en adelante, girará siempre nuestra vida. Supongo que para Asisi la

escena madre fue esta vista desde la ventana de la casa en la que vivió de joven.

Lo que no había podido preparar, y tampoco prever, fue el beso que vino después.

Como si sus labios se hubiesen reconocido, Alice y Matthias se sintieron parte uno de otro, de manera tan intensa y en tan poco tiempo que ambos tuvieron la exacta percepción de un largo futuro juntos.

Algo más incluso, como Alice le había escrito a su madre en el cuaderno al día siguiente.

Te parecerá absurdo y descabellado, y si fueras la mujer que eres, y no la niña a la que me dirijo, me responderías: «Eh, ¿sabes cuántas veces más te va a pasar algo así? ¿Cuántas otras cosas más importantes destronarán esta ridícula convicción tuya?». Pues, mira, ridícula o no, de verdad he pensado, mamá, que Matthias y yo, en esa galería, mientras Berlín se nos mostraba como ya no es ni volverá a ser nunca, éramos mi escena madre, aquella en torno a la cual girará el resto de mi vida.

Hulya

Aquella mañana en el colmado no entró un cliente cualquiera, sino Bastien, el hijo de Naima, y Hulya lo reconoció enseguida. En parte porque hasta pocos años antes él también vivía en el edificio de Polina con sus padres, una pareja francesa que había sido cliente de la tienda desde su apertura.

Bastien había ido también al mismo colegio que el hermano mayor de Hulya, pero nunca habían sido amigos. Era un tipo enigmático, de pocas palabras. En todos esos años nunca se había parado a preguntarle qué estudiaba o cuál era su música favorita.

Esa mañana le pareció una figura descoyuntada de andares lentos y circunspectos, con el cabello oscuro y la barba descuidada. Kurt Cobain en versión árabe. Con la mirada perdida, encallada en alguna abstracción mental.

Lo que Hulya sabía de él se lo había contado Naima, su madre, a la que últimamente veía poco porque la enfermedad que la aquejaba parecía haberse agravado.

Hacía unos años, cuando aún estaba en el instituto, Hulya había filmado a la mayoría de los vecinos del barrio para un montaje destinado a internet que al final había decidido no publicar. Conservaba un par de vídeos de Naima, uno de los cuales la inmortalizaba en la orilla del canal con Gerard, su marido. Juntos expresaban una ternura tan elegante y tan poco frecuente que habría sido un sacrilegio no plasmarlos en imagen. De jóvenes debían de haber sido muy guapos los dos: ella con esos ojos tan claros, que contrastaban con su tez cetrina, y él tan alto, con el cabello rubio y abundante y la mirada intensa.

Bastien era su único hijo. A Hulya siempre le había parecido un tipo poco fiable pero inteligente. Decían que se le daba bien arreglar ordenadores cuando se estropeaban, como le había pasado a un amigo de su hermano, que, de no haber sido por Bastien, habría perdido un proyecto en el que estaba trabajando. La propia Naima se lo había confirmado una mañana: «Bastien y los ordenadores se entienden de maravilla —le había dicho con orgullo. Pero después había añadido

con un suspiro triste—: Los que no lo entendemos somos mi marido y yo. Sólo sé que se pierde, que nunca termina nada de lo que empieza».

Hulya había vuelto a ver a Naima hacía poco. De nuevo a la orilla del canal, pero esta vez la silla de ruedas la empujaba una cuidadora aburrida. Naima tenía el rostro contraído en una mueca, como si acabara de recibir un latigazo, y los ojos vacíos, ni vivos ni muertos.

Esa mañana, como los otros noctámbulos de la tienda, también Bastien parecía llevar encima un velo de desánimo, un velo pegajoso imposible de quitar. Eso pensó Hulya mientras le entregaba la bolsa de magdalenas de casi todas las mañanas.

Apreciaba sus esfuerzos. Veía cariño en los gestos de hijo pródigo que Bastien tenía con su madre, imaginaba algo así como un deseo de remediar algo, una grieta abierta en el transcurso de los años.

—¿No quieres nada más? —le preguntó.

El chico se quedó pensativo, absorto sobre un punto impreciso del mostrador que tenía delante, después volvió en sí y contestó «Nada», olvidándose de añadir «Gracias».

Cuando Bastien salió de la tienda para cruzar la calle iba reflexionando sobre el poder que tienen algunos olores de transportarte tan rápido y con tanta intensidad al pasado.

Todas las veces que entraba en la tienda de la esquina lo envolvía una bocanada que lo llevaba de vuelta a los años en los que se asomaba a la vida dudando de que existiera en algún lugar en el mundo un sitio para él; cuando en el mostrador de la fruta aún estaba una señora siempre sonriente, la madre de Hulya, dispuesta a regalarle una manzana y, a escondidas, un caramelo. Aunque la atmósfera ahora fuera otra —en el mostrador a esa hora sólo estaba Hulya, con sus hombros anchos y su expresión hostil, parecía un león con esa nube de cabello rizado, un león receloso—, el olor que perduraba en el ambiente, un aroma a especias y a fruta, conservaba la capacidad de transmitirle una sensación de ausencia que era imposible colmar.

¿Ausencia de qué?, aún no lo sabía. De Francia sólo conocía París y no quería volver allí, no se reconocía en ninguna religión, y las pocas tradiciones familiares que sus padres habían querido reconstruir en casa —como los dulces argelinos que su madre se entretenía en preparar— siempre le habían parecido parte del territorio exclusivo de ambos, inaccesible para él.

Saltando un charco, con cuidado de que no se le mojara la bolsa que llevaba en la mano, Bastien se arrebujó en su anorak. Siempre le había gustado el frío, le avivaba el pensamiento, y recordó entonces las palabras de su padre cuando era niño: «Por favor, cuida de mamá».

Sin embargo, la sensación que Bastien había tenido siempre no era la de ser la mano derecha de su padre, como éste quizá habría deseado, sino un huésped inoportuno que debía ser formal e independiente para no dar demasiado la lata. Aunque al final había terminado por darla de todos modos, sobre todo cuando había empezado a rebelarse contra el malestar que sentía en casa consumiendo drogas y frecuentando amistades poco recomendables.

Considerándolo *a posteriori*, Bastien se daba cuenta de que quizá también había sido una manera de llamar la atención de Naima y Gerard, que tan concentrados estaban en sí mismos, como náufragos felices de su propia deriva, completamente autónomos y estrechamente dependientes el uno del otro. Una manera de recordarles a ambos, y a la enfermedad, que él también existía.

Ahora que el olor del colmado estaba lejos, mientras cruzaba la calle, húmeda por la lluvia reciente, le volvían a la mente las ideas para su gran proyecto: un videojuego. El protagonista era Mr. Mack, un explorador en busca de la llave que le permitiría entrar en el castillo del más allá. En cada nivel se encontraba un cofre, en cuyo interior había un fantasma que le pedía que resolviera un acertijo de probabilidades.

A diferencia de Bastien, Mr. Mack tenía muy claros sus objetivos y el mapa del mundo en el que se hallaba. Quizá a él le había faltado precisamente un territorio de pertenencia, pensó Bastien, con una puerta de acceso y una llave de la que sentirse dueño.

Mientras entraba en el ascensor chirriante, convenciéndose aún más de que el traslado a una residencia era la mejor solución para todos, repasó mentalmente lo que quería decirle a Naima y recordó las palabras de su novia, Sheyda: «Por favor, haz frente a la situación de una vez por todas. Di la verdad, Bastien. Aunque sea dura, dila. Las personas pueden sorprenderte cuando eres sincero con ellas».

10.03 horas

Polina

Cuando descubrió que estaba embarazada, Polina podría haber decidido abortar. Lo había hablado largo y tendido con Michail, y es lo que, conociéndola, cualquier persona sensata le habría aconsejado. Pero Polina no lo había hecho, se había cogido enseguida la baja que le aseguraba el contrato y se había atrincherado en una espera asfixiante.

No habría sabido explicar la razón de esa decisión. No creía en el instinto materno, al menos no en su caso. Pero no había alternativas racionales.

Quizá fuera sentido del deber —«Lo que se empieza se acaba», decía su madre— o quizá algo más hondo, una versión oscura de un instinto noble, como un hambre nunca saciada, algo ancestral y devorador, mantenido a raya todo ese tiempo —como se hace con un animal peligroso— mediante una férrea disciplina y un trabajo continuo.

El castigo sería inevitable, se sorprendió pensando Polina mientras observaba a Janis, mudo de pronto y con los ojos abiertos, casi espantados, fijos en el techo.

Janis era el fruto de la profanación del amor que ella había cometido para imponer su ambición. Si hubiera abortado, ahora no estaría viviendo en ese estudio en la segunda planta de un edificio en Kreuzberg, precisamente ella, que siempre había preferido los barrios más modestos. Pero no había sido capaz de abortar. Era como una expiación.

La casa era de Michail, que en ningún momento la había dejado tirada y le pasaba todos los meses lo necesario para vivir. Ocupado como estaba, no lo veía mucho; pero no importaba: a menudo Polina no le respondía cuando llamaba al portero automático.

Vio en el cielo el globo de *Die Welt* estremecerse a lo lejos. El mundo pareció inclinarse hacia un lado, quizá bajo una ráfaga de viento.

Después volvió a mirar hacia abajo.

La calle era como un escenario visto desde arriba, con la superficie oscura y pulida, y los miembros de la compañía ocupados cada uno en su papel. No habría tenido más que tensar los músculos y dejarse caer. Sin preocuparse de aterrizar de puntillas.

Desde su nacimiento se sentía de cristal, con los huesos débiles y la piel inadecuada frente a cualquier roce. Las señales de las heridas y los moretones, como los que le dejaban sus parejas de baile al agarrarla y levantarla, tardaban una infinidad en desaparecer, así como los callos de los pies, obligados a pasar horas y horas en puntas. Siempre se había imaginado así su final: una bailarina de porcelana que cae desde un aparador y se hace añicos.

Echó una ojeada al cochecito, pensando en el futuro de su hijo. Se preguntó qué sería peor, si un padre ausente o la presencia constante de una mala madre.

Era cierto, no había nieve. Pero era un día perfecto para morir.

Alice

—Maldita sea, contesta —murmuró Silvana, sentada a la mesita de las reservas, enredándose entre los dedos con un gesto nervioso el cable del teléfono que colgaba de la pared del restaurante —. Es la última vez, por Dios que lo es.

Su hija había vuelto a sumirse en el sueño. Exasperado por los continuos timbrazos, Matthias alargó la mano hasta su mesilla de noche y cogió el móvil. Cuando reconoció en la pantalla la palabra «Mamá», respondió pulsando una tecla y llevó el teléfono directamente al oído de Alice.

—¿Alice? ¿Eres tú? ¿Me oyes?

El tono de voz que se había abierto camino hasta su tímpano era agudo, con matices persecutorios. Alice se despertó y trató de mascullar una respuesta:

—¿Quién es?

—¿Cómo que quién es? ¡Soy tu madre!

La joven se despabiló de golpe, incorporándose en la cama, y le dirigió una ojeada incrédula a Matthias, que seguía tumbado a su lado. Luego se pasó la mano por el pelo y se tapó con la sábana, como si temiera que Silvana pudiera verla por la cámara del móvil.

—¿Mamá?

—Pero ¿dónde estás?

—En la residencia, pero ya salía... —improvisó—. Llego tarde a clase. Estoy bajando la escalera... Aquí se corta, ¡te llamo luego!

Entonces, como si el móvil se hubiera vuelto incandescente, puso fin a la conversación.

Recuperando el aliento, trató de reconectarse a la realidad de la habitación. Matthias estaba tendido a su lado, frotándose los ojos.

Lo regañó con tono infantil y lastimero:

—No vuelvas a hacerlo: nunca más me pongas la voz de mi madre en el oído a primera hora de la mañana.

Pero él le contestó con la actitud irritada de alguien a quien han despertado a su pesar:

—Lleva horas llamando. La clásica madre italiana. Loca de atar.

—En cambio, es más normal lo que hacen las madres alemanas, que a la primera discusión te echan de casa.

Ambos eran muy susceptibles. Pero utilizar de aquella manera una confianza que le había hecho Matthias sobre los motivos que lo habían llevado a dejar Dresde era un golpe bajo, y ella misma lo reconoció.

Él se levantó de la cama y llegó de un salto al rinconcito que hacía las veces de cocina. Abrió

la nevera y se bebió una lata de Coca-Cola.

Alice se quedó callada observándolo, preguntándose cómo remediar su torpeza.

Matthias preparó el café en silencio. A su espalda, enmarcado en el hueco de la ventana, el enorme globo con el letrero *DIE WELT* flotaba tranquilo en el cielo, entre unos pocos jirones de nube que parecían enormes pañuelos de seda suspendidos en el viento.

De pronto apoyó las manos en la barra que separaba la cocina del dormitorio y se volvió a mirarla. A continuación hizo algo que no era para nada propio de él. Con una pizca de ironía, comentó:

—Bonita manera de darme los buenos días, ¿no te parece?

Era lo que Alice estaba esperando: una excusa para volver a sonreírle.

Sintió que su mirada se demoraba sobre ella. Examinó su reflejo en el espejo rectangular colgado frente a la cama: el cabello largo y rubio, algo despeinado, que le caía sobre los hombros, las rodillas dobladas contra el pecho y los brazos rodeándolas, la sábana que había resbalado a un lado y le descubría las piernas. Quizá fuera bonita, pero como tantas otras chicas, pensó; aún no entendía qué veía Matthias de especial en ella.

—¿Quieres un café? —le preguntó él, abriendo la llave del gas.

—¿Nos damos antes una ducha? —le propuso Alice, inclinando la cabeza hacia un lado.

—No podemos.

Ella contestó con exagerado estupor:

—¿Qué es lo que no podemos?

—Hoy tengo que trabajar.

—Claro —fingió darle la razón—. Y yo tengo que estudiar.

—Nada de ducha —dijo Matthias, esforzándose por mantener la seriedad mientras servía el café en las tazas—. ¿Cuánto azúcar quieres?

—Buff..., qué aburrido eres. Dos cucharaditas, gracias. —Alice se ajustó la sábana y se envolvió en ella, creando una especie de capullo de seda—. ¿Sabes que hoy es una especie de aniversario para nosotros?

—¿Qué aniversario?

—Diez semanas y tres días.

Matthias se echó a reír, parecía enternecido.

—¿Llevas la cuenta de los días?

—Y de los minutos, ya que lo preguntas.

Se acercó a ella con el café. La ternura impregnaba sus gestos: le alargó la taza con las dos manos, cerciorándose antes de que no quemara demasiado.

—¿Sabes?... —siguió diciendo Alice, soplando sobre el vapor que emanaba del café—, diez semanas para mí es una fecha importante.

—¿Diez semanas? ¿Y eso por qué?

—A las diez semanas de estar embarazada de mí, mi madre estuvo a un paso de abortar.

—¿En serio?

—Era muy joven cuando se quedó en estado, mi padre y ella ni siquiera estaban casados, y mi padre acababa de empezar la carrera. Supongo que les dio miedo.

—Bastante comprensible. Y ¿cómo te enteraste tú de eso?

—Los oí comentarlo una vez, pero nunca les dije nada al respecto. Sólo sé que ya habían ahorrado para la intervención y que tenían cita. Se presentaron en la consulta con las ideas muy claras.

—¿Y qué pasó entonces?

—Mi madre lo pensó mejor. Al final deciden las mujeres. Así que... aquí estoy.

Alice se encogió de hombros y arrugó la nariz; lo hizo a propósito, pues sabía que a Matthias le gustaba esa expresión.

—De modo que, en resumen, hoy no celebramos nuestro aniversario (que en realidad sería un *semanario*, ¿no?), sino el aniversario del cambio de opinión femenino más desastroso de la historia de los cambios de opinión femeninos.

Alice ahogó una carcajada.

—Ya es oficial.

—¿El qué?

—Que has descubierto la ironía.

—Si acaso he descubierto el amor —contestó Matthias casi con timidez y, ruborizándose, se levantó de la cama para volver a la cocina.

También Alice se ruborizó, se incorporó hasta arrodillarse y, cubriéndose el pecho con la sábana, se arrastró hasta el borde del colchón y alargó la mano para retenerlo:

—Ven...

Matthias trató de oponer resistencia, pero sin mucha convicción:

—Tengo que trabajar, Alice...

Sus labios se buscaron, se mordieron, tenían hambre de nuevo.

—Sí, lo sé, y yo tengo que estudiar. Ahora nos levantamos y desayunamos.

Pero siguieron besándose.

Naima

La mesa a la que estaba sentado Bastien, que daba al salón, era la de su infancia. Debajo del sofá y entre los sillones rojos había una alfombra marroquí que les había regalado muchos años después de casarse, justo con ocasión del nacimiento de Bastien, una hermana de Naima, el único familiar con quien la pareja había mantenido relación después de su fuga.

Los baños y la cocina conservaban las mismas pilas y los mismos sanitarios, aunque un poco más amarillentos y apagados que cuando se había construido la casa, hacía treinta y tres años; la entrada y el pasillo que llevaba a los dormitorios estaban cubiertos de estantes llenos hasta arriba

de libros, porque Naima siempre había sido una lectora apasionada; en el sótano, en cambio, se amontonaban todas las cosas de las que Gerard y ella nunca habían conseguido deshacerse, es decir, casi todo lo que en esos años había sido suyo, incluida una silla de ruedas sin motor a la que Naima llamaba el «diente caído», el que ningún ratoncito se había llevado dejando a cambio una recompensa.

Todos esos detalles, desde la alfombra hasta las librerías de Naima, exceptuando el contenido de la despensa, habrían de incendiarse trece horas más tarde.

Los dulces estaban ya sobre la mesa, junto con el café, la miel y el pan tostado. Un plato con fiambre y una jarra de zumo de naranja natural completaban el desayuno. Bastien estaba esperando a su madre, que le había dicho a Tine, la asistenta, que quería terminar de prepararse ella sola.

Tine llevó a la mesa la leche y el azúcar. Era magrebí y rondaba los cincuenta. Era muy robusta pero de ademanes delicados, y tenía la expresión incierta de quien vive con el temor constante de hacer algún gesto equivocado.

Bastien repasó mentalmente lo que tenía que decirle a Naima.

Cinco palabras. Tajantes. Lapidarias. No haría falta más.

Tenía razón Sheyda: ya no era posible retrasarlo más.

—Tine, ¿puede ir a ver por qué demonios tarda tanto mi madre?

Pero a Tine apenas le había dado tiempo a alejarse cuando el zumbido del motor eléctrico de la silla de Naima llenaba ya la habitación, y ella apareció detrás de ellos, vestida con una bata blanca.

Se acercó a la mesa con aire irritado y receloso y le dijo a su hijo:

—Tu padre no se encuentra bien esta mañana, ha decidido quedarse en la cama.

Bastien le lanzó una ojeada a la cuidadora, que la rehuyó enseguida y se alejó en dirección a la cocina.

—Creo que, después de lo que nos dijiste el otro día —prosiguió Naima, cogiendo un dulce de la bandeja—, no tiene muchas ganas de hablar contigo...

—Naima, escucha...

—Espera, Bastien. Déjame terminar —lo interrumpió ella, dejando caer las magdalenas en el plato por un temblor inesperado en la mano—. No me gusta que te muestres tan poco respetuoso con nosotros. Tu padre y yo seguimos siendo perfectamente capaces de cuidarnos solos, y en este apartamento está toda nuestra vida. Tú no te das cuenta, no haces más que mortificarnos, a él sobre todo, con esa historia de la residencia.

—Naima, intenta comprender...

—¿Y tú? ¿Acaso tratas tú de comprendernos a nosotros? Di la verdad, Bastien, di la verdad por una vez: ¿necesitas dinero? ¿Te has metido en problemas y quieres que vendamos la casa?

Bastien tuvo un gesto de exasperación: Naima era experta en darle donde le dolía, en hacerle

sentirse un inepto. En cabrearlo. Y él entonces se desorientaba, perdía el hilo de lo que estaba diciendo. Pero esta vez no, esta vez no se levantaría ni saldría dando un portazo, como hacía de niño: mantendría la calma y llegaría al fondo de la cuestión.

—¿Por qué siempre tienes que pensar mal?

—¿Por qué? Pues porque no sé nada de ti, desde que eres pequeño intento adivinar lo que te pasa por la cabeza. Y lo poco que sé nunca me ha gustado. Nunca me ha gustado en absoluto.

—Hablemos de hoy, Naima, no del pasado. Estoy preocupado, nada más.

—¿Preocupado, tú? ¿Y nosotros qué? ¿Y nosotros, que te vemos actuar así, tomando decisiones por nosotros, con papeles para que firmemos y todo lo demás?

—La doctora ha dicho...

—La doctora... ¡No necesitamos terapia psiquiátrica, Bastien! Aún no alcanzo a comprender cómo has podido... cómo has podido llegar a esto. ¡No quiero volver a ver a esa doctora! No necesito tratarme la esclerosis de esa manera, y tu padre no tiene ningún problema mental, te lo aseguro, en ningún sitio pone que...

—Naima, por favor..., cálmate...

—Y tú come, Bastien. Hazme el favor, que si no se enfría. Y bajemos la voz, que al final vamos a molestar a tu padre.

Cuando su tono se hacía así de perentorio, significaba que Naima se había cerrado en banda, rígida e inalcanzable como siempre había sido. Tenía la mirada atormentada y trataba de calmarse respirando hondo. Todas esas palabras seguidas debían de haberla agotado, la mano le temblaba mucho más que de costumbre al llevarse el vaso de zumo a la boca, y le había vuelto el tic en los ojos, que guiñaba sin parar. Una secuencia de síntomas que Bastien había aprendido a conocer y que enseguida le hizo sentirse impotente.

Se sirvió una tostada mientras reflexionaba sobre la manera de apaciguarla. Pensó que quizá bastara con ganar tiempo con alguna frase de circunstancias, como se espera a que la mantequilla esté lista para untar dejándola fuera de la nevera unos minutos. Lo pensó porque le aguardaba la ingrata tarea de meter el dedo en la llaga. Para ello bastarían cinco palabras. Y hablar con ella de cosas sin importancia nunca había sido su fuerte.

Al otro lado de la ventana, el cielo había empezado a ponerse gris. Si Bastien hubiera sido Mr. Mack, el personaje de su videojuego, un fantasma podría haberle preguntado qué probabilidades había de que volviera a llover, y él podría haber elegido pasar a la siguiente pregunta, más difícil, pero que le habría hecho ganar más puntos: «¿Qué probabilidades hay de que consigas pronunciar esas cinco palabras?».

Polina

Precisamente ahora que había decidido morir, Polina se acordó de su abuela Anita. ¿Qué habría opinado de aquello en lo que se había convertido su nieta, de aquello en lo que se había

convertido su vida?

Observó la carne rosada de su pierna suspendida en el vacío y tensó la punta del pie, arqueando al máximo el empeine. Era capaz todavía de formar un arco completo. Siempre había sido una de sus mejores cualidades, y la conservaba pese a haber dejado de entrenar y de cuidar su cuerpo, que había pasado de ser un instrumento perfeccionado y pulido durante años a estar ahora oxidado y desafinado. Pasó revista mentalmente a sus límites más recientes, a las tensiones y las rigideces, y después relajó los pies y fijó la vista en un punto lejano, dejándose embargar por un torrente de recuerdos que llegó hasta ella como una tenue vibración en el aire.

Anita, su abuela. La muchacha superviviente. Le pareció que hasta recordaba su voz cuando decía que a los recién nacidos les cambian las facciones cada día hasta recuperar la de quién sabe qué antepasado, o cuando tantas otras veces repetía que de recién nacida Polina no se parecía a nadie.

Anita murió cuando ella tenía nueve años, y desde ese día, a decir de todos, la nieta empezó a parecerse a ella cada día más. Según su madre, el espíritu de la abuela, aferrado como estaba a la vida, había decidido buscarse un huequito en el cuerpo de Polina para concederse una segunda oportunidad.

«Quien nos ha traído al mundo —escribía la abuela en uno de sus diarios— al morir se acurruca en nuestra mirada por la mera necesidad de seguir mirando.»

Polina nunca había creído la idea de que la abuela viviera dentro de ella, o quizá se había limitado a rechazarla, como una evidencia embarazosa que uno prefiere obviar. La abuela siempre había sido el espejo ante el cual uno acelera el paso para no dejarse sorprender por su propio reflejo. Cada vez que había visto alguna fotografía de Anita de joven, Polina había experimentado una sensación molesta, y al mismo tiempo una extraña complicidad con esa muchacha que tenía su mismo color de pelo, de un cobrizo intenso, la misma forma de los ojos, un poco saltones, y los mismos músculos largos y nerviosos bajo la piel.

Anita la superviviente, que, en el verano de 1941, cuando aún era una niña, había sido detenida con su madre por los agentes rusos de la Checa y obligada a subir a un tren con destino a Siberia.

Los relatos de ese viaje, que había durado semanas, acompañaron muchas veladas de la infancia de Polina. La abuela contaba que estaba prohibido salir de los vagones, y que la gente no tenía más remedio que hacer sus necesidades en un rincón, en un agujero hecho en el suelo de madera, sin agua para limpiarse. Cada día repartían sólo dos cubos por vagón —no llegaba ni a un cuarto de litro por persona— y una escudilla de sopa para cada uno, preparada en los comedores improvisados distribuidos en las distintas estaciones en las que paraban.

Pese a los horrores vividos, su abuela había conservado hasta su último aliento una sonrisa cálida y acogedora. Llegada a la edad adulta, se había casado con un librero que siempre estaba al borde de la ruina, junto al que había trabajado sin descanso hasta los años sesenta, cuando, de segundo trabajo y desoyendo las protestas de su marido, se había convertido en bailarina de revista.

A Anita la apasionaba bailar el tango y la rumba, y la entusiasmaban los espectáculos organizados en el hotel Perla del Mar, en Bulduri, a veinte kilómetros de la capital, en parte porque, como le contaba algunas noches a Polina antes de dormir, en esas ocasiones las bailarinas podían elegir el largo de la falda y el tamaño del escote. Y como no había muchas más diversiones en la zona, se formaban colas larguísimas en la puerta del hotel.

El baile había entrado en su vida gracias a la abuela, pero, a diferencia de Anita, Polina no había sabido convertirlo en algo sólo suyo y pronto se había convertido en asunto de todos.

Cuando Mantas, el padre de Polina, había dado el golpe de gracia a la librería familiar, el éxito de su hija se había convertido en lo único que le permitía volver a creer en algo. En un principio había sido la madre de Polina, Inara, la que había insistido, a costa de enormes sacrificios, en que su hija tomara el camino de la danza. Había vislumbrado en ella un gran talento y, al mismo tiempo, la posibilidad de resarcirse de todos los fracasos de la familia. Por ello, había convencido a su marido para que la mandara a Leningrado cuando aún era muy pequeña, encomendándola al cuidado de una joven profesora de ballet, para que fuera a una escuela importante donde habían estudiado bailarines de la categoría de Barýshnikov y que sobre todo era conocida por el sentido de la disciplina que en ella se impartía.

Su abuela había sido mucho más sabia, el baile no había pasado de ser una cuestión suya: suyo el posible éxito y suyo el posible fracaso. Anita nunca se habría dejado atrapar en una situación como aquella en la que se encontraba ahora Polina, en un callejón sin salida como ése.

Si al menos hubiera abortado, volvió a pensar, ahora no estaría en un apartamento que no era el suyo, a horcajadas sobre una ventana abierta de par en par, mirando el asfalto abajo y el cielo sobre la ciudad, pensando en todo lo que podría haber sido y no había llegado a ser.

Janis se había dormido por fin. Si era verdad que la abuela se le había quedado acurrucada dentro para seguir mirando el mundo a través de ella, el espectáculo había terminado, iba a cerrarse el telón, y también Anita, la muchacha superviviente, caería con ella.

Naima

Una planta más arriba, Naima observaba a su hijo coger un dulce —el hombre oscuro y misterioso que se había llevado a su niño—, recordando cuando desayunaban juntos.

La taza de leche era más grande que su cara, cuando bebía parecía que fuera a caerse dentro. Asomaban unos ojos como los de una ardilla fuera de la madriguera:

—Mamá, ¿tú eres la princesa del castillo?

—¿Del cuento que te conté anoche?

—Sí.

—¿Así me ves tú?

—Estás en el castillo, pero has hecho galletas.

Naima se reía:

—¿Vienes a salvarme o a comerte las galletas?

—Las dos cosas.

En un momento dado, ese niño había empezado a rechazar cualquier tipo de dulces para comer sólo bocadillos de jamón, o si acaso cereales, como los alemanes. Se los terminaba deprisa, como si la silla estuviera a punto de explotar, se encerraba en su habitación y se pasaba las horas enfrascado en el ordenador.

Esa mañana comía con calma, pero era evidente que algo lo inquietaba. Algo que a Naima seguía escapándosele. Y todas esas atenciones, el hecho de que desde hacía unos meses se preocupara casi todos los días de comprar magdalenas —que en tiempos habían sido sólo una debilidad de Gerard pero ahora lo eran también suya— y que, además, le apeteciera comérselas, como si quisiera dirigirles a ambos una petición tardía de complicidad. Era evidente que le había pasado algo, algo grave. Y estaría a vueltas con ello, incapaz como siempre de afrontar la situación de manera directa, de pedir perdón.

El desayuno le hizo recordar la tarta de chocolate que estaba en la cocina. La había preparado con Tine para la inquilina de la segunda planta, que acababa de tener un niño.

Si Naima quería contarle a Bastien la historia de la casa y de cómo había descubierto que estaba enferma, si de verdad quería explicarle el significado que tenía para ella esa fecha precisa, el 23 de marzo, primero debía recuperar una atmósfera serena y amable.

—En el edificio vive una chica que creo que es rusa —le dijo—, se llama Polina. Ha sido madre hace poco. Le he hecho una tarta. ¿Se la puedes llevar, por favor, antes de marcharte?

Bastien asintió, contrayendo la boca en una mueca que una vez más Naima no consiguió descifrar.

Una mueca de resignación, en realidad, que Bastien dirigía a la amabilidad superficial de su madre. Se prodigaba siempre en atenciones, en detalles, en regalos: para los vecinos, los comerciantes, los invitados de cualquier tipo, y hasta para los ilustres desconocidos. Ay de ella si se quedaba corta de alguna manera o si no causaba buena impresión. Aunque esas atenciones se llevaran su tiempo y su energía. A veces era más importante decir: «Bastien, invita a ese amigo tuyo»; «Pide perdón»; «Tenemos que ir a su cumpleaños»; «Sé amable», que fijarse en los arañazos o los moretones de su hijo. En la mirada asustada de un niño que, al crecer, se ocultaba del mundo detrás de una sonrisa cada vez más falsa.

—Tiene un bebé precioso —añadió Naima, limpiándose los labios delicadamente con la servilleta.

La última vez había intentado preguntarle por su novia. Bastien creía que su madre quería un nieto: le encantaban los niños. Según él, de haber podido, su madre habría tenido más hijos. Hijas, quizá, porque ningún hijo varón podría haber rivalizado con Gerard.

Pero lo último de lo que Bastien quería hablar era de hijos precisamente. Para eso ya estaba Sheyda, que se lo pedía casi a diario. Por ello dirigió la conversación hacia algo que los acercara a las fatídicas cinco palabras:

—¿Cuándo está previsto que empiecen las reformas del edificio?

—No tengo ni idea. —El tono de Naima volvía a ser distante—. Lo que quiero es que vayas a la habitación a ver a tu padre. Al menos, a saludarlo.

Bastien tragó saliva, irritado. Había llegado el momento.

—Mira, Naima...

—No me gusta que discutáis, ya lo sabes —replicó su madre, interrumpiéndolo, y en ese mismo momento la atravesó un latigazo visible de dolor. Contrajo los músculos del cuello y apretó los puños, dejando a Bastien helado. Por suerte, fue sólo un instante, como la sombra de una nube empujada por una ráfaga de viento. Se recobró enseguida y se limitó a decirle—: Haz lo que quieras. Ahora, discúlpame, estoy cansada, quiero volverme a la cama a dormir.

Bastien estaba seguro de ser la causa del inesperado cansancio de su madre, una sensación que había experimentado a menudo en el transcurso de su vida, sobre todo desde que era consciente de su enfermedad. Habría querido decirle la verdadera razón de su visita, pero despegó los labios sin emitir sonido alguno. Nunca le había resultado fácil ser sincero, sobre todo con su madre.

—Vuelvo esta noche a cenar. Me gustaría que me acompañara Sheyda.

Esa frase no era excepcional. Era el enésimo compromiso, su búsqueda de una solución siempre aplazada: «Se lo diré esta noche, y estará Sheyda a mi lado», volvió a prometerse, trazando un nuevo plan sobre la marcha.

Era también la única cosa que podía sorprender a su madre. De hecho, por un instante, la idea de conocer por fin a la novia de su hijo pareció alejar el sufrimiento de Naima, cuyo semblante se iluminó como si estuviera a punto de preguntar algo —quizá sobre Sheyda, sobre su futuro, sobre la esperanza que albergaba de tener un nieto—, pero después una gota de sudor resbaló por su sien, dejando una estela mojada. Se la enjugó con la manga de la bata, esforzándose por sonreír.

—Eso estaría bien —dijo alejándose de la mesa. Y, girando la silla para darse la vuelta, añadió—: Dile a Tine que te dé la tarta. Esa mujer, Polina, vive en la segunda planta, en el apartamento 3C. Los vecinos cambian continuamente, pero me ha dado la impresión de que ella tenía intención de quedarse aquí mucho tiempo.

Si aún fuera niño, pensó Bastien observando a su madre desaparecer en la penumbra del pasillo, puede que también le hubiera dicho: «Vamos, Bastien, no seas tímido». Una de las frases que más le repetían sus padres. Nunca habían entendido que, al decirla, alimentaban cada vez más su timidez, así como esa honda sensación de no encajar nunca del todo en ninguna parte.

Polina

Polina inspiró el aire cortante de la mañana, pensando que podría hacerlo de verdad, le bastaría un ligero impulso con la pierna apoyada en el suelo para perder el equilibrio y dejarse caer por fin.

En lugar de eso, en ese preciso instante llamaron a la puerta, cuando ella aún no había

encontrado el valor para saltar al vacío.

Con un movimiento que le costó un tirón en los músculos internos del muslo, se apartó de la ventana y se dirigió a la entrada, con el corazón acelerado y las manos temblorosas. Se detuvo un momento para observarse los pálidos dedos, exangües. Respiró, tratando de reconectar con el mundo, y se dio cuenta de que no le importaba aquella interrupción, no sentía irritación ni alivio. Le pareció que en ese último año toda su vida se concentraba en ese gesto sencillo, en el cual se había quedado congelada como en un fotograma: ella suspendida en el aire, con un pie en el suelo y el otro colgando en el vacío.

Mientras se disponía a girar el pomo, se dejó sorprender por su habitual recelo, que la acompañaba desde siempre cada vez que tenía que recibir a un desconocido en su espacio vital. Esa sensación de atropello que tenía también cuando alguien tropezaba con ella por la calle, e incluso en los momentos de intimidad con los pocos hombres a los que decidía conceder su cuerpo.

En el umbral se materializó la silueta de un joven árabe vestido con vaqueros grises y un jersey oscuro de cuello alto. Polina nunca lo había visto antes, y su rostro inquieto y poco recomendable, con una barba larga y unos ojos negros y penetrantes, le hizo arrepentirse de haber abierto la puerta demasiado deprisa, sin echar un vistazo primero por la mirilla y preguntar quién era.

—Soy Bastien, el hijo de Naima, de la tercera planta —se presentó el joven, y por un instante pareció darse cuenta del miedo que anidaba en los ojos de Polina, que se había retirado detrás de la puerta, como si tuviera prisa por cerrarla y ponerse a salvo.

Bastien le enseñó un recipiente de plástico transparente dentro del cual se adivinaba una tarta de chocolate. Tenía una expresión incómoda, como si alguien lo hubiera obligado a estar ahí.

—Mi madre te ha preparado una tarta —dijo con tono resuelto.

Polina se relajó. Se le vino a la mente la imagen de la señora tan amable de la silla de ruedas que, unos días antes, mientras esperaban el ascensor en el portal, le había prometido una receta especial.

—Gracias —contestó tomando el recipiente, sin saber qué más decir o hacer.

El joven bajó la mirada y retrocedió él también:

—Bueno, yo ya me voy, adiós —dijo.

Polina no estaba acostumbrada a recibir visitas; pero despedirse de aquella manera como única respuesta a un gesto tan amable le parecía descortés.

—¿Por qué no entras un momento?

Bastien no supo reaccionar y se quedó inmóvil. Luego, casi para compensar, se esforzó en hacer aquello de lo que no había sido capaz un poco antes con Naima: cambiar unas pocas palabras de circunstancias.

—Me ha dicho mi madre que acabas de tener un bebé.

Polina —así le había parecido entender que se llamaba la chica— esbozó una sonrisa, estirándose las mangas y el bajo de la sudadera. Luego se volvió y, señalando algo a su espalda, contestó:

—Está ahí, durmiendo.

Le indicó con un gesto que entrara y, sin esperarlo, lo condujo al interior del apartamento, a una gran habitación con un sofá cama abierto, con las sábanas arrugadas.

Bastien la siguió, dejando entreabierta la puerta de entrada. Tropezó con un bolso olvidado en mitad del camino del que asomaba un calcetín. Si todavía hubiera tenido la tarta en la mano, probablemente habría terminado en el suelo. Cuando estaba nervioso se volvía algo torpe. Por suerte, la chica estaba de espaldas y no se enteró. Su cuerpo se movía sinuoso delante de él. Aunque la redondez del embarazo era aún evidente, debía de ser deportista, consideró Bastien. O al menos lo había sido, porque le parecía que estaba en una fase de transición en la que los músculos, que aún se distinguían a través de las mallas, estaban sepultados bajo la carne blanda de la maternidad.

Como ella, también la casa tenía un aire provisional. Contra la pared había varias cajas aún por desembalar, mientras que en el techo faltaba una lámpara, sustituida por una bombilla de led que colgaba solitaria de un tubo de plástico negro.

El olor del apartamento, sin embargo, era irresistible e intenso. Un aroma a jabón y a polvos de talco que lo había asaltado nada más franquear el umbral. Siempre le habían gustado las casas que acogen nueva vida, porque, aunque parecieran precarias e inadecuadas como ésa —su madre se equivocaba, el apartamento era demasiado pequeño para ofrecerles a Polina y a su hijo un acomodo definitivo—, tenían siempre un aroma cálido y envolvente, un olor a cuidados metódicos, a paciencia, a cansancio y complicidad.

—Es niño —explicó Polina, dejando la tarta en la encimera de la minúscula cocina—. Se llama Janis.

La chica le señaló el cochecito, colocado bajo la ventana abierta. Un hecho curioso, pensó Bastien, considerando el frío cortante de esa mañana de marzo.

El joven se asomó para mirar al niño.

Era rubio, con las facciones redondeadas y perfectas, parecía salido de un anuncio publicitario. También Polina le pareció perfecta a su manera, recién entrada en el limbo seráfico de las mujeres que se convierten en madres. Bastien la imaginó satisfecha con lo que estaba viviendo, sin interés por cuanto la rodeaba, desde las cajas de cartón todavía por abrir hasta lo exiguo del apartamento. Inevitablemente, pensó en Sheyda y en lo que habría dado ella por estar en ese mismo limbo.

La ventana abierta llamó su atención. Apartó la mirada del niño y la dirigió al enorme globo del mundo que se veía también desde allí y que, como siempre, flotaba tranquilo en el cielo. Desde la planta inferior al apartamento de sus padres, la calle se veía más nítida, los colores y los contornos parecían tener relieve, casi como si los hubiera repasado la mano ansiosa de un joven pintor.

—Bueno —dijo volviéndose hacia Polina. Habría querido añadir algo más elocuente, un cumplido, pero no se le ocurría nada.

Ella le sonrió, como si quisiera despacharlo; parecía muy cansada, o quizá sólo aburrida.

Bastien le devolvió la sonrisa, cortado, asintió sin motivo y se dirigió a la puerta, concluyendo la visita con un «nos vemos».

Cuando Polina volvió a quedarse sola, el silencio la sorprendió como una ola inesperada. Apoyó la espalda contra la puerta que acababa de cerrarse y suspiró.

Después volvió a la ventana para cerrarla. Le remitió la mantita a Janis, pero de manera casi imperceptible, para que no se despertara.

Entonces reparó en la tarta sobre la encimera. Se acordó de la madre del chico. Era conmovedor saber que existía alguien, en el edificio y, más en general, en el mundo, a quien todavía le preocupara el bienestar de una desconocida. Los demás vecinos eran fantasmas, de ellos sólo conocía los olores —bocanadas de detergente, col, salsa y asados—, los felpudos delante de las puertas y las placas de latón con sus nombres debajo de los timbres. Tal vez había tenido un par de encuentros fortuitos en el ascensor, marcados por gestos de saludo o breves conversaciones, de los que no conservaba recuerdo alguno.

Creía que también con la señora de la silla de ruedas sólo había cambiado unas pocas frases de circunstancias, la simple curiosidad que podía llevar a una señora mayor a preguntarle a una mujer que acababa de ser madre cómo había cambiado su vida ahora que tenía un hijo, aunque en cierto modo estuviera aún más sola. Sin embargo, esa señora, pese a sus trabas físicas, se había molestado en hacerle una tarta.

Unos minutos antes pensaba en cerrar los ojos para siempre, pero ahora estaba ahí, tomándose la primera porción, seguida de una segunda, de una tarta tan exquisita que parecía irreal. Podría habérsela terminado entera. Otros kilos de más que la separaban de la remota posibilidad de elegir seguir viviendo y, por lo tanto, de volver a bailar. Pero no había posibilidad alguna. Un día más o menos daba completamente igual. Había una única solución: morir. Y era liberador, casi consolador, saber que estaba al alcance de la mano.

En ese instante sonó su móvil. El nombre de Michail apareció en la pantalla. Polina recordó un momento el día en el que Janis había sido concebido, cuando Michail se movía gimiendo dentro de ella, que, en silencio, miraba al techo.

Entonces Polina ya ni siquiera se esforzaba en fingir, sólo había pensado con frialdad quirúrgica que ésa sería la última vez: encontraría la manera de terminar sin que ninguno de los dos saliera perdiendo. Sin embargo, el olor de la loción de afeitado de Michail era agradable, su piel, sedosa al tacto, y sus hombros anchos y musculosos olían a pan, como ahora los pijamitas de su hijo.

¿Qué dictaba esa voluntad suya de desapego? Si es cierto que nuestra mirada alberga la de

nuestros antepasados, entonces quizá Polina quisiera alejarse de Michail para no sentir el peso de la desaprobación de su abuela. En él, Anita no habría visto más que a un ruso, y lo habría aborrecido.

Siberia le había robado la infancia, los rusos habían exterminado a su familia, Anita nunca había dejado de considerarlos un pueblo imperdonable, que sólo valía para hacer negocios y, como prudente letona que era, los definía como negocios «inmorales». Pero en ese caso el único negocio inmoral lo había hecho su nieta, entregándose a Michail.

Polina decidió no responder al teléfono y esperar a que acabaran los timbrazos con la misma frialdad de un asesino que aprieta una almohada contra la cara de su víctima hasta el último aliento.

Mientras, se puso a pensar en su infancia, se vio delante de la escuela de ballet de Riga, de la mano de Nadja, su profesora. Su padre y su madre parados en la escalera. Le parecieron muy bajitos, emocionados e incrédulos, como lo habían estado un instante antes en la platea. En los ojos de Polina perduraba la imagen del escenario vacío, del terciopelo rojo lleno de polvo y del aplauso del jurado, que había dado calidez al ambiente decadente del teatro; en las piernas y los brazos, el recuerdo grabado de cada paso de la variación de Odile, que sin embargo no había ejecutado con la perfección que habría deseado.

En la ciudad llevaba nevando tres días seguidos sin interrupción, y ella tenía que subir al coche, se marchaba a Leningrado, acababa de despedirse de sus padres, que seguían en la acera, cogidos de la mano. A la luz ambarina de las farolas, cubiertas de copos blancos, de pronto le parecieron dos cromos bidimensionales, como si hubieran perdido grosor.

La nieve crujía bajo sus zapatos. Polina iba hacia su futuro, pero también hacia la esperanza de redención de su familia, y lo único que acertaba a pensar era que se le estaban mojando las medias y se exponía a resfriarse, ella, que de ninguna manera podía permitirse enfermar.

10.33 horas

—¿Por qué no se lo has dicho?

La voz de Sheyda era cortante, como casi siempre en esos últimos meses.

Bastien estaba en el rellano de Polina, esperando el ascensor que no llegaba, con el teléfono pegado a la oreja y en el resto de las células del cuerpo el deseo de enfrascarse cuanto antes en el ordenador, en compañía de Mr. Mack, sin preocuparse de nada más.

—Ya le he dicho a mi madre que esta noche vienes conmigo.

—No era así como me imaginaba el día en que me llevarías a la casa en la que creciste. No voy a ir para que me dejes en segundo plano.

—Ven, Sheyda, por favor te lo pido. No sabes lo contenta que estaba de poder conocerte. Si consigo salir de esta situación será todo más fácil. También... para nosotros.

Y mientras se lo decía, Bastien pensaba en todas las veces que, moviéndose entre las piernas de Sheyda, al cabo de un rato ya no sentía nada y le desaparecía la erección, hasta el punto de que seguir insistiendo no valía la pena. Ella le había pedido, primero con un tono tranquilizador y después más aprensivo, que fuera a ver a un especialista, pero a Bastien se le daba bien darle largas, como ya le había demostrado ampliamente con la cuestión de los hijos.

La oyó suspirar al otro lado de la línea y volver a llenarse de esperanzas.

—De acuerdo. Pero ahora te dejo, que llego tarde a clase.

Se abrieron las puertas del ascensor: dentro Bastien sorprendió a una joven pareja comiéndose a besos. Cuando repararon en él, se apartaron el uno del otro, incómodos, poniendo distancia. Ella, rubia y esbelta, parecía esclava y menor de edad. Se apoyaba en la pared del ascensor. Tenía la nariz aguileña y los labios cortados. Bajo un sombrero multicolor y entre un denso remolino de pecas destacaban unos grandes ojos azules que llamaban la atención. Bastien pensó que el chico sería noruego o como mínimo nórdico. Tenía un aire malhumorado y los puños apretados, como si estuviera a punto de darle un puñetazo en la cara. Bastien pulsó la tecla de la planta baja.

Cuando las puertas volvieron a abrirse con su lento chirriar, salió a paso rápido del edificio para dejar atrás cuanto antes esa mañana.

Nada más salir del ascensor, Alice agarró a Matthias de un brazo, reteniéndolo en el portal.

—¿Por qué lo mirabas así?

—¿A quién?

—A ese tío —dijo Alice, señalando la silueta que salía del edificio.

—Tiene la típica cara de terrorista. Ya lo he visto otra vez, iban con gente con mala pinta, y no me fío de él. ¿Qué quieres que le haga?

—A mí me ha parecido un tío normal.

—Todos parecen normales.

—Me asombra que tú, precisamente tú, puedas juzgar así a alguien. Es una actitud tan...

—¿Tan qué?

Alice hizo una mueca de irritación y se encogió de hombros.

Mientras se disponían a salir del portal, entró otro vecino, tambaleándose. Llevaba un abrigo raído, tenía una barba larga y gris y una mirada sombría, y dejaba tras de sí un pestilente olor a alcohol.

—¿Y ése? —preguntó Alice cuando las puertas del ascensor se lo hubieron tragado—. ¿De qué tiene cara?

—De mendigo. —Matthias hizo una mueca exagerada de asco.

Alice sonrió.

—Pero da la casualidad de que vive justo en tu edificio.

—Ése es un misterio que no me interesa descubrir.

El ascensor se detuvo de nuevo en la segunda planta. El hombre del abrigo raído y la ropa hedionda volvía de la tienda de Hulya, donde se había desayunado con brandy y había devuelto los cascos vacíos acumulados durante la noche a cambio de unas monedas.

Vivía en el 3A, el primer apartamento frente al ascensor.

Entre la casa del hombre y la de Polina sólo había una puerta, la del 3B. Desde que vivían allí, ni uno ni otro habían visto nunca a nadie franquearla.

En ese momento, el 3B estaba vacío, pero no inerte.

Aunque en su interior no hubiera nada perecedero, la nevera se había quedado encendida. Si un técnico de la fábrica de la que provenía hubiera podido echar una ojeada al mecanismo, quizá habría reparado en algunas anomalías en el fusible y los cables de corriente continua. Si un electricista hubiera podido echar una ojeada al apartamento, se habría dado cuenta enseguida de que la instalación entera estaba deteriorada y hacía falta una intervención urgente para arreglarla.

Segunda parte

En la evolución de un incendio se dan distintas fases. En la primera, la de la ignición, interviene un estímulo externo, un catalizador, que permite pasar a la fase de propagación y de incendio generalizado, conocida también como «flashover».

La brusca elevación de la temperatura provoca un aumento de la velocidad de las moléculas, y la energía de impacto les ofrece el impulso que permite superar la barrera de activación.

17.15 horas

Seis horas antes del incendio

Alice

En un momento de la mañana, casi como si quisiera contradecirse a sí mismo, el cielo había empezado a prometer lluvia de nuevo. Al final se había quedado de color blanco con matices de gris, mientras su luz tenue y fría resistía al atardecer.

En la isla de los museos, a pocos pasos de la catedral, se levanta el museo de Pérgamo. Tras comer un *bretzel* a falta de algo mejor y beber un café cenagoso en el quiosco de la entrada, como muchas otras tardes entre semana, Alice se refugió en el interior del edificio.

Ningún otro lugar en el mundo sabía reconciliarla consigo misma como ese museo.

Cruzar el puentecito que lleva al Pérgamo le daba siempre una sensación de embarque. Como si estuviese abordando un arca gigantesca capaz de trasladarse en el tiempo.

De los tres pabellones principales, su preferido era el dedicado al Antiguo Oriente Próximo, pero por motivos que poco tenían que ver con el arte.

Por allí vagaba, de una sala a otra, en recorridos casuales y repetitivos, cuando se percató de que añoraba a Franco, su padre. No sólo porque era él quien le había transmitido el interés por esa clase de lugares, sino porque la voz de la audioguía y la de su padre, con sus tonos cálidos y profundos, eran increíblemente similares.

Lo sabía todo del museo de Pérgamo, lo sabía ya antes de llegar a Berlín, pero le gustaba escuchar a su padre explicarle, incansable, cada detalle, como lo habría hecho en la realidad.

Cuando Silvana se había quedado embarazada de Alice, Franco estaba en primero de Arqueología. La decisión de traerla al mundo y de casarse le había supuesto abandonar los estudios y el sueño de convertirse en el primer Indiana Jones de su pueblo. Él también había tenido que dedicarse al restaurante que Silvana y su hermana habían heredado de su padre.

Con frecuencia, Alice se había sentido culpable de haberle quitado a Franco su verdadera pasión, y por ello nunca se había rebelado, ni siquiera de niña, a las largas y pedantes lecciones, ni a la lectura nocturna de atlas y libros de fotografías.

Así habían empezado sus excursiones, como una especie de paso del testigo. Los lunes —el día que cerraba el restaurante—, Franco se la llevaba consigo, como a una pequeña confidente a la que contar todo aquello que le interesaba de verdad. Incluso cuando ya estaba en el colegio, Alice era capaz de saltarse el primer día de clase para visitar con su padre excavaciones y museos.

Vivir a pocos kilómetros de la capital le había permitido explorar ya desde pequeña el Palatino, las termas de Trajano y de Diocleciano, la vía Appia Antica, Caracalla y la Villa de los Quintili. Más adelante habían ido más lejos, hasta Cerveteri, Pompeya, Paestum, y grabados en su memoria habían quedado los fines de semana en Sicilia, desde el Valle de los Templos hasta el parque arqueológico de Neápolis.

Los itinerarios iconográficos habían sido otro vínculo entre ambos. A Franco le gustaba observar cómo un mismo tema se representaba varias veces en el curso de la historia con una visión siempre nueva. Había ocurrido con las Tres Gracias, con el Árbol de la Vida y con la torre de Babel, cuya legendaria construcción, tal y como se describía en el libro del Génesis, había sido también la primera historia que Franco le había contado a su hija.

En la habitación de Alice había quedado la reproducción de un cuadro flamenco de Pieter Brueghel el Viejo, que había hecho de la torre la representación más icónica. Franco se la había regalado por su séptimo cumpleaños. Si hubiera estado allí con ella en ese momento, se habría quedado extasiado ante la Puerta de Babilonia, la pieza central del pabellón que su hija estaba visitando de cabo a rabo. Alice se sentó en uno de los bancos metálicos colocados en la sala y seleccionó el punto de la audioguía que se refería a la puerta. Desde que estaba en Berlín, se había parado a contemplarla por lo menos treinta veces. Sus paredes estaban totalmente cubiertas de azulejos esmaltados de azul en la base, y en tonos ocre en relieve para las representaciones de animales y seres fantásticos que se alternaban en hilera, como en los motivos de un tapiz.

La voz del padre que la transportaba hacia atrás en el tiempo era nítida, como si estuviera sentado a su lado, pero sin acento de ningún tipo.

—Alice, por fin. Nunca contestas a mamá.

La voz de Franco sonaba aislada, a esa hora el restaurante estaba cerrado, y el hecho de que hablara de Silvana con tanta libertad significaba que ella no estaba presente.

—Mamá me llama tantísimas veces que tengo todo el derecho de no contestar.

—Sólo quiere asegurarse de que estás bien.

—Lo estoy, papá.

—¿Seguro?

—Claro.

—Cuéntame, entonces. ¿Dónde estás?

—En el Pérgamo.

—¿Otra vez?

—Este sitio me relaja, la voz de la audioguía es idéntica a la tuya.

—Sí, lo sé, me lo has dicho.

—De verdad, papá, es alucinante.

Al otro lado de la línea, Franco sonrió.

—También me gusta estudiar aquí.

—¿Y lo estás haciendo?

—Estoy preparando una tesina.

A Alice le costaba menos mentirle a su madre que a su padre. No estaba estudiando como debía, pero era cierto que tenía que preparar una tesina y había empezado a investigar. Se había traído material de lectura, aunque había quedado olvidado dentro de la pequeña mochila negra que tenía entre los pies.

—Papá, ¿tú sabías que el nombre *Babel* es de origen sumerio y significa «la puerta de Dios»?

—Creía que venía del hebreo *bālal*, que significa «confundir». En la Biblia se habla de «confundir las lenguas». A propósito de lenguas, ¿qué tal te las apañas con el alemán?

—Mejor. —Y, mientras contestaba, Alice recordó la clase de Matthias sobre palabrotas. Los alemanes tienen pocas y casi todas relacionadas con los excrementos más que con el sexo. Una vez ella había sacado la conclusión de que los italianos expresan en el lenguaje una fase fálica, mientras que los alemanes están atascados en la fase anal; extrañamente, a Matthias no le había sentado mal y se había echado a reír.

Como si Franco hubiera podido leerle el pensamiento, preguntó:

—¿Y el tal Matthias? ¿Cómo va la cosa?

—La cosa sigue. Me está haciendo de cicerone.

—Bien. ¿Y en la residencia? ¿Sigues teniendo problemas con esa chica que ronca? ¿Os habéis hecho amigas?

Matthias roncaba aún más que esa chica a la que hacía al menos un mes que no veía, sin embargo todas las noches, cuando conciliaba el sueño, Alice estaba tan satisfecha que dormía como un tronco.

—Ya no ronca —se limitó a contestar, pasando por alto su traslado definitivo a casa de Matthias.

Pero Franco era su máquina de la verdad: había aprendido a interpretar cada inflexión en el tono de voz de su hija.

—¿Dónde vive Matthias?

—Papá, te diré que esto parece un tercer grado como esos a los que me somete mamá.

La voz del padre se aligeró con un matiz divertido:

—Tienes razón. Sólo pregunto por curiosidad.

—Me has prometido que vendrías un fin de semana antes del verano. No tienes la excusa de mamá, que le da miedo volar, y ya estamos a finales de marzo. La Puerta de Babilonia te espera.

—Sí, tengo que organizarme. Pero tú llámala, por favor.

Cuando terminaron la conversación, Alice imaginó la expresión desconfiada de Silvana, preguntándole: «¿Con quién hablabas?», o algo similar. Y a Franco contestando con una mentira. Una «mentira piadosa», como llamaba él a todas las que solía decirle a su mujer cuando se trataba

de salvaguardar la complicidad con Alice, esa especie de lengua común, una mezcla de códigos secretos y dialecto propio que habían desarrollado entre padre e hija.

Polina

Con Janis dormido en el cochecito, Polina se acercó al teatro.

Podría haber optado por una mochila portabebés, pero ni siquiera la había comprado. Empujaba el carrito con los brazos bien extendidos, casi como si quisiera mantenerlo a distancia. Caminaba con paso inseguro y la mirada perdida, reflexionando sobre el hecho de que existen dolores que son necesarios para recordarte dónde estás y hacia dónde vas, y dolores del tipo contrario, capaces de hacerte perder el sentido de la orientación.

Estaba accediendo al teatro por la entrada lateral, la de la escalera estrecha que llevaba al pasillo de la sala de audiciones, pasando por los camerinos. Hacía meses que no respiraba el aroma a talco de esas salas, donde el silencio y los murmullos se alternaban con las notas de una pieza interpretada al piano o por una orquesta. Pensó en cómo era el mundo antes de Janis, en la calma y la confianza en sí misma que sólo experimentaba en el escenario, junto con un sentimiento de pureza y de exaltación.

Le dolían las caderas mientras levantaba el cochecito, tratando de mantenerse en equilibrio en la escalera. Un dolor muy distinto del que le provocaban los *en dehors*, las *pirouettes* y las *arabesques*. Sus caderas se reasentaban después del paso de Janis. Sus huesos habían sufrido una sacudida, un terremoto.

Se dio cuenta de que había pasado nueve meses dentro del agua. Siempre que podía, llenaba la bañera o iba a la piscina municipal. Cuando no estaba en el agua, se sentía como si estuviera hecha de plomo, le pesaban tanto los pies que a cada paso podrían haber abierto grietas en el suelo. Si no estaba en el agua, se atiborraba a comida, la mayoría de las veces tumbada en la cama por las repetidas amenazas de aborto. Mientras tanto, engordaba; las hormonas, desenfrenadas, se divertían hinchándola. Si no hubiera seguido los consejos del ginecólogo y hubiera hecho más esfuerzos de los debidos, podría haber perdido al niño; pero ella había hecho todo lo necesario para que eso no ocurriera.

Era el período en el que había entendido que el dolor no es un planeta, sino una galaxia que se fragmenta en mil mundos posibles. Hasta el dolor físico, que parece el más homogéneo y coherente, había cambiado: el malestar del embarazo, desde las náuseas hasta la espalda destrozada y las migrañas, no tenía el mismo sabor que las dorsalgias, los esguinces y las punzadas en el talón y en el medio de la planta del pie que durante todos esos años le había provocado la danza.

De niña dormía sobre una tabla de madera porque le habían dicho que estimulaba el crecimiento, y siempre había entrenado con tanto afán que, a los dieciocho años, ya no le quedaba en los muslos rastro de la grasa que la había acompañado durante la adolescencia. Había

trabajado como una escultora con su propio cuerpo, la postura, las proporciones y el ángulo de los codos. Para afrontar cada sufrimiento había sacado fuerzas de la promesa del beneficio futuro. Todo eso era muy distinto de lo que ahora estaba conociendo: un dolor que apagaba las luces del proscenio y anulaba el sentido del tiempo.

Unas voces la atrajeron al escenario. Se quedó entre bastidores y reconoció la figura de Michail, que hablaba con unos bailarines de una compañía que estaba haciendo una gira, nadie que ella conociera. Se quedó apartada para que no la vieran. No esperaba encontrarlo allí.

Le sentaba bien la paternidad. Desde que había nacido Janis, Michail estaba como rejuvenecido. Se había cortado el pelo, que ahora se veía menos ralo, y llevaba una chaqueta ceñida gris que le hacía parecer más alto. Tenía una sonrisa complacida mientras describía gesticulando una *ouverture*. Los bailarines lo escuchaban con mirada absorta, su carrera no había sufrido tropiezos.

La sorpresa de encontrárselo a pocos metros le trajo a la garganta un sabor a rabia. Una rabia tonta, pensándolo bien, pues todo lo que veía ya no debería haberle preocupado. Si había decidido salir y volver al teatro, había sido sólo para concederse un último paseo, con el desapego de quien sabe que está viviendo un sueño y puede despertar en cualquier momento.

En los sueños puede ocurrir que las personas tengan otro rostro, que interactúen con el que sueña con una identidad aún reconocible pero con un aspecto que no se le corresponde. Como Janis en ese momento.

Había perdido el parecido con su padre que tenía hasta hacía poco, y ahora le recordaba a Lauris Reiniks, un cantante letón de pop que se prodigaba en YouTube. La última persona que Polina se habría esperado encontrar en el rostro de su hijo. Su abuela Anita habría sonreído: «¿Lo ves?, tenía yo razón, a los recién nacidos les cambia la cara todos los días».

Por lo visto, varias veces en un mismo día. Parecía fácil para Janis cambiar de forma, mientras que para Polina había sido una larga y fatigosa conquista llegar a la imagen de la bailarina perfecta. Un empeño que había traicionado rindiéndose al embarazo.

Tratando de quitarse de la cabeza uno de los estribillos más famosos de Reiniks, se alejó en busca de una sala libre donde poder disfrutar de unos minutos de soledad.

Por el pasillo la envolvió una bocanada de aroma a pollo con mayonesa. Una bailarina a la que conocía estaba quitando el envoltorio de un sándwich. Una silueta delgada embutida en un maillot negro, como un tronco espectral que tuviera por raíces medias y zapatillas de color rosa pálido atadas con una cinta más clara.

—¿Polina? ¿Eres tú?

Polina sonrió, con la intención de seguir su camino. En los sueños no existe la obligación de las convenciones sociales.

—Es precioso —oyó decir mientras avanzaba con Janis inmóvil en el cochecito—. Se parece mucho a ti...

«Porque no conoces a Lauris Reiniks», podría haberle contestado, pero se limitó a darle las

gracias.

Siguió recto, imaginando miradas de reojo que la seguían, murmullos que le pasaban rozando como lenguas tóxicas que quisieran infectarla.

Después el sueño cambió por fin de escenario, y encontró el silencio de una sala vacía.

Polina se sentó en el suelo en un rincón, el parquet crujió como su tripa. Respiró el olor acre a aliento y sudor mezclados, y ese otro, apagado, de la madera polvorienta de la sala. Se quitó los zapatos. Nunca había tenido los pies más sanos. Antes estaban siempre llenos de vendas y ungüentos que escondían callos, durezas y ampollas. Quedaban las señales. Por ejemplo, la uña de uno de los pulgares nunca había vuelto a crecer del todo. Se le había caído cuando se preparaba de manera obsesiva para una audición. Una vez más, la variación de Odile. Nunca le había salido del modo impecable que siempre había tenido en la cabeza, y en varias ocasiones en el transcurso de su vida esos pasos habían supuesto para ella un desafío, recordándole el sentido de los límites. Esa uña, descuidada hasta ponérsele morada, cuya matriz había quedado irremediamente dañada por una operación quirúrgica, era lo único que le quedaba de su búsqueda de la perfección.

Con las mallas, las bailarinas y la camiseta ancha en la que se leía BELIEVE IT, podría haber parecido que Polina había ido allí a entrenar. Pero las bailarinas estaban en su bolso por casualidad, y el atuendo era el que usaba todos los días por comodidad, a veces no se lo quitaba siquiera por la noche y esperaba a que estuviera de verdad sucio para cambiárselo.

El parquet crujió a su espalda, y Polina se volvió de golpe. Encontró a Michail parado en el umbral, sonriéndole.

—Me han dicho que estabas aquí.

Ella lo saludó con frialdad, sin levantarse del suelo.

Una sombra cruzó el rostro de Michail, cambiando el dibujo de sus labios, que se afinaron hasta formar una línea recta.

—No me contestas al teléfono —le dijo—. Estoy preocupado. ¿Necesitas algo?

Polina negó despacio con la cabeza.

—No necesito nada. Antes no te he contestado porque estaba durmiendo.

—Bien —repuso Michail, pero su expresión estaba llena de preguntas. La misma expresión dubitativa que lo acompañaba desde que Polina se había quedado embarazada, y parecía preguntarse sin cesar: ¿qué es lo que no funciona bien en ti?

No lo sabía ni ella. Y eran muchos los que se lo habían preguntado antes de él. Por ello, Polina había decidido dejar de buscar una respuesta. Y, mientras Michail se acercaba al cochecito, se le humedecieron los ojos.

Él se dio cuenta, tanto es así que dejó a su hijo un momento y se agachó delante de ella. Su mirada era fija y concentrada:

—¿Por qué no pides ayuda? —Su voz, ligeramente ronca, era cálida como un guante—. Ayuda profesional. Yo puedo ocuparme.

Polina no contestó, estiró las piernas y abandonó el pecho sobre los muslos, en la misma postura que habría adoptado si hubiera querido empezar a calentar los músculos y los tendones antes de una prueba.

—Qué bien verte aquí —prosiguió Michail—. ¿Quieres que me quede al niño una hora para que puedas estar tranquila?

Instintivamente habría contestado que no, siguiendo el impulso inexplicable que la movía desde el día del nacimiento de Janis. «El terremoto en los huesos no te lo ha provocado a ti —le habría gustado decirle—. No está tan ávido de tu leche ni de tu piel como de las mías. No sabes lo que significa el tiempo para mí desde que él existe.» Pero no dijo nada porque, por una fracción de segundo, lo vio claramente cambiando pañales, calentando la leche en la cazuela a las tres de la madrugada y maldiciéndola, dondequiera que ella estuviera.

Por ello se limitó a contestar «Gracias», sin levantar siquiera la cabeza. Oyó el paso inseguro de Michail que crujía sobre las tablillas de madera, el murmullo del cochecito que se alejaba, y una lágrima le cruzó la nariz y cayó en sus mallas de algodón. Tenía la mirada fija en una mota de polvo sobre un pelo caído en el suelo, y de allí su pensamiento corrió a la uña de su pulgar que unos años atrás se había caído también en algún lugar.

Tenían algo en común esa uña y ella: ambas habían perdido la matriz.

Naima

La dulzura que Michail le había demostrado a la madre de su hijo no tenía nada que ver con el tono de la conversación que Bastien estaba teniendo al teléfono con Sheyda, en la otra punta de la ciudad.

Con brusquedad y sin margen de negociación alguna, ésta le decía:

—Lo he pensado, Bastien, y no me parece que deba ir contigo esta noche. Es una cuestión demasiado íntima, demasiado vuestra.

Bastien pensó que tenía razón. Sheyda siempre tenía razón. Aunque había habido un tiempo en el que no habría permitido que sus propias razones se impusieran sobre la necesidad que tenía de complacerlo, incluso en sus debilidades. Pero ahora se impacientaba siempre más a menudo, como si se estuviera cansando de tener que cuidar de él.

No le resultaba difícil imaginarlo: Sheyda quería a un hombre valiente a su lado, que supiera plantarle cara a la vida y asumir sus responsabilidades. Un hombre que volviera a acostarse con ella como es debido y que no tuviera miedo de dejarla embarazada, un hombre que hasta se arrodillara, como se hacía en tiempos, para pedirle matrimonio.

Bastien se limitó a farfullar un «Como quieras» mientras miraba en la pantalla del ordenador la cara que tenía Mr. Mack esa mañana después de pasarse al menos dos horas diseñándolo. Se preguntó qué tipo de acertijo inventaría para él el fantasma del videojuego en ese momento. «¿Qué probabilidades hay de que tampoco esta noche seas capaz de pronunciar esas cinco fatídicas

palabras?» O pasaría directamente a la pregunta siguiente: «¿Qué probabilidades hay de que Sheyda decida dejarte?».

—¿Te has acordado de sacar la ropa de la lavadora? Porque, si no, luego apesta a humedad.

—Sí, claro —contestó Bastien, prometiéndose una vez más vaciarla un instante después.

Al dejar el móvil junto al disco duro externo del ordenador, Bastien se quedó mirando por la ventana de la casa de Sheyda, donde vivía desde hacía casi tres años. Como desde el edificio de sus padres, también desde allí se entreveía el globo de *Die Welt*. El ángulo era distinto, pero el encuadre era el mismo. La perfecta esfericidad del mundo ofrecía siempre la misma faz; sólo mirándolo de cerca podría haberse distinguido alguna diferencia.

La casa de Sheyda, en cambio, con sus habitaciones ordenadas y los remedios homeopáticos amontonados en los cajones, le presentaba otra perspectiva de las cosas que le estaban ocurriendo en la vida. Allí donde él vivía antes, la moqueta estaba impregnada de pis de gato. Sheyda sólo iba a su casa para buscar alguna pastilla. Habían pasado muchas noches borrachos y colocados antes de decidir que había llegado el momento de intentarlo de verdad: vivir juntos, de manera ordenada y responsable. Con el paso del tiempo habían dejado las drogas y ya no tenían apuros económicos, aunque nunca les sobrara ni un céntimo a fin de mes. Bastien aún no había encontrado un trabajo fijo, pero era tan hábil con los ordenadores que siempre se inventaba algo: el mundo estaba lleno de gente que necesitaba sus intervenciones, y si hubiera dado con el videojuego adecuado, hasta podría haberse sacado *sus buenos cuartos*. Si Sheyda no se hubiera obsesionado con tener un hijo, él no habría tenido esa necesidad de huir. Su mente era arcilla que se prestaba a esculturas artificiales, necesitaba sus tiempos. Sólo cuando estaba frente a un ordenador Bastien desafiaba lo imposible, mientras que en la pequeña realidad de todos los días ya sólo afrontar lo posible le hacía sentirse frustrado.

Inclinándose hacia delante y poniéndose a teclear de nuevo, volvió a pensar en la fuerza que debían de haber tenido sus padres de jóvenes, una fuerza aún mayor de la que necesitaría Mr. Mack para superar la última batalla del videojuego que le quedaba por escribir. Se habían escapado, poniéndose el mundo en contra, sólo para poder estar juntos.

Nada más irse Bastien, Naima había vuelto a meterse en la cama y allí se había quedado para hacer compañía a su marido.

Gerard le había dicho que estaba cansado, y ella no quería dejarlo solo. En la cocina Tine tenía cancha libre y había asumido el papel de jefa, tanto que ni siquiera le había preguntado qué preparar de almuerzo. Se lo había servido en la cama en una bandeja, como hacía ya casi siempre, y como todos los días había preparado porciones míseras, ridículas, que no tenían en cuenta el hecho de que Gerard necesitaba más que nunca alimentarse para recuperar fuerzas y volver a ser el que era.

Desde que había dejado de trabajar se había ido perdiendo poco a poco, hasta caer enfermo.

Pero Gerard no sabía convivir con ese tipo de limitaciones, el orgullo le impedía aceptarlas, por lo que Naima había acabado por tener que descifrar miradas y adivinar pensamientos, porque él, a diferencia de ella, se cerraba tanto en sí mismo que no le gustaba pedir ayuda: al contrario, minimizaba la cuestión, eludía el tema continuamente, mascullaba. Su respuesta habitual, acompañada de una mueca, era: «No te preocupes». Como hacía su hijo de pequeño.

Naima se inclinó hacia él, acariciándole el hombro.

—¿Estás seguro de que no quieres levantarte un rato a ver la tele? Así abrimos las ventanas y ventilamos la habitación.

Gerard le contestó con un gruñido que quería decir: «Déjame en paz». Y los ojos de Naima se llenaron de lágrimas.

Ese 23 de marzo estaba melancólica. Sentía que la vida se le estaba yendo de las manos y que su temor más grande se estaba concretando: un mundo sin Gerard. Pura materia oscura.

Pocas horas más tarde conocería a la novia de su hijo, debería haberse sentido contenta. Quizá Bastien hubiera sentado la cabeza de verdad y estuviera tratando de volver a acercarse a ellos antes de formar su propia familia. O quizá necesitara esa casa para tener más espacio y sólo estuviera poniendo en práctica una estrategia para conseguirla. En el pasado era Gerard quien lo justificaba todo el rato, quien quitaba importancia a las preocupaciones de su mujer. La animaba a confiar en él, a dejarle su libertad, incluso la de equivocarse. El que ahora se hubiera vuelto tan rígido y hostil con su hijo, hasta el punto de no tener intención siquiera de participar en la cena de esa noche o de concederle a Bastien ni una tregua, la llenaba de angustia y le hacía temer un epílogo teatral y grotesco.

—Lo echo de menos —le confesó.

Naima comprendió que Gerard había reparado en sus lágrimas; no estaba acostumbrado a verla llorar. En efecto, se incorporó, y la expresión de su rostro cambió:

—¿No te encuentras bien? ¿A quién echas de menos?

Le habría gustado decirle «a ti», pero en lugar de eso contestó:

—A nuestro niño.

—¿Por qué lloras?

—Tenía una voz tan tierna, ¿recuerdas? Cuando medía menos de metro y medio y era flaco y divertido, todavía era mío. Después se convirtió en el que es, pero parecía que al menos tú eras capaz de comprenderlo. O al menos lo intentabas, quizá para tranquilizarme a mí o para que no discutiéramos. No sé cómo habéis podido llegar al punto en el que estáis ahora. Por suerte, Bastien no ha terminado en la cárcel ni se ha quemado el cerebro con la droga, que era lo que más temíamos, y hasta se ha echado novia. Entonces ¿por qué has decidido ignorarlo justo ahora?

La voz de Gerard se suavizó para luego abrirse como una flor en el agua:

—No es así, Naima, te equivocas.

—Entonces esta noche deja a un lado tu orgullo y cena con nosotros.

Pero los ojos de Gerard estaban de nuevo distantes, preñados de un rencor que ella no

alcanzaba a comprender. Le dijo claramente que esa noche no pensaba salir del dormitorio.

—¿Es por Sheyda? ¿Porque tiene cuarenta años y se ha peleado con sus padres? Piensas que no es buena para él, ¿verdad?

Gerard suspiró, negando con la cabeza.

—¿No te gusta que sea hija de dos prófugos y que se pasara toda la adolescencia en un centro de desintoxicación?

Gerard hizo una mueca de curiosidad:

—¿Y eso tú cómo lo sabes?

—Desde luego, no lo sé por Bastien. Me he informado por mi cuenta.

—Hablas como lo haría tu padre, ¿te das cuenta? —le hizo observar Gerard, y ella se quedó en silencio unos segundos. Sólo podía darle la razón.

La única vez que Bastien le había hablado de su novia había pronunciado su nombre como si fuera una promesa: «Sheyda», le había dicho, que en su lengua significaba «perdidamente enamorada». Instintivamente, Naima había pensado enseguida que era buena chica, quizá religiosa, sin fantasías raras, tan sólo muchas ganas de casarse y formar una familia. Un instante después, sin embargo, había descubierto que no era desde luego la nuera ideal. Mientras Bastien se esforzaba por evocar la imagen de una mujer compleja y madura, Naima se había dado cuenta de que miraba al futuro de su hijo con los mismos ojos con que lo habría hecho su propia madre. Esa noche, al observarse en el espejo mientras se aplicaba crema hidratante en el rostro, la había visto de pronto en su mirada y hasta en sus rasgos, que en esos sesenta años nunca le habían parecido muy semejantes a los suyos.

En la casa en la que Naima había vivido de niña, en Argelia, había habitaciones en las que a los niños les estaba prohibido entrar, donde los adultos se reunían para hablar. Una vez, detrás de una de esas puertas, había oído a su madre comentar algo sobre la mujer que había que buscarle a Ismail, su hermano mayor, que ya tenía la edad del *bulugh*. La manera en la que hablaba de los requisitos que esperaba ver cumplidos era increíblemente árida y estéril con respecto a la naturaleza de la empresa; parecía que estuviera dictando una lista de la compra o de gestiones que hacer. Su madre siempre había considerado a las mujeres con severidad extrema. Se enfadaba si su prima mayor se pintaba exageradamente los ojos o no se cubría los dedos como es debido cuando llevaba sortijas llamativas. En su fuero interno, Naima estaba convencida de que no se parecía a su madre, al menos no en ese aspecto; ¿acaso no se había rebelado contra todo — familia, tradición y religión— para seguir el sueño de una vida libre y auténtica? ¿Acaso no había escapado de esa cárcel?

Pero Gerard tenía razón: acabamos teniendo a nuestros padres en la mirada, en las palabras que decimos, aunque no seamos conscientes de ello. Y algunas veces también Naima lo había pensado de él, cuando en ciertas actitudes de Gerard había entrevisto la prepotencia de su suegro. Destellos breves pero cegadores, que iluminaban una naturaleza oculta, reprimida; momentos en los que Gerard se mostraba más severo, casi como si reivindicara el privilegio de su papel de

varón, y se volvía inaccesible de pronto, como una de las habitaciones prohibidas de la casa de su infancia.

Se lo preguntó otra vez, por si acaso, aunque sabía que no obtendría respuesta:

—¿Cenarás con nosotros esta noche?

Nada: Gerard permaneció mudo e impenetrable. Una puerta que no se abría.

Alice

Silvana nunca le había dado indicios a Alice de que se sintiera celosa de la evidente complicidad entre su padre y ella. Porque no era así. Sí, siempre había tenido complejo de ignorante, pero la cultura de Franco, así como la manera que había encontrado de transmitírsela a Alice, eran para ella motivo de orgullo. Hasta el punto de que, pese a su respeto obsesivo por las normas, había aceptado de buen grado la voluntad de su marido de que se saltara las clases casi todos los lunes.

Lo que no soportaba era la posibilidad de sentirse del todo excluida. Era ella quien, en la familia, tenía la última palabra sobre todo. Si había que debatir algún tema crucial o tomar una decisión, se reunían en el restaurante cuando estaba cerrado, y Silvana se sentaba a la cabecera de la mesa más cercana a la cocina. Siempre escuchaba a sus interlocutores con expresión absorta, y la respiración se le volvía ruidosa en los momentos de tensión. Tenía los hombros anchos y poderosos, el cuello ligeramente hundido y los codos bien plantados sobre la mesa. Le gustaba mantener las manos ocupadas: pelando una mandarina o cualquier otra fruta, recogiendo las migas en un plato o disponiendo los cubiertos. Una secuencia de gestos que parecían pequeños exorcismos personales, útiles para mantener a raya los nervios, que le habrían hecho perder la concentración necesaria para lograr su objetivo. También porque, cada vez que Silvana se expresaba, sus palabras tenían el peso de las sentencias inapelables.

Alice solía comparar a su madre con la fuerza repelente del aceite. La familia a la que pertenecía Silvana podía compararse con el agua. Y si ellos estaban hechos de agua, y Silvana de aceite, pese a sus recíprocas expectativas siempre habían sido indisolubles el uno en la otra.

El propio Franco, pese a su inteligencia y su apertura de mente, la padecía, pero sin temerla, como sí le ocurría en cambio al resto de la familia. El hermano pequeño de Alice, Giulio, se sentía tan intimidado por su madre que a veces cuando se dirigía a ella tartamudeaba. Como era perezoso y nunca había sido buen estudiante, para estimularlo, antes de terminar el bachillerato Silvana lo había involucrado en la actividad familiar. Decía que siempre había tenido claro que la intelectual de la casa era Alice, la que tendría un diploma universitario, y dejaría el restaurante en manos de su hermano. Sin embargo, cuando Alice había anunciado la facultad en la que quería matricularse, su madre se había mostrado inflexible: «Con una licenciatura en Arqueología nunca llegarás a nada. Matricúlate en Arquitectura».

Franco había intentado apoyar a su hija en su deseo, que compartía con ella, pero Silvana se había impuesto. Ni ella ni su marido ignoraban sin embargo que una pasión auténtica siempre

encuentra el camino y que, más allá de toda desviación en el recorrido, más tarde o más temprano la de Alice acabaría imponiéndose.

Si con la beca Erasmus había ido a parar a Berlín se lo debía también a las imposiciones de su madre, aunque ella misma no hubiera tenido la determinación necesaria para cumplir sus sueños de infancia. Por ello nunca había llegado a ir a Berlín y se había limitado a pedirle a Alice que escribiera en su cuaderno de tercero de primaria un informe detallado de su viaje. Y no podía imaginarse lo lejos que estaba de un frío informe el viaje que su hija le estaba describiendo.

Alice se quitó los auriculares y los dejó con cuidado sobre el banco. Ahora que había oído la auténtica voz de su padre, aquella grabada le parecía una imitación carente de alma. Cogió la pequeña mochila con una mano y se la acercó al regazo. Pensar en su madre tenía siempre el poder de devolverla a la realidad, de anclarla en algo circunscrito y limitado. Abrió la mochila resoplando y se puso a rebuscar en el desorden de su contenido.

Debería haberse puesto a leer el material histórico para su tesina, darle un rumbo a la jornada, pero en lugar de ello sacó del fondo el cuaderno marrón que le había regalado su madre.

Lo cogió y lo hojeó despacio, recorriendo las confidencias más importantes que le había hecho a Silvana niña en las últimas diez semanas. No había omitido detalles que no se contarían a una niña, y mucho menos a una madre con la que se tiene poca confianza. Cosas como que en su primera cita con Matthias se había fumado un porro que le había hecho reír durante horas. O cuando se había emborrachado hasta vomitar el alma en el baño de un local donde el menos colocado se había tomado dos pastillas. O las sensaciones de aquella noche en que se había paseado con una peluca azul, o cuando había dejado que Matthias la aupara con la espalda contra la pared de un callejón para hacer el amor ahí mismo, a oscuras, con el corazón latiéndole más deprisa que las vibraciones de la música tecno de un local a pocos metros de distancia. Aquella noche había vuelto a casa con la espalda rasguñada y un moretón a la altura del sacro, sintiéndose más viva que nunca.

Al releerse estuvo tentada de borrar algunas frases, pero se repitió que, total, su madre nunca leería esas páginas, y lo dejó todo como estaba.

Miró un instante a su alrededor, casi como si quisiera asegurarse de que no la espiaba nadie, y luego colocó la mochila cerca de ella, en horizontal, para ocupar todo el resto del banco.

Cada vez que abría las páginas del cuaderno, las palabras parecían estallar en su mente. Echó una última ojeada a la puerta que tenía delante, a todo ese azul que parecía una ola solidificada, luego sacó una pluma negra de un bolsillo lateral de la mochila y empezó a escribir.

Hola, mamá. No estoy estudiando como debería. Espero resarcirme con una tesina sobre el estudio de la reutilización temporal de espacios abandonados del paisaje urbano. Los han ocupado de una manera que ha pasado de temporal a definitiva. Tendrías que venir a Berlín para entenderlo.

Aquí me he enamorado de mi bici, de la luz de octubre, del paisaje lunar de enero, del verde, de la brutalidad y

de esa no belleza cautivadora que es difícil describir con palabras. Tú querrías que te hiciera una descripción de lo que veo, pero yo sólo puedo ofrecerte lo que siento.

Creo que, hasta ahora, siempre me había sentido como un espacio vacío. Por primera vez en mi vida me siento plena. Y quizá sea una utilización temporal la que estoy haciendo de mí misma, aunque mi corazón sólo alcance a pensar en términos definitivos.

Pero, dejando a un lado el amor, aún no sé lo que quiero. No sé cuáles son mis sueños. No soy capaz siquiera de pensar en ello. De niña decía «voy a ser arqueóloga» de esa manera tan convencida que os hacía gracia a todos, pero si de verdad lo hubiera querido, lo habría defendido férreamente. Incluso frente a todos tus noes.

Por no hablar de ti. ¿Dónde has ido a parar, Silvana niña, que soñabas con explorar las grandes ciudades del mundo? En la portada de este cuaderno has apuntado siete. Pero éstos son tus sueños, mamá, no los míos. Nunca sabré verdaderamente de qué huyes, de qué nace tu miedo a volar ni por qué te has quedado atrapada dentro de ese temor. ¿Cuántas palabras nos decimos que son sólo silencio? Porque quisiéramos decir otras, pero no tenemos el valor de pronunciarlas. Al menos, eso es lo que me pasa a mí, sobre todo contigo. Y, a veces, el silencio de nuestras palabras se vuelve tan ensordecedor que necesito una vía de escape. Desde que empecé a escribirte, me parece encontrar sentido a las cosas que he hecho y que no te he dicho. Puede que me engañe, pero también me parece haberte encontrado a ti.

Si pudiera hablarte de la misma manera en que me dirijo a tu yo niña, te pediría que me prometieras que sondearás tus temores hasta el fondo. Y que organizarás un viaje cuanto antes. Quizá con papá: un momento mágico en el que os separéis de todo lo que sois para fundiros el uno en el otro. Como el agua y el aceite cuando van a parar a una batidora y, por unos segundos, parecen indistinguibles. Tanto que te haces la ilusión de que podrían quedarse así para siempre.

A ti, que no has viajado nunca, puedo decirte que un viaje tiene mucho que ver con el sueño y la ilusión, más de lo que se cree. Sin duda, con un tiempo que no existe.

Yo también me estoy haciendo la ilusión, mamá, de que esta experiencia quizá no acabe. Y nunca te agradeceré lo suficiente que me convencieras de elegir Arquitectura y de solicitar la beca Erasmus. No sé en qué sueños pensabas realmente en ese momento, si en los tuyos o en los míos. En cualquier caso, me llevaste hasta aquí, al lugar y al tiempo en los que quisiera quedarme para siempre.

Mientras volvía a subirse a su bici, Alice acogió una idea que se le asomó a la mente y que parecía haberle dictado su madre.

Pararía en el mercado bio a comprar los ingredientes para cocinar unos *tagliatelle* con tomate; estaba harta de comer las salchichas de Matthias. Buscaría unos tomates que pudieran emanar un aroma convincente, y si no encontraba pasta fresca, se contentaría con un paquete de *tagliatelle* secos de importación. Compraría también una vela y un ramillete de flores.

Se alejó pedaleando hacia el carril bici, sonriendo al pensar en la cara que pondría Matthias al volver a casa.

Cerca del edificio, cuando ponía el candado a la bici, vio entrar en el portal a una mujer pelirroja que empujaba un cochecito. Debía de ser el bebé al que había oído llorar unas noches antes, cuando se había asomado a contemplar el cielo por la ventana. Era la primera vez que coincidía con ellos. En el edificio había varios apartamentos, pero cruzarse con algún vecino era casi un acontecimiento.

Corrió para alcanzarla antes de que tomara el ascensor, y cuando llegó a su altura se dio cuenta de que la mujer era una chica muy joven de cuello largo, hombros rectos y aire altanero, o quizá sólo ausente. Contestó al saludo de Alice sin sonreír, en un alemán que, pronunciado por ella, resultó aún más áspero.

Para compensar, el bebé era un muñeco que la enterneció enseguida. Le habría gustado hacerle un cumplido, pero, al entrar en el ascensor, le dio la impresión de estar penetrando en una habitación llena de cristales en la que un simple suspiro podría revelarse fatal.

Por cómo estaba cuidado el niño, se veía que a la chica le gustaba ocuparse de él. Su casa, imaginó Alice, sería uno de esos hogares de luces cálidas y acogedor desorden que, al verlos desde fuera, por una ventana, te dan ganas de formar una familia. Cuando era niña, sobre todo en Navidad, y por la noche, Alice se entretenía curioseando por las ventanas de los demás; su pasión eran los salones adornados y las habitaciones infantiles.

También ella sería madre algún día, estaba segura de ello. Mirando al bebé se preguntó cómo sería tener uno que se pareciera a Matthias.

La chica del ascensor tenía las mandíbulas apretadas, la clara piel del rostro le pulsaba en las sienes, como si dentro de su cabeza alguien pugnara por salir. Se miraron a los ojos una décima de segundo, y Alice tuvo un *déjà-vu*. Un fragmento de sueño o de recuerdo, que derivó en una sensación de pertenencia, como si esa chica y ella ya se conocieran.

Alice logró por fin decir algo, un vago saludo, pero antes de que pudiera añadir nada más se abrieron las puertas del ascensor y se cerraron en la segunda planta.

Una vez fuera del exiguo habitáculo, Polina empujó el cochecito tratando de no tropezar con la joven rubia del gorro de lana que seguía con la mirada cada uno de sus movimientos. Quizá fuera exacta su primera impresión al verla cruzar corriendo el portal. Quizá fuera rusa, puede incluso que letona. Y charlar con un compatriota era lo último que Polina necesitaba, por ello la había saludado en un alemán impecable.

Fue el último razonamiento que se le pasó por la cabeza antes de que el ascensor se tragara a su vecina para llevarla a quién sabe qué apartamento por encima de sus cabezas. Y volvió a quedarse sola.

19.31 horas

Hulya

No muy lejos de allí, en la cuarta planta de un edificio torturado de grafitis, Hulya estaba en su habitación, en casa de sus padres, viendo en su móvil un vídeo que le había hecho a Polina hacía un mes. La había filmado sentada a una de las pequeñas mesas del colmado, con el cochecito a su lado y el cabello pelirrojo recogido en una coleta que le recordaba a una cerilla encendida en la grisura de una mañana de invierno.

A Hulya le gustaba la manera en que Polina se bebía a sorbitos el té. Sus labios carnosos se fruncían al soplar sobre el vapor que subía de la taza, como si estuvieran pronunciando un hechizo. Mientras la filmaba —Hulya lo recordaba bien—, sentía ganas de besarlos. Y, si hubiera tenido la misma valentía que había demostrado un año antes con aquella chica misteriosa que había frecuentado su negocio durante meses, lo habría hecho. Le habría hablado a Polina con franqueza.

Pero cada vez se limitaba a observarla, grabando a escondidas, cuando podía, algunos detalles. Le interesaban aquellos que plasmaban su feminidad. Pero se cuidaba de publicarlos, ni siquiera en el perfil de Selamlife, porque Polina era un secreto que no podía compartir con nadie.

Mientras veía el vídeo, Hulya empezó a desnudarse. Tenía las rodillas manchadas de tierra, su cabello sudado despedía el rancio olor del casco de rugby y se volvía más crespo al final de cada partido. Siempre lo había llevado muy largo. De niña, para reivindicar su feminidad, y conforme se iba haciendo mayor, había empezado a considerarlo un escudo, una especie de amuleto. Le daba carácter, además de seguridad en sí misma. Cada vez que se quitaba el casco, sucedía algo mágico: una explosión de pequeños rizos vaporosos.

Las prendas de rugby estaban ahora esparcidas por el suelo. Los pantalones, la camiseta y los calcetines se los lavaba ella misma para no provocar en su madre ideas siniestras. Nadie de su familia había acogido nunca con entusiasmo el deporte que Hulya había elegido. Había aprendido por propia experiencia que era mejor no pregonarlo, después de haber conseguido sustraerlo a las numerosas normas y prohibiciones que habían constelado su adolescencia y que desde luego no cuadraban con el clan evolucionado y bien integrado que su familia aparentaba ser a las miradas ajenas.

Mientras, recibió un mensaje de Mensur y se dispuso a leerlo. Ni siquiera su novio era un apasionado del rugby, y era también el último que se mostraba exultante las pocas veces que asistía a un partido o a una acción de juego heroica suya, como una carrera hasta la portería.

Le escribía que se reuniría con ella en el negocio no más tarde de medianoche y que ya había avisado a su hermano. Hulya habría querido contestarle que prefería quedarse allí sola toda la noche, pero se limitó a escribir:

Gracias, hasta luego.

Mensur —el único que conocía la existencia de Selamlife y de sus vídeos de desconocidos— la acució:

¿Estás conectada? ¿Aún
no te han denunciado?

No soportaba que su novia perdiera tanto tiempo en la red, él, que vivía pendiente de los chats de fútbol y que prefería sistemáticamente comunicarse mediante mensajes en lugar de hablar.

Me estoy preparando para salir, lo cortó Hulya, notando la misma irritación que le causaban las manos de Mensur cuando trataban de acariciarla. La última vez que le había permitido hacerle el amor, había sentido una quemazón en la zona íntima que le había durado días.

Ya se lo había avisado su madre, aunque no de manera explícita: las cosas que, por naturaleza, una mujer está llamada a soportar incluyen ciertas molestias. Incluso para una muchacha nacida y criada en Berlín después de la caída del Muro. «La vida en pareja requiere mucha paciencia»: palabras que su madre le repetía siempre y que parecían venir de lejos, del origen de la civilización a la que pertenecían. Atrapadas en la roca como los restos de un fósil. Al final, también la habían atrapado a ella de alguna manera.

Hulya esperaba que su rechazo por Mensur fuera algo pasajero. Sólo tenía que apretar los dientes y mantener a raya otro tipo de pensamientos. Porque lo que Mensur no sabía de ella era que el año anterior había besado a una chica. Un beso que, de golpe, había abierto de par en par una puerta a un lugar prohibido. El descubrimiento de la existencia de ese lugar había cambiado su percepción de todo cuanto la rodeaba.

Una chica desconocida que durante tres meses había ido a desayunar todas las mañanas a su negocio. Hulya ni siquiera recordaba su nombre. Pero no había olvidado sus ojos verdes y penetrantes. Había dejado Esmirna para casarse en Berlín con un pariente lejano, llevaba velo y daba la impresión de ser una de esas mujeres que evitan estrechar la mano a exponentes del sexo contrario, temen entrar en contacto con extractos de carne de cerdo y usan jabón de aceite de oliva en lugar de champú. Pero desayunaba sola, leyendo incluso un libro para aprender alemán. Quizá durante esos tres meses viviera por allí cerca, una solución provisional a la espera de la boda, y hubiera robado ese momento sin que nadie lo supiera. Pero Hulya nunca había adivinado ni preguntado exactamente dónde y con quién vivía, o quién la vigilaba. Las miradas de esa mujer tenían la capacidad de congelarla. Eran carentes de todo deseo y, a la vez, parecían pedir auxilio.

Un día que estaban completamente solas en el colmado, a Hulya se le había resbalado de las manos un paquete de arroz integral. La chica se había inclinado a la vez que ella para recogerlo y

le había puesto una palma cálida en el dorso de la mano. Hulya se había quedado sin respiración. La chica la había mirado fijamente a los ojos, sin mostrar reserva ni temor, sin dejar de apretarle la mano, como si estuviera pulsando una tecla.

Hulya había sentido que le irradiaba un calor desde el bajo vientre y una excitación desconocida le recorría la piel. Se había incorporado de golpe.

La chica no había vuelto a dar señales de vida durante unos días, pero Hulya había pensado insistentemente en ella y en esa extraña emoción que había experimentado, con la certeza de que en el futuro exploraría a tientas cada ángulo de su existencia en busca del mismo calor que le había provocado ese breve contacto.

Habían tenido que esperar casi un mes antes de tener otra ocasión de intimidad. Hasta que una mañana, de nuevo solas en el colmado, ella se había acercado a la caja.

Su expresión era seria, y sus labios, húmedos y entreabiertos, dejaban ver unos dientes pequeños y luminosos. Hulya sabía lo que quería, y también lo que ocurriría si dejaba caer aposta el paquete de cacahuetes que tenía en la mano, al otro lado del mostrador. No había vacilado demasiado. Y, mientras se agachaba a recogerlo, esta vez pensaba —esperaba— que la oiría acercarse.

Al notar su presencia a su lado, había sentido que el corazón le latía en todas partes, hasta en la punta de los dedos. La chica le había tomado el rostro entre las manos, sus ojos verdes eran ahora increíblemente grandes. Hulya había cerrado los párpados y sentido sus suaves labios presionar los suyos, y su lengua, que trataba de abrirse camino entre sus dientes.

La había recibido sin oponer resistencia, para probar su sabor, un aroma a menta que se le quedaría grabado en las papilas gustativas. Mientras tanto, un escalofrío le había recorrido veloz la espalda. Deseaba apartarle el velo de la cabeza, imaginaba un cabello liso y oscuro, pero unos instantes después el sonido del timbre de la puerta las había sorprendido a ambas.

La joven se había apartado bruscamente, alejándose deprisa, y al levantarse Hulya se había topado con el rostro de su madre. Sus ojos estaban dilatados de horror y su cara se contraía en una mueca de asco. La muchacha ya había desaparecido, quién sabe dónde, y nunca habría de volver a verla.

Hulya y su madre jamás habían traducido en palabras el silencio de esas miradas. Hulya había tratado de borrar lo sucedido, de archivarlo como un sueño, pero cada vez que el recuerdo de ese beso le invadía la mente, hasta el punto de que le sudaban las manos y el cuello, se encerraba en el baño a escondidas, apoyaba el pubis contra el ángulo romo del lavabo y se agarraba a él, levantando los pies del suelo para masturbarse despacio, hasta que se le humedecían también las piernas.

Una vez había conseguido hacer el amor con Mensur sin notar quemazón, sólo porque estaba ya tan húmeda por el recuerdo de la desconocida que él se había deslizado dentro de ella sin fricción alguna, creyendo ser fuente de un placer en realidad ya consumado que aún le causaba hormigueo en todo el cuerpo.

El vídeo de Polina terminó con una foto fija de su largo cuello visto por detrás. Hulya consultó el reloj. Al cabo de poco más de una hora tendría que salir para cumplir con su primer turno de noche.

Estaba tendida en su cama de niña, entre cojines bordados de pequeños espejitos que su madre lavaba con un detergente con un penetrante olor a flores de azahar y de eucalipto. Decía que le recordaba a un lugar de su infancia que Hulya nunca había visitado. Volvían a Estambul con menor frecuencia cada vez: sus abuelos ya habían muerto, y la mayoría de sus parientes los había seguido a Alemania hacía treinta años. A ella el olor de ese detergente no le evocaba la infancia de su madre, pero sí todos los pensamientos secretos que la acompañaban en las noches de soledad, esos preciados paréntesis que aún podía concederse antes del matrimonio.

Polina poblaba esos pensamientos: fantasías en las que la imaginaba en su casa mientras cuidaba del niño, y le pedía que la ayudara. Preparaban juntas la cena, se turnaban para calentar la leche, y Polina ya no tenía esa expresión triste y distante que le veía en el colmado por las mañanas cuando se acercaba a desayunar.

En esas fantasías, todo en ella parecía haberse reorganizado en una confianza nueva, asentada sobre la base de esa familia improbable que juntas habían conseguido formar: Hulya, Polina y un niño que había pasado a ser hijo de ambas y que en ambas confiaba, como cualquier niño confía instintivamente en su madre.

Después, cuando el bebé se dormía, Hulya imaginaba que acariciaba el cuerpo desnudo y claro de Polina, que hundía los dedos en su cabello rojo, oyéndola gemir de placer mientras se frotaba contra sus piernas.

Estaba tan segura de desear el cuerpo de esa chica como de que Mensur seguiría penetrándola sin descanso ni placer durante el resto de sus días. «Lo mismo da uno que otro», había pensado antes de decidirse a aceptar su propuesta de matrimonio cuando terminara los estudios, sabiendo como sabía que, antes o después, la cabeza de un hijo igualito que su padre, sus hermanos y sus abuelos atravesaría su vagina. Un niño que sería la alegría de todos. Empezando por su madre, que dejaría de tener tristes presagios y de cocinar como si el mundo estuviera preparándose para un conflicto universal.

El único refugio que le quedaría, aparte de sus fantasías, sería un perfil virtual en el que una misteriosa Selamlife seguiría contando sin pudor fragmentos de vidas ajenas.

Y estaba también la velada que tenía por delante: la posibilidad de cerrar la tienda con llave el tiempo necesario para llegar al edificio de Polina, al otro lado del puente, con la esperanza de encontrar su nombre o algún rastro suyo en el portero automático. Quería llevarle un regalo, estar a solas con ella cuando el resto del mundo se iba a la cama, para decirle que no existía ninguna otra criatura capaz de suscitarle sentimientos tan intensos, y que le habría gustado protegerla del dolor que veía en sus ojos y de la sensación de indiferencia y desarraigo que también ella

compartía. O al menos encontrarse aunque sólo fuera un instante delante de ella para contemplarla, lejos de cualquier otra mirada.

Naima

Puede ocurrir que, pese a vivir en el mismo barrio pero acostumbrados a no cruzarse casi nunca, dos desconocidos se encuentren uno frente a otro varias veces en pocas horas. Y entonces cabe preguntarse qué sentido tiene una serie de encuentros seguidos un día cualquiera de finales de marzo. Eso es al menos lo que se estaba preguntando Bastien en el portal de sus padres, él, que siempre estaba atento a medir la presencia de personajes en un mismo cuadro, sus intervenciones y desplazamientos dentro del videojuego, porque era la segunda vez esa mañana que se topaba con ese tío rubio. Pocas horas antes lo había visto en compañía de una chica de ojos claros y cabello teñido, y le había parecido que estaba a punto de darle un puñetazo en la cara.

Bastien aflojó el paso porque leyó en la urgencia con la que el chico mantenía pulsado el botón del ascensor la irritación que le habría provocado como intruso. Al cerrarse, las puertas los liberaron a ambos del apuro. Bastien lo observó desaparecer, con su camiseta roja y gris cubierta de letreros y una mueca de irónica satisfacción.

«Son sólo tres pisos», se dijo, dispuesto a subir andando. En el fondo, Bastien estaba acostumbrado desde niño al recelo de los demás, recelo que en cierto modo él mismo había contribuido a infundir en las miradas ajenas con su actitud cerrada y circunspecta. Siempre había sido su manera de protegerse del mundo.

Al llegar a los últimos peldaños sintió que se le aceleraba el corazón, no por el cansancio, sino por la ansiedad de tener que pronunciar esas cinco fatídicas palabras que debía dirigirle a su madre. «La sumirán en el pánico.» Se anunciaba una velada difícil y sin escapatoria. Y encima tendría que empezar dándole el disgusto de presentarse solo a la cena.

Acudió Tine a abrir. Naima venía justo después, en la silla oscura, con los ojos abiertos como platos y las manos cruzadas sobre el regazo. Aunque se la veía pequeña y encorvada, frágil como un arbusto reseco, tenía el cabello vaporoso, llevaba un elegante vestido rosa y hasta se había maquillado un poco los ojos para la ocasión.

Parecía feliz de verlo, pero la emoción la abandonó en cuanto se dio cuenta de que en el rellano sólo estaba su hijo. De golpe, las mejillas se le cayeron a ambos lados de la boca, como dos sacos rugosos.

—¿Sheyda? —preguntó, traicionando aún una pizca de esperanza.

—No ha podido venir, no se encontraba bien. Te manda recuerdos y espera poder conocerte muy pronto.

—Quita un cubierto, Tine —ordenó Naima con frialdad, girando la silla de ruedas para adentrarse en la casa—. Date prisa en cerrar la puerta, que hay corriente.

Bastien, que seguía inmóvil en el rellano, levantó la mirada hacia la mesa preparada, al fondo

de la entrada. Reparó en que había sólo tres platos, cuando deberían haber sido cuatro. O al menos eso era lo que Bastien esperaba encontrar. Quizá significara que Naima por fin había decidido hacerle la vida más sencilla.

Justo en el piso de arriba, pero delante de la última puerta del pasillo, la más lejana al ascensor, la del 5C, Matthias rebuscaba en su mochila para encontrar las llaves de casa. Tanto él como Bastien ignoraban lo que estaba ocurriendo en la segunda planta, en el apartamento contiguo al de Polina.

El 3B seguía vacío. El escenario perfecto.

Había bastado un cable de cobre pelado, un contacto que no debería haberse producido y una chispa que se había transformado en llama. Un tapetito de tela que la había acogido con la intención de arder despacio. La casa llevaba cerrada un tiempo; un cactus se había vuelto marrón y se había resecado por falta de oxígeno. El suelo estaba cubierto por un material ignífugo, pero había una silla de paja no muy lejos; de haber estado unos centímetros más allá, la llama se habría apagado sin causar daños. En lugar de eso, pronto encontraría alimento y estallaría en un instante.

Alice

Por lo general, el restaurante de Silvana y Franco empezaba a llenarse desde antes de las ocho. Esa noche no fue una excepción. A lo largo de los años se había ido forjando una buena reputación. La mayoría de los turistas que venían a visitar Villa d'Este o Villa Adriana desde todas las regiones de Italia preveían en su itinerario como etapa obligatoria una visita a Da Ernesto —el nombre del abuelo materno de Alice— para probar su pasta casera, la ternera asada en leche a baja temperatura y las setas, cuando era temporada.

Silvana estaba ya trabajando, recibiendo a los clientes y tomando ella misma las comandas de los habituales.

—¿Cómo está Alice? —le preguntó la mujer del notario desde detrás de unas gafas rojas puntiagudas.

—Sigue en Alemania con la beca de la universidad —contestó Silvana con el típico orgullo materno.

Aunque se había impuesto no pensar en ella desde la llamada de aquella mañana, se preguntó si Alice la echaría de menos. «Hoy ya no nos llamará, vista la hora que es.» Su hija sabía perfectamente que, al menos hasta medianoche, el ritmo de un viernes laborable en el que llegaban a hacer hasta tres turnos no dejaba sitio para charlas.

Alice estaba viendo el concurso «La herencia». En el televisor de Matthias no se podían ver los

canales de pago ni las series en *streaming*, pero la televisión pública italiana se veía mejor que los canales nacionales alemanes ARD o ZDF. La mirada benévola del presentador le hacía sentirse como en casa. Antes de irse a Berlín, los lunes por la noche, cuando el restaurante cerraba, solían ver la tele los cuatro: ella, Silvana, Franco y Giulio, y a veces se les unía también la tía Paola con Valentina, su hija adolescente.

En la encimera de la cocina había una vela encendida, Alice había puesto las flores en un jarrón metálico, y la salsa de la pasta estaba lista. El ruido de la llave en la cerradura le indicó que llegaba Matthias.

Nada más cruzar el umbral, la mirada del chico hizo una amplia panorámica de la habitación y pareció asombrarse de la vela, las flores y las sartenes en los fuegos, tanto que se echó a reír con una ligereza inhabitual:

—¿Es tu cumpleaños y no me he acordado?

—Nací el 29 de junio, te lo he dicho un millón de veces.

Alice le sacó la lengua sin apartar los ojos del televisor, pero se encogió de hombros, con un suspiro de confianza, y se arrellanó en el sofá; era reconfortante ver cómo con el paso del tiempo Matthias se estaba contagiando de los tonos ligeros y juguetones que al principio eran sólo propios de Alice.

—Entonces ¿de qué va esto? ¿Es lo del *diaversario*? ¿Son las diez semanas lo que estamos celebrando?

—Llamémoslo ganas de comer algo decente. Mi hígado quiere demandar a tu chucrut.

—¿Y qué hay de menú?

—*Tagliatelle* con tomate.

Por la mirada que Matthias le echó al contenido de la cazuela cuando la destapó se intuía que el aspecto de la salsa no era muy apetecible.

—¿Comemos? ¿Tienes hambre?

—Espera, que está la Guillotina.

—¿Qué es eso?

—El juego final del concurso. ¿No hay una versión alemana de «La herencia»?

—Yo veo poco la tele. Y no me gusta la palabra «herencia», soy un desheredado.

—¡Madre! —exclamó Alice—. ¡Lo sabía!

—¿Qué sabías?

—¡«Madre» es la palabra de la Guillotina de esta noche!

¿Cuál otra podría haber cuadrado con «masa», «célula» y patria»? Era bastante fácil. La palabra «madre» estaba por todas partes, como Silvana cuando decidía irrumpir en sus pensamientos.

—¡La he adivinado! ¡Si estuviera en casa me habría librado de lavar los platos!

Matthias arrugó el rostro en una expresión perpleja:

—¿Qué significa «librado de lavar los platos»?

—Los lunes por la noche en mi casa vemos «La herencia» antes de cenar, y el que gana en la prueba de la Guillotina luego no tiene que recoger la cocina... Pero ¿qué estabas diciendo sobre que eres un desheredado? —le preguntó después de desviar la atención del televisor para reunirse con él en la cocina.

No había pasado por alto la rendija que había abierto sobre su historia familiar. Alice no sabía mucho de ella, salvo que había crecido solo con su madre y que no se hablaban desde su última pelea, después de la cual se había ido de casa. Pero esa rendija parecía haberse cerrado de nuevo. Quizá hubiera sido ella misma quien lo había inhibido con sus historias de tribu reunida en el sofá ante el televisor, como si hubiera disparado una flecha en el vacío y la evocación de un calor que a él parecía haberle faltado por completo lo hubiera incomodado.

—Nada interesante.

—¿Tendrías algo que heredar de tus padres? —insistió pese a todo Alice, controlando el agua, que estaba a punto de hervir.

—¿Estás haciendo cálculos ya pensando en nuestra boda?

Alice se encogió de hombros con una mueca burlona:

—¿Y quién te ha dicho a ti que tenga intención de casarme contigo?

Matthias dejó de sonreír y la miró intensamente a los ojos. Había casi melancolía en su mirada, como si Alice, con su sudadera puesta, que le quedaba tan grande que le dejaba un hombro al aire, y su aire infantil y a la vez maternal, le estuviera ofreciendo algo que él nunca había tenido. Y le contestó casi en voz baja:

—Nadie. Pero yo me casaría contigo mañana mismo.

Alice se sonrojó. Unos cuantos *tagliatelle* se quebraron en contacto con el sudor de sus dedos, y los dejó caer en la olla, tratando de disimular la emoción que la embargaba.

—Bueno, ¿y no quieres decirme de qué te han desheredado?

—Nada de empresas familiares o patrimonios que se legan de generación en generación. Y mis pasiones, desde luego, no las he heredado de ellos. ¿Y tú?

Alice revolvía la pasta sin poder quitarse de la cabeza la imagen de ella vestida de blanco, en una gran casa cerca de Tívoli, festejando y brindando con él y con su familia por la boda recién celebrada. Fantaseaba con las caras que pondrían sus padres. Silvana se quedaría sentada a la mesa principal del banquete, y pasarían todos en procesión para saludarla, como en una escena de *El padrino*; Franco trataría de dulcificarla, mientras Matthias le hablaría de su vida en Alemania y de los cuadros que pintaba, esperando conquistarla.

Matthias seguía observándola de espaldas, más allá de la sudadera enorme que encerraba un cuerpo cálido capaz de procurarle placeres diversos, como ahora con sus gestos atentos al preparar la cena. Mientras tanto, Alice reflexionaba sobre el hecho de que ni su madre ni el resto de su familia estaban acostumbrados a recibir a extranjeros en casa. Aparte del indio que trabajaba en el restaurante, no habrían sabido siquiera cómo dirigirse a un extranjero que no fuera

un turista. Inglés no hablaban más que el mínimo indispensable para la gestión del restaurante, y menos aún alemán, y además estaban llenos de prejuicios.

«Un artista sin un céntimo, medio drogadicto... ¿Habéis visto cómo lleva el pelo? ¿Y cómo viste?»

Alice controló el reloj del teléfono para comprobar el tiempo de cocción de la pasta y se maravilló del hecho de que su madre no la hubiera vuelto a llamar. Debía de haberse quedado enfadada por la llamada de la mañana. Podía considerarlo una bocanada de oxígeno, pero la sola idea de su madre enfadada bastaba para alterarla.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—¿No quieres decirme qué has heredado o heredarías tú de tu familia?

—¿De modo que aspiras a un matrimonio por interés?

Matthias sonrió.

—Tengo que hacer mis cálculos.

—Bueno, pues entonces tienes que saber que no me dejarán el restaurante familiar porque ya está establecido que se ocupará del negocio mi hermano. Seré arquitecta y me preguntaré si sigo teniendo esa gran pasión por la arqueología que me ha transmitido mi padre, ésa es la herencia. O bien dejaré de preguntármelo y decidiré organizar una expedición en busca de alguna pieza antigua.

—Me gusta la idea de la expedición. ¿Y para este viernes? ¿Qué propones?

—Me has hecho salir casi todas las noches..., ¿y si nos quedáramos en casa un viernes?

—Sólo si te desnudas y te pegas a mí toda la noche, como haces siempre —anunció con un gesto teatral, y le acarició la mejilla, acercándose a sus labios.

Alice sonrió y se dejó besar.

Después volvió a concentrarse en la cocina, para colar la pasta y mezclarla con la salsa.

Sirvió los *tagliatelle* en los platos con cierto orgullo, sin preocuparse demasiado por su aspecto pegajoso.

Antes de probarlos, Matthias los revolvió varias veces con el tenedor. Cuando por fin se los llevó a la boca, Alice esperó el veredicto con aire esperanzado.

Él se quedó unos segundos callado.

—¿Alice?

—¿Sí?

—Ya me ha quedado claro por qué te desheredan del restaurante.

Ella se echó a reír y le arrojó la servilleta de papel.

—¡Venga ya!

Después se quedó inmóvil y en silencio unos segundos, observándolo comer.

—¿Matthias?

—Sí.

—¿Antes hablabas en serio?

—Antes, ¿cuándo?

—Cuando has dicho que te casarías conmigo mañana mismo.

Matthias tragó.

—Aun sin restaurante.

20.55 horas

Naima

Tine había preparado de cena sopa de pollo con cúrcuma y espinacas, la preferida de Gerard, y la había servido en unos cuencos de cerámica esmaltada con motivos negros sobre fondo azul, la vajilla de las grandes ocasiones.

Bastien estaba más locuaz que de costumbre. Mordisqueando un panecillo con sésamo, por primera vez le comentó a Naima un proyecto suyo, el videojuego que estaba creando. Estaba claro que con las proezas de un tal Mr. Mack estaba tratando de disipar el malhumor suscitado por la ausencia de Sheyda. Al principio, su madre lo escuchó agradecida y mostrando curiosidad, pero después la duda, la rabia y el recelo de siempre volvieron a insinuarse entre sus pensamientos. «¿Y si no fuera así? ¿Y si ese videojuego fuera un pretexto, una cortina de humo?» ¿Por qué sólo ahora sentía Bastien la necesidad de sincerarse con ella? ¿Por qué antes siempre se había mostrado tan ambiguo y apático, hasta el punto de hacerle temer que de nuevo estuviera implicado en quién sabe qué tráfico o asunto ilegal? Tenía algo que decirle y no sabía por dónde empezar, Naima estaba segura. Del niño que había sido conservaba la manera de mover las pupilas bruscamente cuando estaba nervioso. Si daba vueltas alrededor de algo que no sabía cómo confesar, el Bastien niño fruncía los labios como lo estaba haciendo ahora, y ella le cogía las manos para tranquilizarlo: «Amor mío, a mamá se lo puedes contar todo».

La hostilidad de Bastien se había manifestado ya desde antes de la adolescencia. Ahora era difícil derrumbar todos esos muros levantados de manera tan prematura y crear una atmósfera que pudiera acoger la historia de la casa que Naima quería contarle. Tanto que, de repente, se dio cuenta de que no era capaz de hacerlo. Aunque ahora Bastien ya no fuera ese chiquillo que se tapaba los oídos y se encerraba en su cuarto dando un portazo, Naima tenía siempre la sensación de que la reserva de su hijo persistía en algún rincón de ese hombre misterioso que se decía preocupado y casi todas las mañanas le llevaba magdalenas para desayunar.

Cuando Bastien terminó su relato, el silencio entre ellos volvió a hacerse palpable, como un gas denso y tóxico que impedía respirar. Como si estuvieran en el filo de una ficción que no pudiera durar más. Los cubiertos de plata tintinearón en contacto con el interior de los cuencos, y cada mínimo ruido que Tine hacía en la cocina parecía retumbar en toda la casa. Con pena creciente, Bastien observaba a su madre comer. Su mano artrítica era tan inestable que sus movimientos parecían un número de circo: conseguía llevarse a los labios una cucharada de sopa y metérsela en la boca, masticar, bajar la mano y la cuchara para volver a empezar desde cero.

Todo ello con una mirada vacía que le hacía sentirse violento y transparente, como siempre se había sentido con sus padres.

Por fin Naima se decidió a hablar y le dijo con tono melancólico:

—Me has dado tantos disgustos estos años...

Había vuelto a empezar con las acusaciones. Un guion que se repetía por enésima vez.

—¿Por qué tenemos que convertir esta velada en una ocasión de hacernos daño?

—Porque ya no confío en ti, Bastien. Me has hecho pasar noches infernales, imaginar lo inimaginable, y ahora me hablas de tu vida como si nada. Quieres presentarme a tu novia, que nos mudemos a una residencia y ponernos en manos de una psicóloga...

—¿Tratas de decirme que no tengo nada de que preocuparme y que te las apañas muy bien aquí con Tine?

—Desde luego. Y cuando tu padre esté mejor, Tine podría incluso volver a ser externa. No pensamos dejar esta casa, Bastien, y si tu intención es obligarnos a ello, será mejor que me lo digas ya.

Bastien bajó la mirada. Nunca habían estado tan cerca de un enfrentamiento definitivo. Pensó en las instrucciones de Sheyda: «Primero, tranquilízala sobre tus intenciones. Después, ve directo al grano».

—Nunca he dicho que haya que dejar esta casa. Si piensas que estás bien aquí y que Tine es una ayuda suficiente, nos dejamos de frustraciones o de quejas, y yo paro de buscar la residencia adecuada. Me entristece que ya no confíes en mí...

—¿Cómo podría hacerlo? Me complacería esta preocupación tuya si consiguiera creérmela de verdad. Pero ¿cómo creerla, considerando todo lo que has hecho hasta ahora? ¿Te acuerdas de cómo era cuando vivías aquí? ¿Tú crees que para nosotros ha sido fácil no volvernos locos?

—He crecido, Naima.

—No me vengas con ésas, Bastien. Juegas a inventar mundos, pero la vida no es un juego. Y quién sabe lo que estarás tramando... Si aún no han hablado de ti en los periódicos, lo harán pronto. Porque tienes escrito en la cara tu destino: a saber en qué lío te habrás metido y no te atreves a pedir ayuda. Mejor aprovecharte de los ahorros de tus padres, estarás pensando...

—¡Basta!

Bastien se levantó de golpe, dando un puñetazo en la mesa para desfogarse con algo inanimado. Estaba intentando no reaccionar como lo hacía a los veinte años, pero era incapaz. Le volvió la espalda para encaminarse a la puerta.

Naima estalló en sollozos de un modo irrefrenable que no era propio de ella.

Bastien se detuvo cuando estaba ya a punto de marcharse. Era la primera vez que la oía sollozar de manera tan explícita, como una niña.

Volvió atrás. Volvió junto a la mujer que lloraba, doblada en dos sobre la silla de ruedas y con el pecho sacudido por los sollozos, porque esa mujer era su madre. Aunque pareciera

irremediablemente distante, como si sus lágrimas no tuvieran en realidad nada que ver con su hijo, sino con algo impreciso que la atormentaba desde hacía demasiado tiempo, arrastrándola lejos.

Tras unos segundos de desahogo, Naima emergió del vacío en el que se había precipitado para mirar el rostro de su hijo. Lo observaba aterrada, como desde el fondo de un pozo.

—¿Qué te ocurre, Naima?

—Es tu padre —le confesó al fin, y Bastien sintió que se le helaba el corazón. Por fin iban a hablar de ello, pensó—. Está empeorando, Bastien. Ya no es él —prosiguió ella—. Todo le da miedo. El más mínimo cambio lo desorienta, olvida dónde está y lo que está haciendo. Yo... yo ya no puedo verlo así. —Y las lágrimas volvieron a anegarle el rostro.

Bastien suspiró, no se esperaba esas palabras. Había llegado el momento que tantas veces había intentado imaginar. Pero hablar ahora, justo cuando Naima lloraba y le ofrecía una versión tan desgarradora de su pena, le pareció un acto de brutal violencia.

No estaba preparado para tanto. Se levantó y alejó la silla de la mesa para llevarla hasta el sofá del salón, el mismo en el que casi todas las noches de su infancia había visto la televisión con sus padres. Siempre estaban los tres juntos, pero Bastien se sentía de más, aplastado contra uno de los reposabrazos acolchados, los labios fruncidos en una mueca hostil, dispuesto a quitarse de en medio en cualquier momento, hasta que le entraba sueño y, agotado, se abandonaba entre los cojines. Su padre entonces lo acompañaba —en brazos, cuando era más pequeño— hasta su cuarto. A veces Bastien fingía dormir, esperando que él se quedara un poco, aunque sólo fuera para una caricia o un buenas noches susurrado, que no llegaba nunca; cada noche, desde debajo de las sábanas, veía a su padre desaparecer por la puerta para volver al salón con su madre.

Ahora era Bastien quien cogía en brazos a su madre, mientras ésta seguía llorando. Le sorprendió lo menuda y ligera que era: los años y la enfermedad la habían erosionado como un tronco a la deriva. La depositó entre los cojines del sofá y, cuando se hubo asegurado de que estaba cómoda, se sentó a su lado.

Extendió los brazos, le rodeó el cuello y le hizo apoyar la cabeza en su pecho.

«Tú padeces, Bastien —le había dicho Sheyda una noche, en uno de sus delirios psicoanalíticos—. Padeces por tu madre, sobre todo, que te tiene atado desde siempre con su enfermedad y sus desgracias. ¿Cómo piensas que podrás ser padre sin haberte reconciliado primero con ser hijo? ¿Sin hacer primero lo más adecuado para ella y, sobre todo, para ti?»

—La vejez es fea —le dijo Naima de una manera casi imperceptible, como si no hablara con él, sino consigo misma—. Te pone ante lo más desconocido que hay en la vida: su final. Y yo los saltos a lo desconocido siempre los he dado con tu padre.

Las palabras de su madre llovieron sobre él y, durante el breve lapso de tiempo en que estuvieron cerca el uno del otro, tuvieron el poder de una absolución. Abrazados en ese sofá, ya no había distancias, ni tampoco roles. Observando la cabeza de su madre, abandonada en su pecho, el cabello que la edad había vuelto cano y ralo, y sintiendo el calor y la humedad de sus

lágrimas sobre su camiseta, Bastien se dio perfecta cuenta de ello. En la vida llega un momento en el que los padres vuelven a ser hijos.

De igual modo se dio cuenta de que no era capaz de encontrar, entre sus recuerdos, una imagen similar pero contraria, que lo concerniera, donde fuera él quien se abandonaba en los hombros o en el pecho de su padre o de su madre. No había experimentado nunca esa sensación de acogida que debería sentir un hijo; sin embargo, en ese preciso instante, el pasado había perdido su peso específico, se había vuelto inconsistente. Ya no tenía importancia.

¿De verdad habría tenido sentido hablar ahora y romper ese hechizo sólo para decir las cinco palabras que llevaba aplazando tanto tiempo? Era lo que esperaba Sheyda. Pero Bastien quería vivir ese momento hasta el fondo, como si ese abrazo improvisado hubiera podido compensarlo por todos aquellos que, al crecer y alimentarse de una rabiosa animosidad, ya no había recibido. Su madre se estaba abriendo con él, quizá por primera vez, de una manera que lo desarmaba. Por dolorosa que fuera, era una toma de conciencia, además de una liberación.

—¿Quieres ver una película? —le propuso.

Naima asintió, recuperando la respiración y enjugándose las lágrimas.

Sustrayéndose unos segundos al contacto con su madre, Bastien cogió el mando que estaba en una mesita de teca junto al sofá y se puso a zapear.

—Hay que cambiar este artilugio pasado de moda, en cuanto pueda me encargo yo.

—A tu padre y a mí nos gusta, lo tenemos desde hace treinta años.

—Ya —contestó Bastien irónico, reflexionando sobre el hecho de que hasta la televisión se había convertido en un muro, mientras buscaba entre los canales algo que pudiera interesarle.

Por fin sintonizó una película histórica y volvió a su sitio en el sofá. Ella le puso una mano en el brazo, casi parecía una garra. Lo retenía, como para asegurarse de su presencia. No lo apretaba ni lo acariciaba. Su mano se quedaba ahí inmóvil, de un modo desapegado pero a la vez presente.

21.53 horas

Después de sustituir a su hermano, Hulya aprovechó el primer momento de soledad para salir, cerrando con llave la puerta de la tienda.

No disponía de mucho tiempo si quería evitar defraudar a algún cliente nocturno, pero sobre todo si quería llamar a Polina al telefonillo a una hora decente.

Se llevó consigo un peluche envuelto en papel de regalo con un lazo azul celeste que había querido darle a Polina en los días siguientes al parto pero que se había quedado escondido dos meses en su bolso. No tendría muchas más ocasiones de darle ese regalo. No por la noche, no al abrigo de miradas indiscretas. En realidad, probablemente no tendría más ocasión que ésta.

Tomó aire y cruzó el puente en dirección al edificio que se erguía ante ella. Esperaba que el niño estuviera tranquilo, pero también que no durmiera para que no hubiera peligro de despertarlo.

Janis no lloraba. En el apartamento reinaba uno de esos silencios que, en compañía de un adulto, Polina habría encontrado incómodos y que por lo general odiaba. Pero Janis no era un adulto. Aunque en ese instante la estuviera mirando como alguien capaz de hacer un razonamiento perfecto.

Era más fácil concretar sus rasgos imprecisos cuando lloraba o cuando estaba distraído, pensó Polina, notando una sensación de rechazo casi físico mientras los ojillos de su hijo la seguían, como habría hecho el fauno en el ballet con melodía de Debussy.

Para rehuir la mirada del niño decidió cambiarle el pañal. Extendió la crema hidratante sobre el trasero enrojecido y sobre las ingles, donde se le habían formado ampollitas bajo la piel. Le levantó las piernas cogiéndolo de los tobillos mientras desplegaba el pañal, siguiendo una secuencia de gestos ensayados pero automáticos y distantes.

Janis alargó una mano como si hubiese querido acariciarle el rostro. Seguía con los ojos fijos en ella, y Polina seguía eludiéndolos.

Lo mismo había hecho con Michail el día en que le había comunicado que llevaría a término el embarazo ella sola y que no esperaba nada de él. Michail se había interpuesto entre la puerta de su casa de la Bismarckstrasse y ella para que no pudiera marcharse. Buscaba su mirada, como hacía ahora su hijo.

—No puedes arreglártelas sola.

—Deja que me vaya.

—Dime al menos que aceptarás mi propuesta de mudarte a Kreuzberg. La casa que tengo allí está sin alquilar, y desde luego es más apropiada que en la que estás ahora. Permíteme que corra con los gastos. No puedes arreglártelas sola.

Polina inclinó la cabeza. «Siempre me las he arreglado», le habría gustado contestarle, pero se había quedado callada.

—Eh —añadió Michail con dulzura, llevándole un dedo a la barbilla con la intención de levantársela—, mírame, Polina. Estoy aquí.

Era de verdad Michail, el mismo tirano capaz de arrebatos intimidatorios con la mayoría de los bailarines de la compañía y que con ella se volvía maleable como la arcilla. Polina había levantado el rostro y cerrado los ojos, atravesada por un vértigo que por un instante le había hecho perder el equilibrio. Después había logrado sortearlo de alguna manera y cruzar el umbral.

Pero esa tarde de marzo, sola delante de Janis en un apartamento al que jamás podría llamar casa, no había ya ningún umbral que cruzar. Ninguno más que aquel invisible que desde hacía tiempo la reclamaba.

Hulya observaba el enorme globo de *Die Welt* mientras trataba de avanzar con la espalda erguida y sin vacilar hasta el edificio de Polina.

El mundo dibujado sobre el globo parecía casi fluorescente, como si brillara desde dentro, iluminado por el resplandor de las farolas y de los pequeños focos alógenos que lo rodeaban.

Cuando llegó al edificio, Hulya cayó en la cuenta de un problema imprevisto. El portero automático era una columna de nombres, y no había ninguno que se pareciera vagamente al de Polina. Lo buscó con atención, recorriendo varias veces de arriba abajo la fila de tarjetas, hasta que reparó en una «P» escrita con boli. Inequívocamente provisional, como le había parecido la propia Polina nada más verla.

El dedo de Hulya quedó en suspenso sobre esa letra mientras su mente se dejaba invadir por dudas y vacilaciones.

Encajada en el lazo del regalo había una notita. «Para Polina», se leía en el sobre. En el interior, pocas palabras: «Pienso en ti y quisiera poder abrazarte ciertas noches en las que imagino que quizá te sientas tan sola como yo». Firmado: «Hulya».

Estuvo tentada de dejar el regalo delante del portal, a pocos pasos de una zona en obras, pero en su ayuda venía un hombre. Se tambaleaba, borracho y derrengado.

Hulya no se asustó. Lo reconoció enseguida, era uno de los clientes del colmado: «el hombre del brandy», podría haberlo llamado, protagonista de algún desgraciado drama alcohólico sin solución aparente. Le costaba un poco girar la llave en la cerradura, pero le abrió la puerta con amabilidad.

—¿A quién buscas? —masculló con acento berlinés, esbozando una sonrisa.

—A Polina —contestó Hulya, cayendo de pronto en la cuenta de que el nombre solo no era suficiente—. Una bailarina —añadió. Pero la expresión del hombre seguía ausente; parecía a punto casi de perder el equilibrio y desplomarse sobre ella—. Una chica rusa, ha sido madre hace pocos meses.

Esta vez sí era la información adecuada.

—Vive en mi misma planta —contestó en efecto el hombre del brandy, siempre mascullando, y dejó que lo siguiera hasta el interior del ascensor.

Hulya contuvo la respiración para soportar su presencia maloliente, pero, una vez en el rellano, no se sintió capaz de dejarlo solo con un manojó de llaves demasiado grande y una puerta que, en esas condiciones, sin duda le costaría abrir. Lo ayudó a llegar hasta su apartamento, acompasando su paso a aquel, inseguro, del hombre, sin dejar de contener la respiración lo más posible.

Pese a la distancia que su madre había tratado de poner entre ambos, Janis había conseguido por fin agarrarle un mechón de pelo y ahora lo sujetaba con sus deditos minúsculos. Lo hacía con una fuerza sorprendente, pensó Polina, más violenta que la fuerza con la que Michail le había cogido la muñeca aquella tarde en la Bismarckstrasse en su intento por retenerla.

Janis emitió un grito que resonó con prepotencia, casi como si le estuviera ordenando: «Mírame».

Polina se dejó traspasar por fin por sus ojos serios, grandes, desmesurados. Se acercó a su rostro, obedeciendo a los tirones que el niño le daba al mechón de cabello. Como un caballo que obedece a la presión del bocado y baja la testuz.

Polina observó sus rasgos, la boca que babeaba, los hoyuelos en las mejillas. Ya no se parecía a Michail ni a Lauris Reiniks. No se parecía a nadie. Por primera vez era hijo de sí mismo y de sus grandes ojos negros, que eran como una exhortación: «Mírame, porque existo».

Polina respiró hondo.

«¿Qué recordarás de mí? Nada. Seré como una sombra, una historia que alguien te contará.»

Se volvió unos segundos hacia la ventana, en la que se enmarcaba un rectángulo de cielo negro, reivindicando casi el derecho de apartarse de él. Después volvió a mirarlo y por primera vez se preguntó cómo sería el rostro de su hijo de mayor. Si en algún momento surgiría algún rasgo suyo, de la misma manera en que la abuela Anita se había abierto camino en sus facciones.

«No me pidas que me quede, no puedo.»

Cogiéndolo de las pequeñas axilas, lo levantó, manteniéndolo en alto a cierta distancia de su cuerpo mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

Sobre el timbre de Polina Hulya volvió a ver la misma «P» del portero automático ante la cual había vacilado unos minutos antes. Al otro lado de la puerta cerrada no se oía ningún ruido. «¿Y si

está durmiendo?»

Hulya ya no tenía ganas de irrumpir en la vida de una desconocida con un regalo en la mano para contarle que llevaba meses observándola y que le parecía saberlo todo de ella, aunque hubieran intercambiado un centenar de palabras como mucho. Por ello dejó el peluche sobre el felpudo y se alejó un instante antes de que al otro lado de la puerta estallara el primer sollozo.

Si se hubiera quedado un segundo más, habría reconocido el llanto de Polina al otro lado del umbral y se habría armado de valor. Pero cuando se cerraron las puertas del ascensor, Hulya estaba ya lejos de ese torrente de lágrimas.

Polina lloraba, como si fuera ella la recién nacida, aterrorizada frente al mundo. Trató de sofocar los sollozos mientras su hijo flotaba en el aire entre sus manos.

Al cabo de unos instantes se puso a llorar él también.

Lloraban juntos, madre e hijo, cada vez más fuerte, cada vez más exhaustos.

En el apartamento contiguo, el que los separaba de la casa del hombre del brandy, el fuego ardía, circunscrito aún a la alfombrilla de la cocina. El vago olor a quemado que empezaba a emanar aún no había llegado al resto de la planta, pues una de las ventanas del pasillo había quedado abierta. El viento frío de la noche lo haría retroceder, impidiendo que ese olor sofocante invadiera las fosas nasales de los vecinos.

Alice

Desnudos y entrelazados, los cuerpos de Alice y Matthias se confundían uno con otro. La piel de uno y de otro tenía el mismo color, la misma textura, casi la misma edad. Podrían haber nacido en el mismo lugar, de la misma madre.

En lugar de eso, sus madres pertenecían a dos mundos geográfica y culturalmente distantes. La de Matthias dormía ya en el pequeño chalé adosado azul, en un barrio residencial y silencioso de la periferia de Dresde, en el que vivía sola desde hacía años. Mientras que la de Alice estaba en pleno trajín de una noche de trabajo como tantas otras, en compañía de su indivisible clan familiar. Aunque no lograba dejar de pensar en la hija que estaba lejos.

Cada vez que la vida nocturna de Tívoli se animaba, Silvana pensaba en el jaleo y las infinitas posibilidades de peligro que podía ofrecer una metrópoli como Berlín, sobre todo los viernes por la noche. Y seguía sin saber nada de Alice; no tenía ni idea de con quién andaba ni lo que estaba haciendo. Franco, que ese día sostenía no haber hablado con ella, no le era de ninguna ayuda; al contrario, se lo veía inútilmente tranquilo mientras le describía unos dulces típicos a una pareja de franceses, soltando bromas en un inglés ridículo y macarrónico.

Al final, Silvana ya no aguantó más y, mientras desde la cocina Giulio le pedía aclaraciones sobre una comanda que no había entendido bien, hizo algo que nunca habría hecho antes en una noche de tanto trabajo: cogió el móvil y salió a la calle a llamar a su hija.

—No te duermas —le susurró Matthias a Alice al oído mientras la observaba en la penumbra de la habitación. Conservaba aún en la boca su sabor y un cabello suyo le rozaba la mejilla, haciéndole cosquillas.

—No me estoy durmiendo, sólo estoy borracha —contestó ella, farfullando casi.

—Como mucho te habrás tomado un par de cervezas.

—Nos hemos terminado una caja entera...

—Pero es viernes.

—¿No se suponía que íbamos a quedarnos en casa?

—Quiero fumar un poco de hierba contigo y tomarme otra cerveza.

—Mmm..., no nos queda hierba.

—Me bajo al colmado a comprar la cerveza al menos. ¿Me prometes que no te duermes?

—Prometido.

—Sí, ya conozco esa cara. Es de esas que tú llamas..., ¿cómo era? De las que dicen «Adiós, mundo». Eso es, tu cara está diciendo «Adiós, mundo».

Alice sonrió mientras estiraba los brazos suspirando, con los gestos cargados de sueño.

Matthias la encontraba encantadora. Con el cabello así extendido sobre la almohada podría haber salido en un anuncio de champú. Un champú afrodisíaco.

Aunque, mirándola, lo primero que se le venía a la cabeza no era sexo, sino ternura. Alice no era como las demás chicas que había conocido, saciadas ya de todo; era ingenua, llena de vida y fantasía. Se entusiasmaba por cualquier cosa, hasta por las letras de las canciones de los Culcha Candela que él le había hecho escuchar y de las que no había logrado entender palabra. No sabía cocinar, era distraída y desordenada, pero venía del país más bonito del mundo. Y tenía detrás una familia de verdad, una de esas familias que se ven en las películas, con un restaurante en el que al parecer se comía de maravilla. Podrían trasladarse allí. Bueno, no justo allí, porque si no tendrían encima a los padres de Alice todo el rato. La campaña italiana estaba llena de lugares encantadores. Matthias podría buscarse un trabajo de restaurador: Italia estaba llena de cosas que había que conservar. Los domingos irían a ver a la familia de Alice al restaurante, igual no todos los fines de semana porque, si no, acabarían trabajando allí.

—No te duermas —volvió a susurrarle mientras se vestía—. Tengo ganas de charlar contigo.

—Te lo juro...

—Júrame que no vas a decir «Adiós, mundo».

—No lo diré.

—Y tampoco «Adiós, Matthias».

—Adiós, Matthias.

—Acabas de prometer que no lo dirías.

—Vale, no lo digo.

En ese preciso momento el móvil de Alice se puso a vibrar en la mesilla. Pero en el duermevela en el que estaba sumida no pareció enterarse de que se trataba del suyo. Matthias lo cogió y leyó «Mamá» en la pantalla. De repente tuvo una idea que seguro serviría para espabilarla.

—¿Diga?

Cuando Alice lo oyó contestar así en su propia lengua, se incorporó de un brinco.

—¿Qué coño estás haciendo? —lo riñó en voz baja, mientras él seguía hablando.

—*Sorry, but Alice is not here, she forgot the phone in this house! Sorry!* —Y colgó riendo.

Silvana siguió gritando «Diga» al micrófono del móvil. No había entendido con quién había hablado ni lo que le había parlotado al oído. Sintió una oleada de rabia que le subía hasta la garganta, y de un arrebato estrelló el móvil contra el asfalto, lamentándolo un segundo después.

—¿Qué has hecho, Matthias? —le reprochó Alice, por fin despierta. Tanto que se precipitó sobre el teléfono para marcar el número desde el que acababan de llamarla.

Matthias reía mientras la veía despotricar:

—Joder, ahora está apagado. Era mi madre, estará furiosa. No tiene ni pizca de gracia, eres un imbécil.

—Espérame despierta —le repitió por enésima vez desde el umbral mientras la observaba volver a tenderse entre las sábanas, llevándose las manos al rostro.

Al cerrar la puerta, Matthias sintió una punzada de arrepentimiento: nunca habría imaginado que una broma tan inocente pudiera sumirla en tamaña desesperación. Alice ya no era ninguna niña, sin embargo, le parecía que estaba sometida a su madre como lo habría estado una adolescente.

Cuando Silvana volvió al restaurante con el móvil roto en la mano, Raj estaba llevando dos platos de raviolis de calabaza a la mesa más cercana a la puerta. Silvana ni siquiera lo vio llegar, sólo oyó el estrépito de platos que se hacían añicos en el suelo, e hizo otra cosa que antes de esa noche nunca habría hecho. Soltó un grito que acalló a todo el restaurante. Después, tratando de contener la vergüenza, arrastró su imponente silueta hasta su refugio, la cocina.

Naima

Mientras Matthias improvisaba esa broma para despertar a Alice, Bastien se preguntaba qué hacer con su madre, que se había quedado dormida sobre su pecho como un bebé. Acababa de terminar la película que estaban viendo juntos.

Naima se incorporó de pronto, sin que Bastien hubiera movido un dedo. Tenía la mirada perdida, el maquillaje corrido y el pelo despeinado. Trató de reunir fragmentos de memoria que la llevaran de vuelta a donde se encontraba en ese momento: en el sofá del salón, con el televisor encendido y su hijo a su lado. Preguntó enseguida por la silla de ruedas.

Oyó la voz de Bastien, que decía:

—Te acompaño a tu habitación.

Recolocó juntos los momentos que habían precedido al sueño y se dejó sorprender por una sensación de urgencia. El 23 de marzo estaba por concluir, no le había hablado a su hijo de lo que ese día había significado para ella, pero Bastien le había prometido que no volvería a insistir en que se trasladaran a una residencia. Lo que había quedado en suspenso tenía que ver con la relación entre Gerard y él. ¿Por qué habían dejado que se deteriorase así? ¿Qué era lo que le ocultaban ambos? Tener en casa a Bastien a una hora tan tardía, como no sucedía desde hacía años, le hacía darse cuenta de lo insostenible que se había vuelto para ella el silencio del que eran prisioneros.

—Sí, acompáñame a la habitación, Bastien —le dijo acomodándose en la silla de ruedas—. Tu padre estará aún despierto. Quisiera que os reconciliarais. Ven. Hazlo por mí, te lo ruego.

Pero Bastien suspiró y negó con la cabeza.

—No me pidas eso, Naima. Esta noche no. Ahora no.

Ella no se dejó vencer por la resignación con la que su hijo había pronunciado esas palabras, notó que había algo ruin en su actitud, en el vacío entre ellos.

—¿Ves como tengo razón en no confiar en ti? —le dijo en tono acusatorio—. Porque me ocultas algo. Es evidente.

—Naima, por favor...

—Puedo yo sola —lo interrumpió fríamente, rechazando su ayuda y volviendo a levantar las barreras entre ellos.

Lo despidió en la puerta, como si fuera un extraño, con el rostro pálido y ofendido. Le dio la espalda de prisa por volver a su habitación. En realidad acababa de sorprenderla un recuerdo.

—*¿Cuándo vuelve papá?* —le preguntaba el niño, inmóvil delante de la puerta, esperando.

—*Dentro de poco, Bastien. No abras, que hace frío.*

—*Así puedo oír el ascensor. No aguanto, quiero esperarlo aquí, en el rellano.*

Todo eso era antes de que viniera el lobo. Un lobo desconfiado y gruñón que había anidado dentro de él. De golpe Bastien ya no albergaba expectativas de ningún tipo. Es más, había

tratado por todos los medios de escapar, aprovechando cada discusión y cada huida para descargar su rabia.

Bastien cogió el abrigo y siguió a Naima con la mirada unos segundos. Su madre había vuelto a meterse de lleno en su personaje, había recuperado el recelo de siempre. Ya no había rastro de la dulzura ni de la autenticidad que le había mostrado poco antes. Ahora se movía con torpe pesadez. Una pesadez que por fin Bastien era capaz de ver. La notaba en su misma existencia, en esa manera suya de ser, tan incordiante, exigente y a la vez distante, como quizá había sido incluso antes de su enfermedad.

Recorrió él también el pasillo. Tenía ganas de llamar a la primera puerta a la derecha, donde dormía Tine, para pedirle que ayudara a su madre a acostarse. Pero lo asaltó una rabia nueva. «Que se las apañe sola», pensó llegando a la puerta principal y cerrándola con un sonoro portazo como había hecho tantas veces de adolescente.

Después, mientras esperaba el ascensor, pensó en lo que le diría a Sheyda: «Ha sido una velada intensa. Hemos hablado. Ella lloraba. Nunca la había visto tan perdida. Y he entendido algunas cosas importantes. Quiero escuchar la opinión de otro especialista. Ya no estoy seguro de lo que es mejor para ella en este momento. —Y quizá se mostrara sincero del todo—. Pero sí sé lo que es mejor para mí —añadiría—. He comprendido que tienes razón tú, Sheyda: padezco por culpa de mi madre, tengo que poner distancia y no dejarme ya fagocitar de esa manera».

El ascensor estaba ocupado por el mismo chico rubio y hostil con el que ya se había encontrado dos veces ese mismo día, pero Bastien no podía saberlo. Aguardó un poco más antes de por fin entrar él también en el ascensor, vacío ya, y poco después salió del edificio, esta vez sin encontrárselo.

Ni Matthias ni Bastien repararon en el olor a humo que había empezado ya a extenderse por los apartamentos. Una hora antes, las llamas habían llegado a la madera de la silla de paja que estaba en la cocina del 3B y no habían tardado en devorarla. El apartamento estaba ya casi por completo invadido por el fuego, un monstruo hambriento de oxígeno se agitaba en su interior. Pero en el exterior no había aún ninguna señal evidente de ello.

23.31 horas

Alice entró en el cuarto de baño para lavarse los dientes y la cara. Tenía que mandarle un mensaje a su madre, tenía que tranquilizarla como fuera, decirle que ya iba a acostarse. Y al mismo tiempo se preguntó con rabia a sí misma: «Pero ¿por qué tengo siempre esta necesidad de tranquilizarla? ¿De explicarle quién soy y lo que estoy haciendo, de asegurarle que estoy concretando de la mejor manera posible todo lo que ella me ha enseñado?».

El cuaderno que Silvana le había regalado estaba en lo alto de la pila de libros y revistas que había junto al váter. ¿Lo habría leído Matthias? Él leía hasta cuando iba al baño. No, pensó Alice, el cuaderno estaba ahí porque lo había puesto ella. La última vez que le había escrito a su madre había sido antes de ducharse. Una poesía de Rilke que le había descubierto Matthias. «Quién sabe lo que pensarías de él. ¿Serías capaz de ver más allá y de mirarlo con mis ojos?»

Es un buen chico —había escrito en el cuaderno para la Silvana niña—. Muy simpático. Quizá se pase un poco de simpático, para tu gusto actual. Y piensa que ni siquiera era así hasta hace poco, se ha vuelto así a fuerza de estar conmigo. Porque yo también soy alguien alegre, soy hasta burlona, mamá, pero tú eso no lo sabes porque hay muchos aspectos de mi carácter que ignoras.

Con un suspiro de hastío, Alice dejó el cepillo de dientes en su vaso y cogió el móvil.

Antes te ha contestado un amigo mío —le escribió a la Silvana adulta y madre—. Me he dejado el teléfono en su casa. He vuelto a recuperarlo. Ahora tienes el móvil apagado. Estoy entrando en la residencia, mañana hablamos .

Vaciló unos instantes, sin saber si apagar el móvil ella también. Después optó por dejarlo en la mesilla de noche, silenciándolo, y volvió a acostarse, exhausta, obligándose a no pensar en la cara que habría puesto Silvana al teléfono. Aunque la cabeza le daba vueltas por el alcohol, se esforzó en sustituir la ansiedad que le provocaba su madre por la sensación de los besos que Matthias le había dado en la espalda antes de irse, dejando que el sueño la fuera invadiendo poco a poco. Diciendo de nuevo «Adiós, mundo», justo como él se había temido.

También Naima se había quedado dormida. Ni siquiera se había quitado el vestido de seda rosa, el que se había puesto creyendo que iría a cenar la novia de Bastien. Antes de arrastrarse hasta la cama, se había topado con Gerard de pie en el umbral del dormitorio y había pensado que querría ir al salón a ver la televisión, pero sólo después de haberse asegurado de que ya se había marchado Bastien.

Naima lo había mirado disgustada. Esa noche no le había dicho nada, tampoco que se le había

quedado dentro un velo de tristeza. No había vuelto a hablar de nada.

Polina llevaba más de una hora durmiendo. Había cerrado los ojos, húmedos aún de lágrimas, acurrucándose en el sofá mientras su hijo hacía lo mismo en su cochecito bajo la ventana. Se había quedado dormida poco antes de que también él se rindiera al silencio.

Por alguna razón inexplicable, su vecino de rellano, el hombre del brandy, no se había dejado arrastrar del todo por el torpor inducido por el alcohol, y de repente se despertó, percibiendo el primero el olor a fuego.

Sólo mucho después de haber cruzado el puente, casi a un kilómetro de distancia del edificio, Bastien cayó en la cuenta de que se había dejado el móvil. Probablemente se habría quedado metido entre los cojines del sofá, porque al levantarse para irse no lo había visto. Tenía que volver.

En ese mismo momento entraba Matthias en el colmado de Hulya, que estaba jugueteando con su teléfono.

La muchacha levantó la mirada cuando lo vio entrar. Lo había reconocido, era un cliente habitual, una vez lo había visto entrar en el edificio de Polina con una chica rubia. Los había filmado con su móvil mientras se besaban a orillas del canal. Pero, aparte de los saludos de circunstancias, nunca se habían dirigido la palabra.

Lo observó coger una caja de cervezas, y entonces se acercó a él para darle un consejo:

—Ya que te gusta esta marca, ¿por qué no pruebas también esa otra? —le dijo señalándole unas botellas alineadas en una balda cercana—. También es artesana, pero gusta más y es más barata.

El chico le dio las gracias, dejó la caja de cerveza que llevaba y se acercó a la balda.

Después se plantó ahí, con las manos en los bolsillos, como si quisiera dedicarle a una decisión tan importante todo el tiempo necesario.

Al otro lado del puente, el hombre del brandy se estaba levantando del sofá donde se había desplomado dos horas antes y, aterrizado y tambaleándose, recorría su apartamento en busca del origen del olor.

En la tienda de Hulya, tras una profunda consideración, Matthias rechazó la sugerencia y sacó un puñado de billetes arrugados para pagar las cervezas que había elegido. En su lengua centelleaba un *piercing* plateado. Era alemán, pero no de Berlín, Hulya lo dedujo por su acento, mientras el chico le daba las gracias y salía de la tienda.

El hombre del brandy llegó a la puerta de entrada.

El pomo de acero estaba caliente.

Si se hubiera fijado también en la temperatura del pomo de la puerta de su vecino —en lugar de reparar sólo en el humo que empezaba a salir de las jambas—, no habría cometido el error fatal que estaba a punto de poner en peligro su vida y la de todos los demás vecinos del edificio.

Sujetando con ambas manos la caja de cerveza, Matthias cruzó el puente, reflexionando sobre el hecho de que la chica del colmado era mucho más solícita que el empleado que solía atenderlo por las tardes, ese *kanake*¹ de ademanes perezosos y hostiles. La chica hablaba con un buen acento berlinés, tenía modales algo masculinos pero amables.

Por el contrario, el hombre que notó a su espalda y que tenía toda la pinta de estar siguiéndolo por el puente no le inspiraba la misma confianza. Era la tercera vez que se lo encontraba ese mismo día. Una coincidencia inquietante.

Matthias apretó el paso hasta el portal para meterse rápidamente en el ascensor, con la esperanza de poder distanciarse de él, como había hecho antes de cenar. Tenía la típica cara de terrorista fanático. No le habría extrañado reconocer una foto suya en las noticias de la tele. «Era un adepto del Isis que había entrado en el país de manera clandestina. Tenía un arsenal en casa y se inmoló, haciéndose saltar en pedazos sin vacilar», imaginó Matthias, y reparó en que el tipo aflojaba el paso, permitiéndole así subir él solo en el ascensor.

En realidad, esta vez Bastien había aflojado el paso porque el olor a humo era ya inconfundible. También Matthias lo reconoció, pero sólo cuando ya se habían cerrado inexorablemente las puertas del ascensor. Mientras subía, un atroz presentimiento lo recorrió de arriba abajo como la hoja de un cuchillo.

El hombre del brandy la estaba emprendiendo a patadas y puñetazos contra la puerta del 3B, sin imaginar que detrás pudiera haber un monstruo ávido de oxígeno.

Con el último empujón, empleando toda la fuerza de su cuerpo alcoholizado, logró derribarla, y entonces las llamas salieron con el ímpetu de un volcán. El hombre del brandy se prendió como una antorcha, sin darle tiempo siquiera a gritar.

Quien sí gritaba socorro era Matthias, porque las llamas inesperadas habían hecho estallar las bombillas del rellano y provocado un cortocircuito en la instalación eléctrica del edificio. El ascensor se había detenido entre la segunda y la tercera planta, donde se hallaba Bastien, que

acababa de subir corriendo los dos primeros tramos de escalera. Se vio de pronto envuelto en una nube de humo, delante de lenguas de fuego que le bloqueaban el paso.

Habría sido imposible atravesarlas y salir ileso. Había dos puertas abiertas a su izquierda, la segunda ya la estaba devorando el incendio. En medio vio la cabeza de un hombre que ardía, tendido en el pasillo. Bastien debía armarse de valor y alcanzar el segundo tramo de escalera antes de que las llamas siguieran alimentándose, pero el grito desesperado de Matthias lo dejó helado. Lo oyó golpear las puertas del ascensor. Bastien se detuvo y se volvió hacia él.

No podía verlo. Matthias, acurrucado en un rincón en la oscuridad, sobre la caja de cerveza recién comprada, marcaba con manos temblorosas el número de Alice, sin obtener respuesta. Mientras, tosiendo, gritaba «¡Socorro!», con el pánico subiéndole por el pecho a la misma velocidad que las llamas.

No había tiempo de llamar a los bomberos, pensó Bastien, haciendo frente a las lenguas de fuego que se agitaban delante de él. Un solo tramo de escalera lo separaba de su madre, que probablemente ya estaría dormida. Debía armarse de valor, respirar hondo y echar a correr de nuevo.

Cuando el hombre del brandy derribó a empujones la puerta del apartamento 3B, estallaron los cristales de una de las ventanas interiores, y las llamas, ávidas y convulsas, salieron al exterior.

El viento las azotaba ahora, empujándolas hacia las plantas superiores. El revestimiento de la fachada estaba en mal estado, y las llamas lo asaltaron con ferocidad, haciéndose por fin visibles desde la calle.

El proyecto original del edificio no había prestado la debida atención a la posibilidad de un incendio. Nunca se había hecho ninguna prevención real. Las obras de renovación se habían aplazado demasiado tiempo, y el compuesto del enlucido era más inflamable de lo que habría sido aceptable. Todos esos razonamientos tendrían espacio en las páginas de los periódicos de los días sucesivos, cuando se buscaran responsables, pero por el momento sólo había una ventana rota. Una ventana que se había transformado en una antorcha dirigida hacia la noche y que llamó la atención de un transeúnte.

El llanto de Janis, que acababa de despertarla, era la única referencia que le habría permitido a Polina orientarse en la oscuridad total de la habitación invadida por el humo.

Se tambaleaba y tosía, tratando de interceptarlo con el oído. El aire irrespirable hacía chillar a su hijo en el otro extremo del salón.

Avanzó a tientas hacia la ventana, con la garganta reseca, pugnando por mantener los ojos abiertos. Una sensación de ahogo se le aferraba al pecho como un mordisco.

Se acercó al cristal y a los postigos para abrirlos de par en par, en busca de aire y de luz. En busca de Janis.

Cuando lo vio, lo cogió enseguida en brazos. Por primera vez sus berridos tenían un significado inequívoco: «Sálvame, mamá —le estaba diciendo—. Deja que respire».

Lo abrazó; estaba caliente, húmedo y vivo. Lo sintió suyo.

Se volvió de espaldas a la calle para que pudiera respirar. Lo alentó, aunque se daba cuenta de la gravedad de la situación. Guiñó los ojos lacrimosos, y el hecho de que apenas alcanzara a distinguir la puerta que tenía delante le hizo calibrar exactamente el peligro que corría.

Fuera del edificio, en la fachada, veía claramente las llamas que salían de la ventana del vecino. El incendio estaba ahí mismo, a un paso de ellos. Ofuscaba el pensamiento, lo arrollaba con su furia devastadora.

Polina no recordaba dónde había dejado el móvil. «Alguien habrá llamado ya a los bomberos», pensó, o así lo esperaba al menos, tratando de respirar a pleno pulmón cada vez que una ráfaga de viento alejaba las volutas de humo. Tenía que permanecer consciente.

—¡Socorro! —empezó a gritar, asomándose al mismo alféizar desde el que había querido lanzarse esa misma mañana—. ¡Ayúdenos! —Y se repitió que pronto alguien la vería y acudiría en su auxilio.

Después se puso a pensar de nuevo, arrancando al pánico destellos de lucidez: tenía que atravesar el humo y la oscuridad, debía hacerlo para tratar de escapar por la puerta. Lo único que le interesaba —y se formuló ese pensamiento como un ultimátum— era que Janis saliera cuanto antes de esa trampa.

Volvió a dejarlo en el cochecito, que extrajo del chasis para colocarlo sobre el alféizar. Le temblaban las manos. Janis seguía llorando, y ella tosiendo.

Intentó contener la respiración y sumirse de nuevo en el calor para alcanzar la puerta. Se movía con desesperada torpeza. El picaporte ardía, pero consiguió abrirla.

A su derecha encontró un muro de llamas, en el suelo, algo con lo que tropezó y que estuvo a punto de hacerla caer al suelo. Por el bien de Janis debía conservar la calma, mantenerse incólume, aunque se le doblaran las piernas y el corazón le latiera tan rápido que creyó que iba a estallarle en el pecho.

A la derecha del cochecito estaba el baño. Abrió el tragaluz para poder respirar y se movió en la penumbra envuelta en humo, reconociendo al tacto el lavabo y las toallas. Las puso bajo el grifo abierto, mientras trataba de pensar qué hacer a continuación. Seguía tosiendo, pero por suerte también oía el llanto de su hijo, no muy lejos de allí.

Su cabeza era un revoltijo de propósitos: si lograba envolverlo en varias capas de toallas mojadas quizá pudiera atravesar las llamas con él, y si avanzaba con la rapidez suficiente evitaría que Janis se asfixiara en sus brazos.

Necesitaba mantas, había dos en el armario que estaba justo al lado de la ventana. Tenía que atravesar ese muro de fuego con Janis en brazos, no había alternativa. La devorarían las llamas. El calor le resultaba ya intolerable, sentía bajo la camiseta que la piel se le irritaba como si la estuvieran mordiendo, pero estaba segura de querer hacer de escudo a su hijo. Su cuerpo y las toallas lo protegerían. Era la única esperanza de salvarlo.

Al otro lado de la puerta de Polina, más allá de las lenguas de fuego, Bastien hacía la misma serie apremiante de valoraciones. El umbral del primer apartamento aún se podía cruzar. Tenía que encontrar algo con lo que cubrirse si quería subir el tramo de escalera que lo separaba de su madre.

Mientras entraba en el apartamento que había quedado abierto, percibió claramente los gritos y los accesos de tos del chico, que seguía golpeando la puerta del ascensor, aunque eran cada vez más débiles y distantes. «Ayuda...», lo oyó suplicar entre sollozos.

Sólo lo separaban unos pocos pasos de esos golpes, estaban demasiado cerca para hacer caso omiso de ellos. Al otro lado de la puerta, debajo del perchero del que colgaba un abrigo, había un paraguas metido en un cesto metálico, aún intacto.

Bastien no pudo formular ningún pensamiento más, sólo gritó:

—¡Espera, enseguida te saco de ahí!

Blandiendo el paraguas con una mano, se acercó a la rendija entre las puertas de aluminio del ascensor, que —era plenamente consciente— podía arder de un momento a otro.

Hulya no formuló ningún pensamiento lógico cuando le puso su móvil en las manos al desconocido que había entrado en la tienda gritando que había un incendio al otro lado del canal. Enseguida

buscó el edificio con la mirada, a través del escaparate, para ver si era el de Polina. Y lo reconoció. Tuvo que agarrarse al mostrador para no perder el equilibrio.

Ahora corría detrás del hombre por el puente, mientras éste llamaba a los bomberos con su móvil.

Una ventana escupía llamas hacia lo alto.

El perímetro del edificio no se podía recorrer entero, había un tramo ocupado por unas vallas porque estaban de obras en las cañerías, y la presencia del canal dificultaría las maniobras de socorro.

Uno detrás de otro, Hulya y el hombre se dirigían corriendo a la fachada libre de vallas, aquella en la que se agitaban las llamas.

Alice dormía, soñando que volaba, sin darse cuenta de que el mundo se derrumbaba a su alrededor.

El móvil había lanzado algún que otro timbrazo desde la mesilla de noche. Era Matthias el que trataba de llamarla, pero el sonido de las vibraciones no había podido alcanzarla mientras volaba. Se había transformado en el trino de una gaviota que planeaba cerca de ella en el mismo cielo.

En realidad era el humo lo que la alcanzaba: sus dedos transparentes la acariciaron despacio y la envolvieron en una telaraña invisible de la que le sería difícil liberarse.

La respiración de Matthias se iba volviendo más débil y ahogada cada minuto que pasaba. Había ido a parar a un horno y se estaba muriendo. Así, en pocos minutos. «¿Se puede morir así, atrapado en un ascensor con una caja de cerveza?» Ni siquiera había tenido tiempo de pensar, de tratar de dar con Alice.

«Joder, me estoy muriendo. Y puede que ella también muera.»

Entonces oyó la voz de un hombre: «¡Espera, enseguida te saco de ahí!». La voz de un alemán como él. Un bombero, quizá, un rayo de luz.

Las puertas del ascensor empezaron a separarse con un chirrido, porque algo, un objeto puntiagudo, se abría paso por la rendija. Una especie de bastón que el hombre usaba como palanca para abrir de par en par su horno. Alguien estaba arriesgando la vida para salvar la suya.

El bastón consiguió hacer palanca. No, no era un bastón, era la punta de un paraguas. Las puertas empezaron a abrirse; Matthias sentía un hormigueo por todo el cuerpo y que le abandonaban las fuerzas. De nuevo lo alentó la voz de aquel hombre, que le decía «¡Vamos, ayúdame!», reactivando en él un instinto ancestral y poderoso que le infundió nuevas energías. Se lanzó contra las puertas para forzarlas a su vez y tratar de ampliar el hueco.

—¡Vamos, salta! ¡Salta!

Matthias se escurrió por el estrecho espacio que el paraguas había logrado abrir y se dejó caer al vacío. Se desplomó, medio desmayado, en el suelo del rellano. Después, un golpe violento, la bofetada de las puertas del ascensor al cerrarse bruscamente, lo arrancó de la inconsciencia que por un instante parecía haberlo arrollado.

El hombre que lo había salvado estaba de pie delante de él, acababa de arrojar al suelo el paraguas. Lo miró un instante, quizá sólo para asegurarse de que seguía vivo, y se volvió de nuevo

hacia las llamas.

Matthias lo reconoció, no era un bombero: era el terrorista al que creía capaz de esconder un arsenal en su casa. Era la cuarta vez que se lo encontraba en ese largo día, y ni siquiera era un terrorista. Era sólo un joven que había arriesgado la vida para acudir en su auxilio.

Del telón de llamas que los separaba del tercer tramo de escalera emergió la silueta de un cuerpo envuelto en una manta, una mujer que siguió corriendo hasta el portal sin detenerse.

Matthias habría querido levantarse, no sabía si intentar llegar hasta Alice y cruzar el muro de llamas, como parecía querer hacer el joven, protegiéndose con un abrigo, o volver atrás y tratar de salir de ese infierno cuanto antes. Pero no pudo tomar ninguna decisión porque no le quedaban fuerzas para mover un dedo; sentía la respiración debilitarse cada vez más y rendirse en los pulmones hasta volverse fina como un hilo.

Bastien se preparaba para cruzar las llamas que salían del segundo apartamento. Había reconocido la mirada aterrorizada de Tine, que huía bajo una manta, penetrando el muro de humo y fuego como un dedo que atraviesa una vela encendida. La vio bajar corriendo los primeros tramos de escalera, todavía ilesa. No se preguntó siquiera si había tratado de salvar a alguien además de a sí misma. No podía malgastar su energía en razonamientos, tenía que conservarla intacta para correr en la dirección contraria a Tine: escaleras arriba.

Lo que despertó a Naima no fue la explosión, los cristales de la ventana de la planta inferior haciéndose añicos. Fue el humo, un calor inesperado que la envolvió como un manto.

Sus gestos se volvieron bruscos de pronto, y, con un golpe involuntario, la silla de ruedas fue a parar lejos de la cama.

Intentó llamar a Gerard, pero en lugar de palabras de su boca sólo salieron accesos de tos.

Mientras reptaba hacia la puerta, clavando los codos en el suelo como un soldado en una trinchera, se preguntó cómo alcanzaría el pomo. Y si podría ver una vez más el rostro de su hijo, para decirle todo aquello que nunca había sabido cómo decirle.

Ahora que ese humo lo volvía todo tan borroso, cada muro, cada zanja, cada bastión erigido para un asedio durante más de veinte años, todo le pareció de pronto muy inútil y vano. Le habría bastado verlo un instante más. Sólo para transmitirle que su desconfianza provenía sobre todo de un amor sin límites que ella tal vez nunca había sabido demostrar ni gestionar. Lo había dejado demasiado tiempo en una trinchera que en ese momento había perdido toda razón de existir. Porque, aunque Bastien hubiera crecido y se hubiera alejado, en algún lugar de esa ciudad, detrás de esas llamas, seguía siendo su niño.

Hulya llegó bajo la ventana de Polina sin saber siquiera que era la suya, sin dejar de barrer con la mirada todas las demás ventanas de la segunda planta. A la vez, observaba las llamas que salían por una de las del centro y se extendían rápidamente hacia arriba. Ya habían subido una planta y estaban lamiendo la última. Hulya rezó por que el apartamento que estaba ya totalmente invadido por el fuego no fuera el de Polina.

El hombre al que le había dado el móvil y con el que había cruzado el puente había desaparecido dentro del portal. Hulya estaba ahí sola, paralizada, sin saber qué hacer.

Había algo en el alféizar de la ventana abierta justo encima de su cabeza, junto a la que escupía llamas. Parecía una caja azul, un gran contenedor o algo similar. Si hubiera tenido la capota levantada, habría tenido la forma inconfundible de un cochecito de bebé y Hulya lo habría reconocido. Y si no hubiera habido viento y el corazón no le hubiera retumbado en los oídos de ese modo, Hulya podría haber oído también los gimoteos de Janis, agudos y continuos, que venían justo de la dirección en la que ella estaba mirando.

Un ruido sordo procedente del portal le hizo distraer un instante la atención de la ventana. El hombre se había asomado para llamarla:

—¡Llegarán enseguida! —Se refería a los bomberos—. Tú quédate ahí, es demasiado peligroso, ¡hay humo por todas partes!

Mientras tanto Polina había extendido en el suelo las toallas mojadas y las mantas y había cogido en brazos a Janis, que no dejaba de llorar, como cuando estaba exhausto pero no quería abandonarse al sueño. Era la primera vez desde que lo había traído al mundo que le rogaba que siguiera llorando, que no se quedara dormido.

Tenían que atravesar el fuego, pensó Polina mientras empezaba a envolverlo en las toallas, preguntándose cuánto tiempo aguantaría aún.

«Por favor, sigue respirando.» Le tapó la carita con la manta, ocultando sus rasgos tan borrosos e imprecisos aún, como los de un pequeño feto recién salido del cascarón.

Era el suyo, su pequeño feto, que durante nueve meses le había hecho pasar por un infierno. Esa reacción interior a la que no había sabido poner nombre, que la había mantenido postrada en cama y le había hecho cruzar la calle con más prudencia, controlar las fechas de caducidad, los principios activos y los conservantes, de repente lo veía muy claro. Sólo ahora, en la locura

inconcebible del momento que estaba viviendo, se daba cuenta de lo que había sido; era el mismo instinto que ahora le hacía envolver a Janis en un sudario de mantas y toallas mojadas, y que si hubiera tenido voz habría dicho: «Quiero que vivas».

Mientras inspiraba una última bocanada de aire de la ventana, reparó en que justo allí abajo, en la calle, más allá de los soportales, había alguien. Un sollozo de esperanza le estalló entre los dientes. «¡Socorro!», empezó a gritar para llamar su atención, y en su mente se abrió paso una alternativa. La única que de verdad pudiera representar, para Janis, una posibilidad de salvación.

Tras desprenderse del abrigo devorado por las llamas, a cada escalón que subía Bastien pensaba que sería más difícil bajar. Cuando vio abierta la puerta de la casa, un sobresalto en el pecho le vació por completo los pulmones y una imagen del pasado ocupó su mente.

Esa misma puerta se abría, y su madre volvía del hospital encorvada sobre una silla de ruedas. Bastien era poco más que un niño y la miraba sin comprender. Parecía haber... empequeñecido. Su padre decía: «Mamá nos necesita», y él sentía caerle encima el peso de Naima, con la silla, la casa, el techo, el cielo y el universo entero. No debería haberla hecho enfadar, murmuraba, desobedecer de esa manera. Debería haber hecho los deberes. Toda la culpa era suya.

En el dormitorio, Naima intentaba levantarse del suelo con cada fibra de su ser, apelando a cualquier resto de sensibilidad y de energía que le quedara aún en la parte inferior del cuerpo. Pero el monóxido de carbono le presionaba las sienes, haciendo girar el cuarto a su alrededor, hasta doblarla en dos en un conato de vómito. Cada segundo que pasaba, el pomo de la puerta estaba más lejos. Naima se sentía a punto de rendirse.

Entonces, de golpe, la puerta se abrió hacia fuera, y ante sus ojos aparecieron unos zapatos negros de hombre.

La llamaba la voz de su hijo, Bastien. «Dios mío, no es posible.» Era de verdad él, y se inclinaba sobre ella para cogerla en brazos. Exhaló un suspiro que era como un soplo, le pareció pesar menos que una pluma.

Juntos cruzaron corriendo el pasillo y el salón. En la penumbra densa de humo, Naima buscaba a su marido. Creyó reconocer una silueta oscura tendida en el suelo. «¡Ayuda a tu padre!», habría querido gritarle a Bastien, pero de su garganta salió sólo un estertor.

Bastien se precipitó al rellano. Con Naima en brazos, abrió de un empujón la ventana que había nada más cruzar la puerta y apoyó a su madre sobre el alféizar para que tomara aire antes de

disponerse a bajar. Necesitaban mantas mojadas. Las llamas estaban ya a mitad de la escalera. No muy lejos se oyó un estallido, como un rugido que alimentó el calor.

Hulya reconoció el rostro de Polina en la ventana, después vio una esfera de mantas sobre el alféizar, y sus brazos que se agitaban mientras le gritaban algo incomprensible.

La vio quedarse quieta de pronto, demorarse en una expresión de desconfianza mientras la miraba fijamente a los ojos. Hulya entendió que la había reconocido. En ese preciso momento entendió también todo lo demás. No eran sólo mantas lo que Polina estaba meditando si arrojar o no por la ventana.

Hulya levantó los brazos y empezó a agitarlos ella también para alentarla.

«No soy una chica cualquiera —trataba de decirle con la mirada—. Puedo conseguirlo, Polina. Soy la número 11, un ala. Sé lo que tienes en brazos. Sé que envuelto en esas mantas está todo tu mundo. Tienes que confiar en mí.»

Entonces la esfera cayó, parecía una avalancha. Ella estaba sola abajo, conteniendo la respiración, se colocó en posición y cerró los ojos para prepararse para el impacto.

Le cayó encima y, sorprendentemente, se le encajó entre los brazos.

Era suyo. No debía dejarlo caer, sólo defenderlo.

De pronto la asaltó una urgencia aún mayor.

Agitó las mantas, buscando el extremo de la madeja, el punto desde el que empezar a desenrollar esa masa de tela, hirviente y sin forma. Le temblaban las manos, tenía calambres en los brazos. Y entonces lo encontró, encontró el hueco donde hundir los dedos, que se abrieron camino entre el algodón mojado por ese útero de tela, mientras el corazón seguía creciéndole y latiéndole en cada parte del cuerpo.

Hasta que asomó un trozo de carne, algo húmedo y caliente. Cabellos finos y claros, una cabecita minúscula, unas manos más pequeñas todavía. «Por favor, que siga vivo.» Lo sacó del envoltorio: un recién nacido inmóvil, con los ojos cerrados.

Cuando se disponía a sacudirlo, se oyó un ruido violento que provenía de las ventanas sobre sus cabezas. Una viga se había desprendido del techo y al derrumbarse había originado una columna de fuego en la ventana del incendio, haciendo desaparecer de pronto el rostro de Polina en el alféizar.

Fue cuestión de segundos, Hulya volvió a la pequeña vida que tenía en los brazos, mojada y expuesta al frío de la noche, la estrechó contra sí, buscando con la boca los minúsculos labios. No sabía bien qué hacer, pero sentía que debía intentar soplar en su interior. Gestos instintivos, sin manuales, destellos de conocimiento adquiridos quién sabe dónde. «Por favor, respira...»

Quizá fuera el estallido en el piso de abajo lo que sacó a Alice del sueño. O las sirenas de los bomberos. La sensación de que en el cielo en el que vagaba no quedaba aire y que en vez de volar había empezado a flotar en un cieno cada vez más denso, sin una superficie a la que emerger.

Sea como fuere, abrió los ojos y se encontró en una niebla sofocante; la lámpara de la mesilla de noche ya no funcionaba.

Tosiendo, llegó hasta la ventana. La abrió de par en par y se asomó para tomar aire, pero enseguida la asaltaron bocanadas de humo hirviendo. Miró abajo: en la calle, un grupo de personas se acercaba a los soportales, allí donde estaban las tiendas. Reconoció también los camiones de bomberos.

A su izquierda se levantaban lenguas de fuego hasta cubrir casi por completo la ventana del vecino. Le quemaba la cara. Soplaban viento, era mejor cerrar esa ventana.

Se abrió camino en la penumbra y volvió a la mesilla de noche para coger el móvil.

Los instantes que tardó la pantalla en iluminarse le parecieron eternos. Por culpa de los nervios, se equivocó marcando el código, el teléfono vibró entre sus manos para señalarle el error; Alice tecleó de nuevo los números hasta que el aparato aceptó la combinación.

«Una llamada perdida, Matthias.»

Ni siquiera le dio tiempo a comprender. Alumbrándose con la linterna del móvil, levantó la manga y se la presionó contra la nariz y la boca. Era todo tan irreal...

Llegó hasta la puerta y la abrió.

Había mucho humo también en el rellano, que estaba sumido en una oscuridad total.

—¡Matthias! —se puso a gritar, pero su voz sonó ronca, rota. Tenía que ir hasta la ventana del baño para llamar la atención de los bomberos y convencerse así de que encontrarían la manera de salvarla.

Abrió los grifos y arrojó las toallas en el lavabo. En un gesto instintivo, puso el tapón del desagüe, dejando el grifo abierto. El ventanuco de encima del váter estaba lejos de las llamas pero daba a la acera con las vallas de obra, donde habían abierto un agujero en la calle para arreglar las cañerías. Se asomó, agitando la toalla del bidé, que aún estaba seca. Volvió a gritar:

—¡Socorro!

«Respira. Son cuatro plantas.»

Estaba encerrada en el baño. En una trampa quizá. Pero alguien subiría hasta allí arriba para sacarla, no podía dejar de repetírselo para convencerse.

A miles de kilómetros de distancia, Silvana se llevó una mano al corazón, cerrándola como una garra. Había notado un parpadeo repentino que la había dejado sin respiración. Y justo después, una gota de sudor frío le había resbalado desde la sien hasta la mejilla, mientras le preparaba la cuenta a un cliente, sentada a la mesita de las reservas junto a la cocina.

Inexplicablemente, se le ocurrió mirar el teléfono fijo colgado en la pared. El mismo del cable en espiral por el que su padre llamaba a su madre para decirle las cantidades de ingredientes para la pasta. Y volvió a notar la misma sensación helada, el mismo temblor en el corazón.

Alice estaba tratando de llamarla. Necesitaba su voz, no la de la Silvana niña ni la de su padre. Quería la voz de su madre.

Pero el teléfono estaba apagado.

Contuvo las lágrimas mientras hundía el rostro en las ráfagas de viento que la asaltaban por el ventanuco del baño. Los bomberos estaban levantando una escalera antincendios; le parecía demasiado corta, y el camión, visto desde arriba, también minúsculo e inadecuado; además, las vallas de la obra reducían los márgenes de maniobra que habrían permitido al equipo de bomberos acercarse a la fachada del edificio.

Alice tenía miedo. Un terror ciego, absoluto, que le hizo prorrumpir en llanto, en una serie de sollozos convulsos.

Ya no era capaz de pensar, miraba a su alrededor como una presa sin escapatoria. Lo reconoció entre las lágrimas: el cuaderno de su madre en lo alto de la pila de revistas amontonadas en el baño. El cuaderno que le había hecho compañía en esos últimos seis meses.

De entre todas las acciones que podría haber emprendido eligió aquella en apariencia más inútil. Tomó el cuaderno, recogió el bolígrafo, que había caído al suelo, y volvió al alféizar.

Ruego a quienquiera que encuentre este cuaderno lo devuelva a esta dirección: Silvana Ruffini. Vía Treves-Segré, 5, Tivoli. +39 0774 3567461.

Mamá, te quiero mucho,

ALICE

Escribió deprisa, con los dedos temblorosos, tropezando en cada letra. Rezó por que el breve mensaje resultara comprensible. Después, con las fuerzas que le quedaban, lanzó el cuaderno lo más lejos que pudo, esperando que no lo alcanzaran las llamas, que no acabara en las aguas del Sprea, que no se perdiera. Lo lanzó como se lanza una esperanza al vacío, sin comprobar siquiera adónde va a parar.

Exhausta, metió la mano y volvió a coger la toalla blanca, agitándola en la noche.

Matthias seguía respirando con dificultad, envuelto en un calor insoportable, con la sensación de que cada parte del cuerpo se le estaba arrugando, replegándose sobre sí misma. Vio al chico de rasgos árabes que le había salvado la vida desaparecer detrás de la cortina de llamas y, justo después, otras dos personas salieron de esas mismas llamas. Luego hubo una segunda explosión. Cayó algo del techo del apartamento en el que se había originado el incendio. Una sacudida general hizo temblar el edificio entero. Las llamas crecieron, y Matthias tuvo que arrastrarse hasta los escalones para que no lo alcanzaran. Se sentía cada vez más débil y tenía que luchar para no perder la conciencia. Pensó que ni ese joven ni Alice, y quizá tampoco él, podrían salir de allí indemnes.

Justo cuando creía que la muerte estaba muy cerca, oyó pasos que se acercaban: botas pesadas, uniformes de tejido técnico, una mascarilla que le cubrió la nariz y la boca y manos con fuerza para levantarlo.

Se vio boca abajo, aupado a un hombro robusto que lo sacaba de allí.

En la calle, junto al portal, había un coche blanco y verde de la policía, varios camiones de bomberos y una ambulancia. Querían tumbarlo en una camilla, pero Matthias opuso resistencia. «Mi novia», murmuró varias veces con un hilo de voz, señalando hacia arriba. Y cuanto más volvía el oxígeno a llenarle los pulmones, más insistía él en que lo dejaran en paz, quería llegar hasta ella. Que alguien la sacara de allí. «Que alguien la ayude.»

Logró zafarse en parte de las manos que buscaban retenerlo sobre la camilla y señaló las dos ventanas de su apartamento, las que estaban junto a las espirales de llamas que subían por el centro del edificio. La más pequeña y alejada de las llamas era la del baño, en perpendicular a las obras de la calle. «Hay una mano que agita algo, ¿alcanzáis a verla? ¡Es ella! ¡Sí, es ella! ¡Sacadla de ahí, por favor!»

Alice sollozaba y respiraba por turnos. Miraba fuera. Veía moverse la escalera antiincendios. «Si no estuvieran las obras —se repitió—, si las llamas no hubieran llegado hasta aquí arriba...»

Temía que no consiguieran subir hasta allí. Y una parte de sí misma lo sabía, por eso no podía dejar de llorar.

Tenía el teléfono aferrado entre los dedos y había recuperado algo de energía, arrancándosela a los nervios iniciales.

Alice pensó en llamar al restaurante, pero desistió, pues imaginó el jaleo propio de las noches de los viernes; sabía que nadie contestaría. Lo intentó con su padre.

—Alice.

—Papá..., papá..., por favor... —Tosió y sollozó, tratando de recuperar la respiración. No había mucho tiempo, necesitaba hablar, pronunciar las palabras, hacerse comprender. Tenía que ser fuerte y no llorar.

—¿Qué ocurre, Alice?

—Papá... —Volvió a toser—. Pásame a mamá, por favor.

—Pero ¿qué ocurre?

—Por favor... —Le quemaba la garganta, tragaba y escupía—. La necesito.

Cuando Franco llegó hasta su mujer estaba pálido, con la mirada totalmente vacía. Sólo de oír nombrar a Alice, Silvana se puso rígida. Seguía enfadada. Pero algo en la expresión de su marido la asustó, haciéndole olvidar al instante cualquier sentimiento tonto de agravio personal.

La asaltó la ansiedad, deformando la realidad. Cuando cogió el móvil, le pareció que ardía. Volvió a notar esa sensación helada que le corría por la espalda, pero, en las manos, fuego.

—Alice, ¿qué ocurre?

Alice sollozaba.

—Mamá...

—¿Dónde estás?

—En el baño. Fuera hay un incendio. No sé... —Tosió, le era muy difícil articular las palabras — si podrán sacarme de aquí.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Dónde estás?

—En casa de un amigo. El edificio se ha incendiado... —Tosió de nuevo, volvió a tragar y a escupir—. Estoy encerrada en el baño.

Los ojos de Silvana se dilataron de horror y se llenaron de lágrimas.

—Pero ¿qué dices? Alice, amor mío. Explícame qué está pasando.

Se levantó de un salto, cruzó las mesas y llegó a la puerta de la calle, seguida de Franco. Los pocos clientes que quedaban a esa hora callaron de pronto. Giulio, la tía, la prima y Raj salieron de la cocina. Todo se detuvo.

—No, mamá. No hay tiempo... —Alice tenía las paredes de la garganta abrasadas por el humo—. No puedes hacer nada. Te quiero..., te quiero tanto... He llamado para decírtelo.

—Alice, para.

—No puedo, mamá. Ojalá, ojalá —volvió a toser—, pero no puedo. Porque sé que sufrirás, y no consigo pensar. —Sollozaba de nuevo—. He sido obediente..., he escrito en el cuaderno, mamá..., pero de otra manera... —la garganta en llamas, la voz cada vez más débil—, distinta de como pensaba que tú esperabas..., pero... pero estoy en paz... —Tosió, no podía dejar de toser—. Yo confío en ti. ¿Tú confías en mí, mamá?

—Alice, por favor, para... —Silvana lloraba, y nadie a su alrededor se atrevía a respirar—. No digas eso, estoy aquí, dime qué puedo hacer... Explícame bien dónde estás... ¡Tenemos que llamar a alguien, dime dónde estás!

—No puedes hacer nada... —La interrumpió el enésimo golpe de tos. Por un instante, Alice se asombró de su propia respiración, semejante a la de una anciana asmática. Luego prosiguió—: No

puedes hacer nada. Sólo prométeme que harás todo lo posible... para volver a ser la niña del cuaderno... y para no tener más miedo...

—Pero ¿qué dices, Alice?

Volvió a toser:

—Mamá..., mamá, ahora tengo que decirte adiós... Pero tú —su voz no era más que un soplo—, tú me lo tienes que prometer..., yo haré mi parte. No lamentes nada, prométemelo. Sólo puedo darte las gracias... Basta de sacrificios..., basta, mamá.

—Alice, por favor, para, me estás matando...

Un soplo de voz cada vez más lejano:

—Mamá, no me queda tiempo, prométemelo y ya está.

—De acuerdo, te lo prometo. —Silvana lo repitió, casi como si las palabras pudieran tener un poder salvífico—. Prometido, prometido, amor mío.

Alice colgó el teléfono. Estaba agotada. Los golpes de tos eran cada vez más frecuentes y convulsos. Se asomó a la ventana y trató de concentrarse entera en un último grito.

—¡Socorro! —gritó con la poca voz que le quedaba, mientras la cabeza le daba vueltas dolorosamente y sentía vértigos y náuseas.

Dos bomberos habían conseguido llegar hasta su planta y acababan de cruzar el umbral de su apartamento abierto. Ahora trataban de orientarse en el interior para encontrarla.

Mientras en el suelo del baño el móvil de Alice vibraba con la palabra «Papá» destellando en la pantalla, ella miraba fijamente uno de los camiones de bomberos bajo la ventana. Intentó anclarse a algo que le diera equilibrio. Intentó anclarse a todas esas maniobras de socorro, como quien se ancla a una esperanza, con los brazos aferrados al alféizar, mientras sus rodillas iban cediendo, hasta doblarse y caer al suelo.

Ahora podía susurrar «Adiós, mundo» y cerrar los ojos, abandonarse por fin, dejar de oponer resistencia.

Dicen que el último sentido en apagarse cuando uno muere es el oído.

En el momento en que en el 3B la viga de madera más próxima a la ventana se desprendió del techo, se derrumbó también una parte de la viga justo encima de la cabeza de Polina.

Ella estaba mirando abajo, a la calle, a su hijo que caía envuelto en un capullo de toallas y mantas. Había decidido confiar en aquella chica. La empleada del colmado, la de la nube de cabello oscuro. ¿Cómo podría apañárselas una chica tan joven? Pero Polina no había tenido elección. Y Janis había caído hacia esa chica, que se había quedado allí, con los brazos abiertos, inmóvil y preparada para recibirlo. Había conseguido agarrarlo milagrosamente. Justo después Polina había sentido que un peso le aplastaba la espalda y que su rostro rozaba la pared del alféizar, hasta aterrizar en el suelo.

Un polvo pesado se había abierto paso en lo que le quedaba de respiración. Una descarga de adrenalina, su corazón había perdido el ritmo de los latidos. La presión arterial se había abandonado a un último arranque antes de aplacarse del todo.

El oído, sin embargo, había permanecido a la espera. De ese único sonido que le interesaba en el mundo.

En la calle, Hulya mantenía a Janis oculto contra su pecho, bajo el abrigo, como si fuera un secreto. Le cerró las minúsculas fosas nasales para soplarle aire en la boca, dos paréntesis de carne húmeda y rosa. Hasta que le estalló encima un primer gimoteo. Seguido de otro y otro más.

Janis volvió a moverse. Y todo en Hulya y en torno a Hulya volvió a fluir: la sangre en las venas, las lágrimas que le brotaban abundantes, las sirenas de los bomberos que sonaban cada vez más cerca.

Sólo entonces dejó de atender el oído de Polina. Había logrado reconocer y aislar el llanto, asustado pero vivo, de su hijo entre todos los demás sonidos a su alrededor. Y cuando llegó hasta ella, empujado por el viento, sus labios dibujaron una leve sonrisa.

Aplastada bajo una viga, envuelta en una nube de polvo y de humo, sin apenas vida en el cuerpo, Polina sonreía.

Estaba en el centro de un escenario. Lo reconoció enseguida, era el teatro de Riga, que había

recuperado su antiguo esplendor: los años de Wagner, Erdman, Grubert y Kramer. Las butacas de terciopelo rojo de los palcos, los oropeles, los ángeles en bajorrelieve, las lámparas doradas que colgaban de las paredes como campanillas. El rojo fuego de la escena, la platea completamente vacía. Ningún juez, ningún espectador. Polina, sin embargo, vestía su traje: era Odile con su tutú negro que ponía de manifiesto el carácter hechicero y diabólico del personaje. Una diadema de brillantes le ceñía ligera las sienes, y ella también se sentía ligera, como nunca antes. Sentía su cuerpo esculpido, más aún que los meses de máximo vigor. El llanto de Janis había dejado paso a las notas de un violín. La música de Chaikovski la invitaba a voluptuosas y funámbulas variaciones. Debía vencer a Sigfrido, alejarlo de Odette.

Las *arabesques fouettées* nunca le habían salido tan fluidas. El impulso era equilibrado en los treinta y dos giros realizados *en dedans*. La pierna libre del peso del cuerpo describía un semicírculo con la punta, iniciándolo detrás y culminándolo delante, sin fallo alguno. Ni un sonido cuando tocó el suelo, ni el más leve ruido. No había dolor ni traba, ninguna orden impartida desde arriba, ni de Nadja, su maestra de niña, ni de su familia. Era sólo su cuerpo bailando. Como la respiración: natural, involuntaria. La mente libre de cualquier expectativa, de cualquier prejuicio. El corazón henchido de felicidad y orgullo. Estaba bailando para sí misma, y en ese momento comprendió que la danza había sido elección suya, suya sólo, la razón por la que había venido al mundo.

Cuando la música cesó, Polina se inmovilizó en una postura final que era el digno broche de una ejecución perfecta. Aunque el teatro estaba completamente vacío, lo llenó un único aplauso, como si el sonido se hubiera amplificado.

Buscó entre las butacas vacías el origen de ese aplauso. Y lo encontró.

Había un joven de pie en el primer palco lateral a su izquierda. Le sonreía, y ella le devolvió la sonrisa.

Antes de inclinarse en una reverencia, lo reconoció: tenía los labios finos y la sonrisa de la abuela Anita; la frente ancha de su madre; los mismos ojos distantes y los mismos hoyuelos que le recordaban el rostro de su padre. El cabello le caía largo y ligero sobre los hombros, con algún matiz rojizo. Con su tez clara, era alto y guapo.

Polina no necesitaba presentaciones ni que nadie le recordara su nombre. Sabía perfectamente quién era el joven. El que veía detrás del balaústre del palco era el rostro adulto de su hijo. El hijo que había traído dos veces al mundo; una al alumbrarlo, y otra al arrojarlo por la ventana.

El rostro de Janis.

A Hulya le costó separarse del bebé que tenía en brazos, de sus muecas atormentadas, contraídas por el llanto. Como le habría costado a una madre separarse tras el parto, pensó. «Como debió de costarle a Polina hace un par de meses.» Pero sus brazos no opusieron resistencia a los sanitarios que lo envolvieron en una manta plateada. Janis desapareció en un sudario de cuerpos y fue

trasladado deprisa a una ambulancia. Hulya se agachó sobre el asfalto, rechazando asistencia. Tal vez si hubiera parido se habría sentido menos exhausta que en ese momento.

A su alrededor, sólo imágenes de peligro y conmoción. Si hubiera llevado encima el móvil, si no hubiera desaparecido con el hombre que había sido el primero en llamar a los bomberos, no lo habría utilizado para filmar nada.

No había nada que recordar en esa noche. Nada que no se le hubiera quedado grabado ya en el corazón.

Mientras miraba fijamente la ventana de Polina, que había empezado a escupir llamas, las lágrimas volvieron a bañarle el rostro.

Seguro que Polina no había encontrado su regalo, el pequeño peluche reducido ya a un puñado de cenizas. Ni tampoco la nota que Hulya le había escrito. Nunca sabría cuánto había significado para ella.

A unos metros de distancia, también Matthias miraba una ventana. Ya no veía la cabeza de Alice, su mano agitando el paño blanco. No le quedaban fuerzas para rebelarse contra la camilla en la que lo habían tendido, mientras lo levantaban y lo metían en una ambulancia.

Pensó en el primer beso que se habían dado delante del muro de Asís, cuando le había hablado de las escenas madre.

Ahora sabía en torno a qué imagen giraría el resto de sus días. Una ventana vacía. Donde antes había una mano. La mano de una mujer. La mujer a la que amaba.

Si Bastien hubiera tenido tiempo de pensar y de volver con la mente a su videojuego, el fantasma de Mr. Mack le habría hecho una pregunta muy simple: «Entre la salvación y tú hay tres tramos de escalera amenazados por las llamas. ¿Cuántas probabilidades tienes de atravesarlos solo? Una entre mil. ¿Y cuántas con tu madre en brazos? Una entre un millón». Pero la situación en la que se encontraba Bastien no era un videojuego donde los monstruos te asaltan sólo después de haber pulsado *Start*. Su monstruo era una fuerza ciega y destructora que no dejaba espacio a los razonamientos.

Su madre había conservado la lucidez, pues cuando Bastien volvió a la ventana del rellano con dos mantas en la mano, dispuesto a cogerla en brazos, encontró a Naima acurrucada en un rincón. Tenía la mirada fija en las llamas que avanzaban.

Había hecho sus cálculos. Con un hilo de voz, le suplicó:

—Déjame aquí, soy un lastre para ti.

Pero Bastien no la escuchó. La envolvió en la manta y se la cargó al hombro. Los brazos de

Naima se aferraron a él con toda la fuerza que le quedaba.

Bastien oyó un gemido a su espalda un momento antes de empezar a bajar.

Dicen también que el tiempo sólo puede ir hacia delante, pero en el momento en que Alice perdió el sentido y resbaló sobre los azulejos del baño de Matthias, golpeándose la sien contra el bidé, su tiempo, de pronto, volvió atrás.

Cuando los bomberos abrieron la puerta del baño, encontraron a Alice tendida en el suelo, pero ella ya no estaba entre esas paredes. Estaba en su habitación de la vía Treves-Segré, 5, en Tívoli.

En la habitación había un póster de Giovanni Allevi, que le gustaba cuando tenía quince años. Recordaba perfectamente el día en que su madre le había pedido que lo quitara para darle al cuarto un aspecto más adulto. En el apartamento en el que estaba, exceptuando la reproducción del cuadro flamenco de Pieter Brueghel el Viejo que plasma la torre de Babel en toda su inútil y trabajosa laboriosidad, las paredes estaban llenas todavía de adolescencia.

De repente, como si ésa ya no fuera una habitación, sino la fotografía de una habitación que ocupaba la visual entera de Alice, los perfiles empezaron a arder, como habrían ardido los bordes de una fotografía, y la visual empezó a restringirse cada vez más.

El último fragmento que se tragaron esos labios de cenizas y llamas fue la torre. Ardió más despacio que el resto, dejando a su alrededor un espacio totalmente blanco.

Inmersa en el vacío cegador que quedaba, Alice ya no temblaba.

Estaba sentada en un banco. Y ahora que lo observaba con más atención alcanzaba a reconocerlo: el banco del museo de Pérgamo. El de la sala donde está la Puerta de Babilonia. Alzó la mirada y se encontró delante la gigantesca puerta azul, engastada en el espacio blanco.

Llevaba puestos los auriculares de la audioguía, y la acogió la voz de su padre, cálida y reconfortante.

—¿Recuerdas, Alice, cuando te dije que la muerte es un umbral que cruzamos desnudos?

Ella asintió. El tono de Franco era tan tranquilizador que no había razón para preocuparse.

—No, no hay ninguna razón. —Ahora era su madre quien le respondía—. Ten valor, Alice.

Alice se levantó. Ya no llevaba nada encima, también los auriculares habían desaparecido. Pero la voz de su madre seguía infundiéndole valor. Mientras tanto, ella avanzaba, despacio, hasta cruzar el umbral. Sentía como si una mano rodeara la suya. Una mano grande y cálida, como la de su madre, que la acompañaba hacia la luz.

Por el umbral del portal del edificio en llamas asomó, tras una nube de humo, un joven que cargaba al hombro a una anciana. Los bomberos corrieron hacia él. La mujer, que se había desmayado, tenía quemaduras, quizá graves, y también el joven estaba herido, pero aún se tenía en pie.

Mientras los separaban, uno de los coordinadores de los bomberos avanzó hacia ellos:

—¿Hay alguien más en su apartamento?

El joven observaba el cuerpo de la anciana sujeto por manos desconocidas, el vestido rosa que se había vuelto gris, el cabello despeinado, semejante a hebras de rafia. Un brazo cayó fuera de la camilla, y alguien se agachó para devolverlo a su sitio. Él sintió un desmayo. Lo tendieron a su vez en otra camilla, y en ese momento, con voz átona, como si hablara consigo mismo, dijo:

—No hay nadie más. Soy Bastien Bertrand, y esa mujer es Naima Bertrand, mi madre. Ha vivido con mi padre en la tercera planta, en el apartamento 4C, durante más de treinta años. Él...

—Entonces, como si fuera lo más natural, pronunció las cinco palabras que se le habían quedado atascadas dentro durante demasiado tiempo—: Papá murió hace seis meses.

Tercera parte

Cuando el incendio termina de afectar a todo el material combustible, se inicia la fase de descenso de la temperatura, conocido también como fase de extinción.

23 de marzo
Un año después
8.52 horas

Alice

En un hotel del Mitte, Franco abre los ojos. La habitación en la que se aloja con su mujer le causa ahora la misma impresión que la noche anterior: elegante pero sobria, es un poco como de hospital, con esos tonos neutros y apagados.

La cabeza de Silvana sigue abandonada sobre la almohada. La luz de la mañana se filtra por la trama de la tela e ilumina las mejillas de su mujer, excavadas por la delgadez y surcadas de finas arrugas. También las facciones se le han afilado, como los dedos de las manos. Ha vuelto al peso que tenía de joven, piensa Franco, antes de los hijos, de la casa y del restaurante, cuando lo único que le pesaba sobre los hombros era una mochila llena de libros.

Ha vuelto esa muchacha, pero envejecida de golpe.

También la mirada de Franco ha cambiado. Sus ojos se han vuelto cómplices en el terror de permanecer ajenos. Ojos que se anclan a la pena de Silvana como a un fondo conocido, tan semejante al suyo, pero con grietas que se abren a abismos que Franco nunca podría alcanzar ni aunque quisiera. Porque Silvana, que siempre ha sido tan sólida e inamovible, incluso cuando era una muchacha de apenas dieciséis años, hoy se mueve en equilibrio sobre el borde de un precipicio. A veces su mirada se vacía por completo, y entonces Franco intuye que está mirando abajo.

Busca su mano bajo las sábanas y entrelaza los dedos con los suyos delicadamente; un movimiento lento, quirúrgico, subdividido en gestos mínimos e imperceptibles. No quiere que se despierte antes de tiempo, pero cuando eso ocurra, quiere que lo haga así: con su mano en la suya.

Su antiguo pequeño ritual.

Cuando Silvana estaba embarazada de Alice, Franco y ella se daban la mano todas las noches antes de dormirse. Y todas las mañanas al despertar, antes casi de volver a abrir los ojos, se buscaban entre las sábanas y volvían a entrelazar los dedos. Era una manera de infundirse valor ante la revolución que habría de poner patas arriba sus jovencísimas vidas.

En cierto modo, han retrocedido en el tiempo. Si durante tantos años esas manos se habían

dormido cansadas y distraídas, y al despertar estaban llenas sólo de propósitos prácticos con los que afrontar la vida, en un momento dado se convirtieron en las manos vacías de dos personas que no sabían qué esperar del amanecer de un nuevo día. Porque había ocurrido una segunda revolución, que los había reducido a cenizas. Cenizas que andaban, comían y seguían regentando el restaurante y pagando las facturas y a los proveedores, pero cenizas pese a todo.

Hasta que unos meses atrás, de repente, como al inicio de su relación, esas manos habían vuelto a rozarse, puntuales cada mañana; quizá para infundirse valor o para recordarse que seguían siendo manos.

Silvana se mueve en sueños, y Franco se vuelve hacia ella; le aprieta la mano con más fuerza, atrayéndola casi hacia sí, como para sujetarla en su caída.

En tiempos, era Silvana su sostén, su guía. Le bastaba un gesto con la cabeza para calmar todas las ansias de Franco o para redimensionar su ego cada vez que se sumía en algún pensamiento asfixiante. Sus amigos decían que lo gobernaba desde los años de instituto, que hacía con él lo que quería, con una severidad demasiado maternal, pero nadie, ni siquiera sus hijos, conocía el poder salvífico de ciertos abrazos, la ternura de los momentos en que Silvana se abandonaba, lo acogía en sí y lo alzaba casi del suelo como si quisiera protegerlo del resto del mundo.

Incluso ahora que se ha vuelto reticente a cualquier contacto físico —porque en cada abrazo buscaría a su hija, le confió una noche—, mediante su mero existir sigue infundiéndole valor. Como si su nueva fragilidad definiera para su marido una tarea que cumplir, como si estuviera dando una forma imprevista al paso del tiempo.

Cada vez que Silvana se queda en silencio, atterradoramente tranquila, Franco se mueve a su alrededor como si fuera algo sagrado, como si manejara una preciada reliquia, como diciéndole: «No te vayas, te lo suplico, quédate conmigo, quédate con Giulio». Es casi una misión de la que se considera investido; cree tener un propósito, y de alguna manera eso le hace sentirse vivo.

En realidad, no ha tenido elección.

Cuando Alice se fue, dejándolos con un dolor que se atascaba en todas partes y se negaba a disiparse entre los pliegues de las tareas cotidianas, Franco tuvo que hacer un pacto con la realidad. Aceptar lo imposible, resignarse a la muerte de su hija. Ser él, por una vez, aquel en quien apoyarse, aquel que señalara el camino que recorrer.

Para Silvana fue más difícil, estuvo mucho tiempo prisionera de un limbo habitado sólo por la negación: «No era Alice. No estaba allí, esa noche estaba en la residencia. La chica que nos habló por teléfono era una alucinación. Ese edificio de Berlín se incendió, sí, son cosas que pasan, pero Alice no estaba allí cuando ocurrió. Una chica entre tantas murió así, pero no Alice, desde luego».

Lo que la liberó, al final, no fue Franco, sino un cuaderno. El que le había regalado a Alice antes

de marcharse a Berlín.

Habían transcurrido ocho meses desde la noche del incendio. Cuando sonó el teléfono del restaurante, una tarde larga y fría, respondió Silvana. En cuanto oyó al otro lado de la línea la voz de un hombre que hablaba inglés con acento alemán, se dejó caer sobre una silla. El tono grave y las largas pausas le hicieron intuir enseguida que no se trataba de una llamada para reservar mesa. Llamó a Franco con un gesto para que se sentara a su lado.

El hombre le explicó que había encontrado el cuaderno por casualidad y que había decidido responder a la súplica que su dueño había escrito en la primera página; una súplica que, traducida en su lengua, decía:

Ruego a quienquiera que encuentre este cuaderno lo devuelva a esta dirección: Silvana Ruffini. Vía Treves-Segré, 5, Tivoli. +39 0774 3567461.

Mamá, te quiero mucho,

Alice

Silvana lo esperó durante tres larguísimos días, alternando momentos de ausencia con otros de febril actividad, y cuando por fin llegó se precipitó sobre él con tal frenesí que nadie podría haberla apartado de sus páginas.

Franco tuvo la reacción opuesta. Por mucha curiosidad que le suscitara su contenido, mantenía el cuaderno a distancia, pues no estaba del todo seguro de querer adentrarse entre las palabras de Alice, como sí hacía en cambio su mujer, que parecía salir de cada lectura cada vez más ebria y aturdida. Lo que sentía Franco no era temor, sino más bien la sensación de hallarse ante un territorio privado que sólo les pertenecía a Silvana y a su hija y que no podía ni debía ser violado por nadie más.

Del cuaderno nunca había visto más que las tapas, sabía de las capitales rodeadas con rotulador y de los sueños de exploradora que tenía su mujer de niña, pero nunca había leído ni una sola línea. Silvana decía sentir vergüenza de sus textos infantiles y minimizaba su importancia. Sin embargo, había decidido regalárselos a Alice, como testimonio del hecho de que su relación, por irritable y conflictiva que fuera, era sólida a pesar de todo. Una entrega que había sido como un secreto entre mujeres, o una petición tardía de complicidad. Franco estaba seguro de que al principio Alice ni siquiera la había entendido del todo, porque el día de su marcha a Berlín no la había visto demasiado emocionada; le seguía la corriente a su madre, pero con una superficialidad distraída.

Tanto él como Silvana estaban convencidos de que el cuaderno había quedado destruido en el incendio. El hecho de que Alice sintiera la necesidad de que volviera a casa significaba tal vez que había decidido acoger la petición materna; ¿un gesto de reconciliación? En el fondo, en su última llamada, ¿acaso no era con Silvana con quien había sentido la urgencia de hablar, con su madre y con nadie más?

Franco no albergaba pesar por esa exclusión final. Cuando pensaba en Alice nunca lo hacía con

remordimientos ni sentimiento de culpa. Sólo tormento por no tenerla ya a su lado y por haber asistido impotente a su sufrimiento en sus últimos instantes de vida. Pero si miraba atrás, se reconocía un padre afortunado. Había confiado en ella desde el principio, incluso en sus errores. En su inatención, en su frivolidad. Silvana, al contrario, había necesitado ese cuaderno como instrumento para saldar cuentas. Esas lecturas eran un cara a cara, a veces brutal y violento, que sin embargo ella necesitaba, como un punto cero del que volver a partir.

Entonces un día, después de haber vivido con el cuaderno siempre encima como un amuleto, Silvana lo había guardado en el cajón de la mesilla de noche. Seguía haciendo las tareas de siempre, pero con un espíritu nuevo. Parecía haber emergido de una larga apnea. Una mañana había buscado la mano de Franco bajo las sábanas y se la había estrechado, haciéndole una pregunta del todo insólita en ella.

—De no haber sido por el restaurante —le preguntó con una mirada lúcida, entregada—, si no te hubiera pedido que me ayudaras, ¿qué hombre serías ahora? ¿Serías arqueólogo? Te he arrebatado tus sueños, ¿verdad?

Franco había tratado de abrazarla, pero ella se había apartado. Y entonces había intentado explicarle, con palabras sencillas, lo que siempre había pensado de la vida de ambos. No había renunciado a nada porque había encontrado en la familia todo lo que siempre había deseado. Seguir estudiando y descubriendo la historia del mundo con Alice había sido un don inesperado. Haberla tenido por hija, aunque poco tiempo, un privilegio inmenso.

Algo se había movido en Silvana, como un engranaje que con esfuerzo se había puesto a funcionar de nuevo.

Desde ese día había aceptado unirse a la asociación de padres en duelo que Franco frecuentaba desde hacía un par de meses, y hasta participar en las cenas y las reuniones en las que él encontraba consuelo.

No existe una palabra para definir a un padre que ha perdido a un hijo: cuando ocurre al contrario, uno es huérfano, cuando se pierde al marido o a la esposa uno es viudo, pero para un padre que pierde un hijo no hay ningún término. Fue lo primero de lo que se habló en el primer encuentro.

—Amputado —intervino Silvana llorando, y era la primera vez que Franco la veía abandonarse de ese modo—. Yo, al menos, me siento así. Porque cuando quien se va es un hijo, con él se va una parte de ti.

Encuentro tras encuentro, Silvana había seguido abriéndose, como si las palabras fueran piezas de un puzzle que estuviera reconstruyendo con paciencia. Palabras que poco a poco sustituían todos esos pequeños exorcismos personales, como la gestualidad neurótica y la necesidad constante de ordenar y de llenar el tiempo con cosas prácticas que le permitieran no enfrentarse a su malestar interior.

Llegó un momento en que, con el apoyo de la asociación, su familia decidió darle una sorpresa. Su hermana Paola y su sobrina Valentina, así como Giulio y su novia, reunieron dinero para

comprar billetes de avión y un bono para varios hoteles. Había llegado el momento, para Silvana y Franco, de separarse del restaurante y emprender un viaje de verdad.

Primera etapa: Berlín. Como en la clasificación escrita en las tapas del cuaderno. Empezando precisamente por los días del homenaje a las víctimas del incendio, que se celebraría ese 23 de marzo. Después, Praga, Londres, París, Lisboa, Barcelona y Viena.

Silvana había contenido la respiración unos segundos, con las manos trémulas y los ojos llenos de lágrimas, mientras jugueteaba con los billetes de avión. Los había mirado con desprecio, hasta había esbozado una risita. Pero al final había aceptado.

Se iría. Subiría a un avión.

La habían convencido las palabras de su hija en el cuaderno. No lo había conseguido Franco todos esos años, ni siquiera con sus innumerables propuestas de viaje, desde la luna de miel hasta los aniversarios y los cumpleaños. Silvana se había negado incluso a acompañarlo a Berlín para traer los restos mortales de Alice, quedándose aniquilada en Tívoli. Decía que ya no le quedaba nada por lo que vivir, pero una vez más se había impuesto el miedo. En las palabras de Alice, en cambio, había encontrado por fin la manera de vencerlo.

«Deberías haberla visto, Alice. —Franco imagina una vez más que habla con ella mientras aguarda bajo las sábanas, estrechando la mano de Silvana, que se va despertando—. Deberías haberla visto mirando por la ventanilla el manto de nubes bajo nosotros mientras el sol le iluminaba el rostro. Estaba pensando en ti, estoy seguro. En un momento dado sacó el cuaderno y cogió un bolígrafo. Nunca lo había hecho antes: escribir en vuestras páginas vacías.

»Te está escribiendo a ti. Debe de tener tantas cosas que decirte... Y ha encontrado la manera de hacerlo, un puente que la conduce a tu paraíso.

»Piensa, amor mío, que en ese avión precisamente me pareció verla serena por primera vez en tanto tiempo. Habría querido que ese vuelo no terminara nunca.»

Silvana abre los ojos. Hay un destello en sus pupilas, el mismo que cuando despegó el aparato. Estar en Berlín le hace sentirse más cerca de su hija, piensa Franco, porque es lo que le ocurre a él.

La presión de sus dedos aumenta. Franco sabe que se levantará el primero, como todas las mañanas.

—¿Bajamos a desayunar? —le propone.

—Me gusta desayunar en la habitación, ya lo sabes.

—A mí me gusta recorrer el bufet.

—Nunca nos han gustado las mismas cosas.

—Pero nos seguimos gustando el uno al otro.

Franco esboza una sonrisa, Silvana responde arqueando las cejas en una mueca de fingida impaciencia que para ellos equivale a una reacción divertida.

Él se levanta y va al baño, dejándola sola con sus pensamientos.

Silvana mira a su alrededor bostezando. Aún siente en la mano el calor de la mano de Franco. El silencio de la habitación es un capullo que la protege unos instantes. Después llegan hasta ella los ruidos de la calle, voces, alguna bocina.

El día anterior fueron a visitar el lugar donde estaba el edificio. Ahora es una plaza vacía.

Silvana lloró, sin poder parar, hasta que Franco la abrazó y la convenció para volver al hotel.

Le gusta Berlín, a pesar de todo. Tiene razón Alice con respecto a su brutalidad cautivadora, difícil de describir con palabras. Silvana quiere ver todos los lugares que ha visto Alice. Quiere escribir en el cuaderno de ambas, que ahora está sobre la mesilla de noche.

Franco sale del baño y empieza a vestirse en silencio. Ella sigue sus gestos con impaciente ternura.

Cuando termina, él le pregunta:

—Entonces ¿nos vemos luego? ¿Quieres que te suba algo?

—No, no hace falta. Ahora llamo al servicio de habitaciones.

Después Franco se va, cerrando la puerta tras de sí.

Silvana se acerca al teléfono y, en lugar de descolgar el auricular, coge el cuaderno y lo hojea.

Estoy aquí, Alice, ¿has visto? Estoy tratando de cumplir mis promesas.

Leerte no ha sido fácil. Por el sentimiento de culpa, amor mío, el pesar de no haber dejado nunca que te acercaras a mí como debería haberlo hecho. Pero me has obligado a mirar dentro de mí y a entender todo lo que me bloqueaba.

La doctora que me trata dice que sólo sumergiéndome por completo en este dolor podré aprender a convivir con él y a vernos a través de él. Dice eso exactamente. En efecto, cada día que pasa se vuelve más límpido.

He retrocedido en el tiempo hasta la muerte de mi madre, hasta los sueños de mi padre, cuando abrió el restaurante. Y he caído en la cuenta de que he hecho girar mi vida alrededor de ese sueño y he obligado a todo el mundo a ser parte de él. A todos menos a ti. Para ti tenía otros planes. Te veía firme en algo que fuera sólo tuyo, que dependiera sólo de ti, pero el mero hecho de tener planes para ti no era justo. Queremos que nuestros hijos se conviertan en lo que nos habría gustado convertirnos a nosotros. Hace poco leí una frase en un libro que me llamó la atención: «Cuando mi hijo se convierte en mi razón de vivir, significa que he abandonado la razón invisible de mi vida».

«Todo tiene una explicación -decía en cambio mi madre, tu abuela- , la comprenderemos más tarde, pero mientras tanto tenemos que aceptar hasta lo incomprensible.»

Leer me ayuda. Y leerte a ti es como este viaje: es sentirte de nuevo junto a mí. No, es algo distinto, Alice, algo aún más misterioso. A veces tengo la impresión de que vuelves a estar dentro de mí, en mi seno, y me dirijo a ti con el mismo tono que tenía de joven, cuando no esperaba nada, no sabía qué cara tendrías, pero estaba convencida de que te acogería y te querría sin condiciones. Llega siempre un momento en el que un padre espera algo de un hijo, olvidando lo hermoso que era esperararlo sin más.

Tienes razón en tantas de las cosas que me escribes..., sólo me doy cuenta ahora. Para empezar, que estos viajes representan mis sueños, no los tuyos. Y yo te he prometido que los cumpliría, que volvería a ser esa niña.

Hasta la llegada del cuaderno no había entendido qué querías decir al teléfono cuando me suplicabas que te

hiciera promesas para el futuro. Si lo piensas, este cuaderno ha esperado ocho meses para volver a mí. Era mucho más fácil que acabara destruido. En lugar de eso, parece que lo recogió precisamente una niña y que durante mucho tiempo se quedó en su habitación como un juguete olvidado. Hasta que un día, ordenando sus cosas, su padre se dio cuenta de que ese cuaderno era de otra hija, de una extranjera que necesitaba retomar el contacto con su madre.

Tendrías que ver cuánto más fuerte es tu padre de lo que yo pensaba. Sigue siendo curioso, ¿sabes? Temía que perdiera esa curiosidad suya, y me equivocaba. Pero cuando mira las cosas, es como si las observase pensando que tiene que contártelas a ti enseguida.

Tu padre y yo somos como el agua y el aceite -tienes razón-, pero esta mezcla de aviones, hoteles y ciudades nos ayudará a no perdernos.

Esta mañana vamos a conocer a Matthias. Nos ha llamado por teléfono. Dos veces. La primera, justo después del incendio. La segunda, hace una semana. No hemos hablado mucho, tenía una voz tan asustada... Está claro que le cuesta hablar con nosotros. Estaba en Dresde con su madre. Vuelve a Berlín justo hoy. Nos veremos a las once, para la ceremonia en recuerdo de las víctimas. Me parece imposible que entre esos nombres esté también el tuyo. Y quizá se lo parezca también a Matthias, visto que, según el registro civil, él era el único residente en ese apartamento.

Sí, me has leído el pensamiento, Alice. Quisiera que estuviera su nombre y no el tuyo en la lista de víctimas, y que hoy estuviéramos aquí para recordarlo a él y no a ti. Y quizá por ello nos tema Matthias, porque lo nota. Por lo demás, tal y como me lo has descrito, he entendido que se trata de un chico muy sensible e inteligente. Y tienes razón: si estuvieras viva, trataría de convencerte de que no es para ti, de que no has perdido nada, y seguiría hablándote de tu noviete del instituto, que cuando lo dejaste sufrí como si lo hubiera perdido yo.

Sólo ahora que ya no estás soy capaz de ver ciertas cosas claramente y de entenderlas. Si es cierto lo que decía mi madre, que todo tiene una razón, entonces este duelo absurdo y feroz que me ha caído encima es como una terrible bofetada. Tal vez tenía que despertarme, Alice. Tenía que salir de mi cuerpo, como imagino que hago algunas noches, y ver mi vida desde otra perspectiva, una que, por primera vez, comprende también la tuya. Te comprende de verdad a ti también.

Naima

Una vez, de niño, tocándose el ombligo, Bastien le preguntó a su madre qué era eso.

—Una cicatriz —le contestó ella.

—¿Y qué es una cicatriz?

—Una herida sanada.

—¿Me he hecho daño?

—No. Es una señal. La prueba de que una vez estuviste dentro de mí y de que hubo un tiempo en que compartíamos los mismos alimentos, el mismo oxígeno y el mismo cuerpo.

—¿Y después?

—Después nos separamos.

—¿Y nos hicimos daño?

—No, ninguno de los dos se hizo daño. Las cicatrices son como historias que contar, Bastien. Y ésta —concluyó ella, acariciándole el ombligo con un dedo— es la historia de ti dentro de mí.

Bastien la espera en el salón de la residencia en la que vive desde hace casi un año. Está sentado en un sofá de flores, en un rinconcito casi vacío. Los únicos muebles aparte del sofá son una artesa de madera y un televisor apagado. En la sala contigua, al otro lado de un gran arco, se entrevén unas mesas redondas en las que desayunan algunos ancianos.

Bastien se observa las manos. Es la parte de su cuerpo donde las cicatrices de las quemaduras son más evidentes. Puntos en los que la piel se ha vuelto como de cera y parece que alguien haya pasado una espátula por encima o la haya estirado, en un intento por remodelarla. Igual ocurre con la parte izquierda de su cuello y su barbilla. También su madre tiene las mismas cicatrices en la parte alta de la espalda y en la mejilla izquierda.

«Cicatrices que son como historias. La prueba de que hemos compartido la misma e irrepetible experiencia. La historia de ti sobre mis hombros y de mí intentando devolverte la vida, como hiciste tú cuando me trajiste al mundo.»

Su vivencia animó los periódicos alemanes durante muchos días y llegó hasta el extranjero: «Un joven francés se carga a su madre a la espalda, como Eneas a su padre Anquise durante la huida de Troya, y la salva de un edificio en llamas».

Precisamente Bastien. Bastien el incapaz. El degenerado. El mismo joven que durante meses se había quedado empantanado en un estado de impotencia y no era capaz de ayudar a su madre, de liberarla de las alucinaciones que la tenían cautiva. Justo él, inesperadamente, era descrito al mundo como un héroe.

El incendio lo ha cambiado todo; ha sido para ambos un nuevo principio, aunque sea imposible decirlo en voz alta.

Sólo esa noche entendió Bastien de verdad la naturaleza del sufrimiento de su madre. Hablar de su marido como de un enfermo ausente, que se desdibujaba cada día un poco más, había sido para ella una manera de acostumbrarse a la idea de dejarlo marchar, un entrenamiento para enfrentarse a la pérdida. En la realidad, al contrario, todo había sido demasiado inesperado y desgarrador.

Un cáncer había devorado a Gerard en tan sólo tres meses, durante los cuales se había reducido a un estado larval; tres meses de los que Naima había decidido no conservar memoria alguna. En su mente ya no había rastro de las noches en el hospital, del rostro pálido y demacrado de su marido, que ya no era capaz de mantener los ojos abiertos, que se quejaba del dolor y que en algún último destello de lucidez le preguntaba a su hijo: «¿De verdad me estoy muriendo?». Naima había rechazado a ese Gerard. Esas imágenes de vida violada que desentonaban demasiado con la idea del hombre invencible que siempre había sido a ojos de Naima.

Entre los especialistas a los que había consultado Bastien, había quien sostenía que la esclerosis podía llevar a trastornos psicóticos, y entre éstos alguno le había aconsejado que, al

menos en la primera fase, le siguiera la corriente a Naima, mientras que otros recomendaban que le hiciera afrontar enseguida la realidad del duelo. Fuera cual fuese la causa de sus alucinaciones, su manifestación era innegable; Naima se había comportado desde el principio como si Gerard aún viviera y la necesitara constantemente.

Durante meses Bastien había tratado de hablar con ella, de pronunciar esas cinco palabras que se le habían quedado enquistadas dentro: «Papá murió hace seis meses». Nunca había sido capaz. Quizá porque decirlo habría sido casi como hacerlo morir por segunda vez. Tanto es así que, en cierto modo, él mismo también había quedado cautivo de esas palabras.

Naima sólo permitió que Gerard muriera de verdad entre aquellas llamas. En el hospital, nada más recobrar el conocimiento, quiso ver al hijo para decirle: «Sé que papá no ha sobrevivido. Te ahorro el pesar de decirme que no ha salido de ese edificio».

Y Bastien decidió suscribir esa versión de los hechos, concederle a su madre una última mentira.

A su salida del hospital, un par de meses después, Naima se dejó convencer, sin oponer resistencia, para trasladarse a una residencia de ancianos. Y, con sorpresa, aceptó someterse a los cuidados y los tratamientos. Ya no parecía sufrir por las limitaciones de su autonomía. Era como si se hubiera liberado de un peso; como si el incendio y, sobre todo, la pérdida de Gerard la hubieran legitimado por fin en su condición de enferma.

Desde ese día, Bastien y Naima se han reencontrado a solas en una especie de tierra virgen que colonizar. Por primera vez, Bastien ha tenido a su madre sólo para él, sin trabas y sin tener que hablar de Gerard como si aún estuviera vivo y presente entre ellos.

Han establecido una nueva rutina, hecha de visitas vespertinas y de fines de semana juntos. Al principio hablaban de temas cotidianos —el trabajo que Bastien había encontrado por fin en una empresa de software, las pequeñas vicisitudes de la residencia—, después, poco a poco, su madre había empezado a contarle de su infancia, de su familia y de cómo había conocido a Gerard. Relatos íntimos, entretejidos de detalles que Bastien siempre había ignorado.

Antes de esas conversaciones, nunca había entendido lo que había significado de verdad para su madre fugarse con Gerard de Marsella a Hamburgo: quitarse el velo, reinventarse una vida —y una espiritualidad— en una ciudad fría en la que se hablaba una lengua seca e incomprensible. Antes Naima ni siquiera había aludido al sentimiento de inadecuación que Gerard y ella habían experimentado en sus propias carnes, sobre todo los primeros años, al sentirse en suspenso entre dos orillas, entre dos puertos de amarre, siempre a punto de partirse en dos.

—Si no te hablábamos del pasado era también porque queríamos protegerte, darte raíces nuevas, quizá demasiado finas, pero que al menos fueran tuyas del todo.

En el pasado, sin embargo, estaba también la enfermedad y el hecho de que a Naima le fuera diagnosticada muchos años antes del nacimiento de su hijo.

—Cuántos errores se cometen, Bastien, cuando uno no se comunica lo suficiente. Tu padre y yo crecimos en familias donde el silencio entre padres e hijos era algo que se daba por hecho, como una cortina esencial para la convivencia, y si un hijo se atrevía a preguntar el porqué de una prohibición, se le contestaba: «Es así y punto». Y no nos dimos cuenta de que estábamos repitiendo los mismos errores.

Esa tarde, Naima frunce el rostro en una mueca de llanto, antes de recuperar la respiración:

—Nunca había pensado que pudieras sentirte culpable de mi enfermedad, que llegaras incluso a creer que habían sido tus caprichos infantiles la causa de mi mal. Me destroza saber que yo también, con mi condición, he contribuido a tu rabia y a tu rebeldía de adolescente. En cambio, no te imaginas siquiera lo que significó para mí tu nacimiento. Llegaste justo cuando creía que ya no te merecía, y además para devolverme una identidad que no fuera sólo la de alguien condenado a una enfermedad degenerativa.

Bastien se sentía feliz por ese compartir tardío, que ya se había manifestado de una manera distinta, implícita, la noche del incendio. Como si el gesto que había hecho, el miedo y la emoción que había sentido, lo hubieran iluminado todo dentro de él, antes incluso de las palabras que por fin se confesaban.

Bastien daba las gracias de manera inefable por ese suceso que tantas vidas había destrozado también. A veces veía como desde fuera la secuencia de esos minutos convulsos. Casi le costaba creer que el joven que no había dudado en arriesgar su vida para cargarse a su madre a la espalda fuera él mismo. También la propia Naima callaba de pronto, le afluía la sangre al rostro y, sin poder parar de llorar, tapándose la boca con una mano para ahogar un gesto de estupor, decía:

—Me has salvado —como si acabara de despertar de un sueño—. Como en los cuentos que te contaba cuando eras niño... Pensaba que moriría entre esas llamas, y, cuando me cogiste en brazos, nunca me había sentido tan a salvo.

Después callaba y volvía la mirada hacia un punto impreciso, perdido en algún sitio lejano.

—Mi niño creció —decía—. No te imaginas cuánto me hizo sufrir su pérdida. Durante años no tuve paz. Hoy sé que ese niño es ahora mi héroe. Me salvó la vida. Quizá para recordarme que soy y seré siempre su madre.

Él le sonreía, lleno de ternura y estupor, se dejaba acariciar el brazo, conteniendo la emoción.

—¿Sabes, Bastien?, lo difícil no es tanto criar a un hijo como aprender a dejarlo marchar.

En los meses siguientes al incendio, Bastien encontró el valor de romper con Sheyda. Una psicóloga del equipo que siguió a los supervivientes le dijo que la cercanía con la muerte puede poner patas arriba nuestra escala de valores, hasta el punto de situarnos frente a un «yo» completamente distinto de aquel con el que nos habíamos medido en los años de vida transcurridos con buena salud.

Justo a un paso de la muerte, Bastien cayó en la cuenta de que Sheyda no era una prioridad para

él. Recordó las palabras que ella no se cansaba nunca de repetirle: «Tú padeces, Bastien. Padeces por culpa de tu madre, padeces por culpa de tu pasado, por sentimiento de culpa», y se dio cuenta de que esas palabras se aplicaban sobre todo a ella. Era sobre todo a Sheyda a quien Bastien padecía.

En esos mismos días la hermana de Naima, Aicha, retomó el contacto con ella. Se enteró del incendio por internet, y al leer que un joven había salvado a su madre, Naima Bertrand, cargándose a la espalda, sintió un escalofrío, el deseo imperioso de volver a ver a su hermana y de conocer a su sobrino.

Aicha y Naima se escribieron y se contaron todo lo que durante tantos años había quedado en suspenso. Se prometieron que se verían cuanto antes, pero, de no haber sido por Bastien, esas palabras no se habrían concretado de inmediato.

Una noche, siguiendo un impulso, el niño convertido en héroe tomó una decisión tan audaz como autoritaria: escribió a Aicha y acto seguido se conectó a la web de una compañía aérea. Compró un billete para Argel, justo la mañana del 23 de marzo, para evitarle a su madre participar en el homenaje a las víctimas, pues éste podría afectarla o hacerla comprender que Gerard no había muerto en el incendio.

Aicha se mostró encantada de recibirlos a ambos en su casa. Bastien le prometió que se reuniría con ellas en las vacaciones de Pascua, una vez terminado el videojuego en el que estaba trabajando, hasta llevar a Mr. Mack al nivel final.

Mientras espera a su madre en el pequeño salón de la residencia, Bastien se lleva una mano al bolsillo y se cerciora con un gesto mecánico de que el billete sigue en su sitio. Está allí esa mañana para recoger a su madre y llevarla al aeropuerto. Un chirrido lo hace volverse hacia el comedor.

Naima está pasando entre las mesas con su silla de ruedas. En ese último año no ha empeorado visiblemente, parece incluso más robusta, más sólida. Lleva el pelo bien peinado de cara al viaje. Se detiene a despedirse de los ancianos con los que ha entablado amistad, reparte comentarios, besos y sonrisas.

No conduce la silla ella sola, permite que una enfermera la empuje de una mesa a otra.

Cuando por fin llega hasta Bastien, le sonrío.

La enfermera se despide con un gesto de la cabeza. Bastien se inclina hacia su madre para darle un beso.

—¿Estás lista? ¿Nos vamos?

Naima respira hondo y, con un aire casi infantil, se encoge de hombros y asiente.

Unos minutos más tarde, ya en el coche, dice mirando la calle:

—Nos vamos precisamente hoy, que es 23.

Bastien teme que su madre aluda al homenaje, que se haya enterado o haya leído algo en los periódicos. En lugar de eso, la oye hacer una reflexión en voz alta que hasta entonces nunca se había permitido:

—¿Sabes, Bastien?, creo que esa noche, aunque hubiera tenido la posibilidad de ponerse a salvo, tu padre no habría salido de ese edificio.

Bastien siente un escalofrío en el estómago:

—¿Por qué piensas eso?

—No habría soportado la idea de vivir en un mundo donde fuera yo quien me ocupara de él y no al contrario. Prefirió morir.

Bastien está sentado a su lado y la observa con atención: la manera en que tiene entrelazados en el regazo los dedos deformados por la artritis, sus ojos fijos en la carretera y a la vez llenos de Gerard.

—Hoy regreso a Argel, Bastien —dice Naima después, quizá para aligerar el silencio repentino y alejar ese pensamiento—. Me parece casi imposible. No he vuelto desde que era niña, y hace más de treinta años que no he visto a Aicha.

Naima tiene ganas de hablar esa mañana, y el trayecto hasta el aeropuerto se lo permite. Últimamente repite a menudo las mismas cosas, como si quisiera grabarlas en la mente de ambos.

—Tenía una tía en Argel —prosigue—, se llamaba Amira; tu padre también la conoció, en Marsella.

Ya se lo ha dicho, es una de las cosas que cuenta más a menudo:

—Leía el porvenir en las cenizas. Un misterioso ritual antiguo que no sé dónde aprendió. Según cómo quedaran colocados los restos de la combustión, mi tía sentía unas punzadas en el pecho que le daban presentimientos, buenos o malos, y entonces contestaba a nuestras preguntas.

»Tu padre siempre ha sostenido que sintió uno de esos mordiscos hace treinta y cuatro años, delante del solar donde estaban construyendo nuestro edificio. Y pensar que se detuvo justo *allí* por casualidad. Los obreros estaban aún levantando los cimientos, pero él la vio íntegra: nuestra casa. Nuestro futuro.

»Me gustaría que también tú pudieras mirar los vacíos de la vida como nos enseñó la tía Amira. No sólo como algo que falta. Busca más bien en esos vacíos una oportunidad de seguir existiendo y de hacerlo de una manera distinta.

»La tía Amira me enseñó que no hay muerte que no presuponga un renacer. Aprender a descifrarlo puede dar sentido a todo lo que queda. Incluso a las cenizas.

Polina

A esa misma hora, en el salón de un elegante apartamento en la Bismarckstrasse, un niño rubio de algo más de un año avanza, algo tambaleante, con el mando en la mano, hacia un televisor

apagado. Su padre y su abuelo lo observan desde el sofá.

Ambos están pensando en la misma persona. Hay algo en la expresión concentrada del niño, absorto en estudiar las teclas del mando, que recuerda a su madre.

—¡Janis! —lo llama el abuelo, casi como si quisiera desafiar la determinación del chiquillo, que apenas se vuelve y sigue tambaleándose hacia su meta, en el otro extremo de la habitación.

Cuando al fin llega a su objetivo, Janis empieza a golpear el mando contra la pantalla negra y muda del televisor. Más que enojado parece curioso.

Michail, su padre, se levanta de golpe para interrumpir ese gesto potencialmente peligroso y, mientras aparta de allí al niño, siente casi un pesar; percibe con extrema claridad que el gesto de su hijo no pretende desahogar su frustración, sino que es un intento de comunicar, de entrar en contacto: la búsqueda trabajosa de una lengua común.

Lo deja entre las rodillas de Mantas, el abuelo materno, como quien encierra a un cachorro en un recinto de protección; luego vuelve a sentarse entre los cojines y se pasa una mano por el pelo.

El niño parece tranquilizarse en los brazos del abuelo. Tira el mando a la alfombra y se deja aupear. El anciano le sopla en los ojos, y Janis sonríe.

Janis sonríe siempre, a diferencia de su madre, aunque se le parece muchísimo. En realidad, se parece también a Mantas. Ahora que est n cerca y que el niño ha crecido un poco, es más que evidente. Michail los mira bromear: el mismo óvalo del rostro, los mismos ojos separados y los mismos hoyuelos, reconocibles también en Mantas las raras veces en que se r e.

Mantas, el padre de Polina, lleva tres días en Berlín. Es la segunda vez que va a verlos, siempre a costa del Estado; ahora está all  por el homenaje a las víctimas, que se celebrará esa misma mañana.

Con Mantas, Michail se siente como su hijo con el televisor. Nunca sabe cómo encenderlo, cómo hacerlo hablar. Lleva tres días durmiendo en casa con ellos, y aún no han conseguido mantener una conversación decente. No van más allá de algunas frases mínimas, de circunstancias. Michail ve en él la misma reserva de Polina, que nunca le ha parecido tan real y tangible como desde que su padre está en su casa.

Conocer a Mantas ha sido como tener en las manos el sello originario a partir del cual se forjó Polina o, se corrige mentalmente Michail, el que la marcó para siempre.

El día anterior Michail llevó a Mantas a visitar el gran museo judío de la Lindenstrasse. Fue un gesto espontáneo, porque ese lugar encierra uno de los recuerdos más valiosos que tiene de Polina. Pese a ello, nunca había vuelto all ; quizá aguardara el pretexto adecuado.

Había sido casi al principio de su relación. Habían ido a parar all  delante por casualidad, y Polina había insistido en entrar. Michail la había complacido sin esfuerzo; siempre le había gustado la arquitectura atrevida del museo, con su exterior recubierto de placas plateadas de zinc

y sus estrechas ventanas alargadas y rectangulares, semejantes a cicatrices o heridas infligidas en su fachada.

Polina había atravesado las distintas secciones con aire absorto, pero con paso ágil al mismo tiempo, parecía sobrevolarlo todo como en un vuelo panorámico; hasta que, de pronto, se había detenido ante la fotografía de un superviviente de Auschwitz y se había quedado inmóvil y fascinada unos minutos. A Michail le había parecido algo singular. La fotografía no tenía nada sorprendente; la expresión del hombre no era siquiera melancólica, al contrario, conservaba cierta luz. Polina, por el contrario, la estudiaba con una expresión tensa, de sufrimiento.

Una vez en la calle, Michail le había pedido explicaciones, y Polina le había hablado largo rato de su abuela, deportada en Siberia, de cómo se le parecía físicamente, y le había dicho que el rostro de ese hombre se la había recordado de pronto.

Había sido una de las pocas veces que Polina había aceptado concederle algo de sí misma. Por lo demás, al pasear con ella, verla bailar, hablarle, besarla, abrazarla desnuda en la cama, siempre le había dado la impresión de tener acceso a una biblioteca infinita sin disponer, sin embargo, del permiso para hojear ningún libro. Michail había notado en ella, desde el primer momento, una riqueza inaccesible, así como un sufrimiento excesivo que la arrastraba siempre hacia otra parte. Se lo había preguntado varias veces, acosándola en momentos de cansancio o después del sexo: «Dime adónde vas cuando no estás aquí conmigo». Pensando en lo que le había contado de su abuela, Michail se había planteado una pregunta absurda: «¿Se puede heredar una herida? ¿Una grieta en el ánimo, otro tipo de gen?».

En las noches en que se permitía volver a pensar en lo que había ocurrido, Michail se decía que debería haber hecho más. Pero no habría sabido precisar qué en concreto. Cada vez que le había parecido estar cerca de ella, después la había visto aún más lejana. Ya desde entonces, en realidad desde el principio, había entendido que amarla habría significado perseguirla sin poder alcanzarla nunca del todo.

Dos años después, Michail había decidido llevar a Mantas al mismo museo en el que Polina se le había revelado un breve instante; no había sido una decisión, de hecho, sino más bien un intento de huida de sus conversaciones vacías, que tanto lo incomodaban.

Mientras recorrían uno al lado del otro el Jardín del Exilio, en el exterior del edificio principal, Michail había hecho un último esfuerzo. Le había preguntado a Mantas:

—¿Por qué no te quedas un tiempo y me echas una mano con Janis? Yo me encargo de todo. Tú sólo dime lo que necesitas.

Y, allí, con el trasfondo de la alta columnata de cemento que rodea el jardín, había entendido definitivamente de quién le venía a Polina su actitud taciturna y distante, porque Mantas se había limitado a negar con la cabeza, en un gesto casi involuntario, sin ninguna emoción visible. A Michail le había parecido increíblemente viejo pese a que tenían casi la misma edad. Habían seguido recorriendo sin hablar las salas del museo, hasta que, exactamente como había hecho Polina, también Mantas se había detenido en la sección dedicada al Holocausto.

Encorvado, con los hombros hundidos, había paseado entre las fotografías y las piezas expuestas con un interés mudo y casi feroz, y sólo al salir había comentado en voz alta, de manera del todo inesperada:

—Es increíble cómo la vida pone a prueba tu capacidad de resistencia. Pero si estás dispuesto a luchar, no consiguen arrebátártelo todo. La dignidad de un hombre resiste hasta mucho más allá de lo imaginable.

Había sido el pensamiento más largo y articulado que Mantas había compartido nunca con él. Más que un pensamiento, en realidad se había tratado de un inciso entre el silencio precedente y el sucesivo. El museo parecía haberle producido el mismo efecto que a su hija. De regreso a casa, Michail se había alegrado de haber improvisado esa visita. No sólo por él, sino sobre todo por Polina; por un instante le había parecido haber llevado al padre de vuelta hasta ella, haberles permitido encontrarse por última vez.

Entre las rodillas de su abuelo, Janis profiere un grito divertido, que suena casi como un punto al final de una frase. Mantas vuelve a levantarlo en volandas y, antes de que pueda dejarlo en el suelo, Michail se inclina hacia él y le coge al niño de las manos con delicadeza.

Cuando ve a su hijo con Mantas, repara en que tiene sentimientos encontrados; quiere que estén juntos, que jueguen entre ellos, pero a la vez no quiere que esas interacciones duren demasiado. Como si el abuelo fuera un agente potencialmente patógeno al que exponerse para desarrollar los anticuerpos necesarios, pero sólo durante períodos limitados.

Mantas se levanta del sofá con dificultad y dice:

—Mejor salimos ya, ¿no?

—Aún es pronto. La ceremonia no empieza hasta las once.

—Entonces voy a dar un paseo, ¿te importa si nos vemos allí directamente?

—En absoluto.

Mantas se dirige a la entrada con una mano en el muslo. Sí, piensa Michail, aparenta al menos veinte años más de los que tiene. Pero no sabría decir si ese cansancio de vivir lo ha tenido siempre o si ha surgido tras la muerte de Polina.

Michail le hace cosquillas a su hijo en las mejillas y lo sienta a su lado, colocándolo entre los cojines.

«Mucho más allá de lo imaginable.» Tampoco Michail habría imaginado ser padre después de los cincuenta y verse en esa situación. Quizá también él haya envejecido después del incendio. Unos días antes, en el parque, una señora le había hecho un cumplido sobre Janis. «Su nieto es precioso», le había dicho. «Su nieto.» Le había resultado doloroso. No tanto por su vanidad como por la idea de que a Janis sólo le queda él. Tiene la obligación no sólo de mantenerse joven, sino también de pensar en su futuro, quizá buscándose una pareja amable, con un fuerte instinto materno, resistente, y que aprenda a querer al niño como Michail siente que lo quiere.

En ese momento llega Tine, la asistente que se ocupa de la casa y de Janis. Antes del incendio vivía en el mismo edificio que Polina, donde trabajaba para la dueña de la planta superior, que sobrevivió y ahora está en una residencia. Tine y Michail se conocieron en el funeral por las víctimas, y fue ella quien lo abordó para ofrecerle su ayuda. Tine se agacha y sonríe a Janis, alargándole las manos para que se las coja. Y Janis le devuelve la sonrisa, tendiéndole los brazos.

Desde el sofá, Michail observa a Mantas ponerse el abrigo, y le parece tan pesado como si fuera de metal, una armadura que uno se pone para salir.

Hulya

En la nueva habitación de Hulya, la ventana da a los tejados de Wedding. Es entrada la mañana, y la luz que se filtra por las ventanas parece irradiar sobre las paredes azuladas y las blancas baldosas del suelo, casi como si quisiera animarlas. Como el polvillo de las varitas mágicas de los cuentos.

Hulya se está preparando para salir. La esperan para el homenaje a las víctimas; ha pasado ya un año, y falta algo menos de una hora para el inicio de la ceremonia. Ha echado una última ojeada al archivo de ordenador que tiene que llevarse consigo, antes de sacar la llave USB y guardársela en el bolsillo.

Vive desde hace unos meses con Mavi, una compañera del equipo, la número 6, tercera línea ala, apodada la «reina de los placajes». La chica más desordenada del mundo pero también una de las amigas más simpáticas que Hulya ha tenido nunca.

Justo después de aquella «puta noche» —así la llama cuando no tiene más remedio que hablar de ella—, empezó para ella un capítulo nuevo e imprevisible en su vida.

Al aturdimiento inicial, causado sobre todo por la excesiva atención mediática —los periódicos y la televisión la presentaron como «la heroína que había salvado a un bebé arrojado por una ventana»—, y al dolor por la pérdida inesperada de Polina siguió una lenta e inexorable toma de conciencia.

Decirle a Mensur que no se casaría con él fue un paso natural, tan temido en el propósito como fácil en su ejecución. Más complicado fue, en cambio, imponerles sus nuevos proyectos a sus padres y hermanos.

Con la misma determinación con la que había defendido en familia su pasión por el rugby, una noche Hulya se presentó en el salón y se interpuso entre la figura de su padre, arrellanado en el sofá, y la emisión de un documental en la televisión.

Mientras su madre iba y venía como un yoyó de la cocina para servirle al marido los platitos de *meze*, colocados alrededor de una botella de *raqi*, Hulya reunió el valor de tomar la palabra y revolucionar su vida:

—No quiero seguir trabajando en el colmado.

La boca de su padre, que en ese momento masticaba vigorosamente, se quedó bloqueada entre dos bocados. A su madre se le doblaron las piernas y se desplomó en el sofá a su lado.

—He encontrado otro trabajo y otra casa. Necesito seguir mi propio camino.

Su padre volvió a masticar, conservando la calma:

—Explícate mejor.

Su madre trató de intervenir débilmente:

—Todavía estás afectada por lo sucedido, es normal, pero eso no...

En ese momento su padre levantó una mano y se la puso en la rodilla. Su mujer calló de inmediato. «Apagada —pensó Hulya—, como un aparato al que se silencia pulsando un botón.»

—Voy a trabajar de secretaria en un teatro y a compartir casa con una amiga.

El padre se limpió la boca con la servilleta. Siempre le había gustado definirse como un hombre abierto y moderno, pero las definiciones pueden tropezar con los hechos y resultar miseramente inadecuadas respecto a las intenciones que las han generado.

En la mirada que se intercambiaron los tres esa noche, el orgullo y la determinación tuvieron un peso similar. Empezó la negociación y, tras días de largos, y a veces hostiles, silencios, Hulya se salió por fin con la suya. Sus padres aceptaron su decisión, o más bien se resignaron a ella. Por lo que ella cambió de barrio, se mudó llevándose consigo sólo tres cajas de cartón y empezó su nueva vida.

A la realización de ese cambio tan drástico contribuyó también Michail, el padre de Janis, que, rebosante de gratitud, le ofreció un trabajo como secretaria en el teatro del que es director. El tiempo libre que le dejan el trabajo, los entrenamientos y los partidos Hulya lo pasa con Janis, el niño que la ha convertido en una heroína internacional y que cada día se parece más a Polina.

Hace poco también se ha inscrito por las tardes en un curso para documentalistas y ha decidido reunir todos los vídeos realizados a lo largo de los años —los que immortalizan a los inquilinos del edificio—, para hacer una película que rinda homenaje a las víctimas y a los protagonistas de la horrible tragedia.

El vídeo se proyectará con ocasión del homenaje organizado por la Administración Pública, en presencia de las autoridades y los medios de comunicación locales. Por ahora está en la llave USB que Hulya tiene en el bolsillo. Se mira una última vez en el espejo, se cepilla de nuevo la llamativa nube de cabello oscuro y dirige la mirada a la puerta reflejada en el espejo, por donde acaba de asomar Mavi la cabeza. Vestida con un traje sastre gris ceñido, no parece la misma persona.

—¿Estás lista?

Hulya asiente.

—Pues venga, vámonos.

A pocos kilómetros de la nueva casa de Hulya, en una de las salas principales del museo de Pérgamo, Franco y Silvana están sentados en silencio en un banco metálico. Ante ellos se recorta, única e imponente, la Puerta de Babilonia.

Silvana no puede saberlo, pero el banco en el que está sentada es el mismo en el que, un año antes, se refugió Alice en su huida de la ciudad y de la vida real. Han decidido visitar el museo por ella, por estar unas horas en un lugar que a Alice le gustaba y en el que se sintió acogida.

Llevan ya cerca de diez minutos sentados uno al lado del otro, con la barbilla alzada y la expresión perdida, admirando en silencio la extraordinaria sucesión de azulejos azul cobalto y ocre que recubre la puerta por completo.

Ambos tienen puestos los auriculares de la audioguía. Con una sonrisa, Silvana se vuelve ligeramente hacia Franco, lo mira y le pone una mano en el hombro. Quiere decirle algo. Franco se quita los auriculares.

—Alice tenía razón —le murmura—. El que habla tiene tu misma voz.

—La mía no es tan nasal.

Silvana sigue sonriendo, y para Franco la reiteración de ese movimiento sencillo de los labios, apenas perceptible, es como una ofrenda inesperada.

Silvana se ensaña, parece casi divertida:

—No, tú hablas aún peor, y además te comes las palabras.

—Al menos, no tengo frenillo.

—Sólo te faltaba eso.

Después, en una secuencia de pequeños gestos perfectamente sincronizados, vuelven ambos la mirada a la puerta, se ponen los auriculares de nuevo y dejan de sonreír.

Se quedan así, absortos, un tiempo indefinido. A intervalos regulares, Franco vigila a Silvana de reojo. Ya no sonrío, pero tampoco parece triste; tiene la cabeza inclinada hacia un lado y sigue observando la puerta, como si se tratase de una aparición extraña y fascinante.

Unos instantes después es Franco quien le pone la mano en el hombro a Silvana, y esta vez es ella quien se quita primero los auriculares.

—Tenemos que irnos —le dice—. Está a punto de llegar el coche.

Silvana asiente y se levanta del banco con un gemido de cansancio. Franco sigue sentado un segundo más, como si antes de imitarla quisiera asegurarse de que su mujer consigue levantarse.

Junto a la salida se toman de la mano y se dirigen a la puerta, donde los espera ya una berlina

oscura.

Lo que quedaba del edificio de Hallesches Ufer ha sido derruido, y por ahora en su lugar sólo hay una plaza. La han llenado de sillas para la ocasión. Hay un estrado con un atril y un proyector dirigido hacia una tela blanca, como un cine al aire libre. Antes del inicio de la ceremonia la plaza está ya llena de gente, y en las calles adyacentes se ha formado un pequeño atasco.

Hulya está en primera fila, Mavi le coge la mano. Detrás de ellas se sientan los padres de Hulya con sus hermanos, sus tíos y sus primos. La mirada que intercambian es benévola pero afligida.

Pronto la nombrarán y proyectarán su vídeo: el homenaje que Hulya ha querido ofrecer a las víctimas.

A la derecha del estrado respecto de donde está sentada Hulya puede distinguirse la silueta azul y blanca del globo de *Die Welt*. El globo aerostático flota en el aire, pero al mismo tiempo está anclado al suelo, retenido en su vuelo por una larga cuerda oscura que oscila débilmente. Casi un cordón umbilical, piensa Hulya, algo que, aunque se corte, nunca podrá destruirse del todo.

Hulya vuelve a mirar a las personas reunidas en la plaza. No muy lejos de donde está, reconoce a Michail, que tiene en brazos a Janis. Le sonrío, indicándole con un gesto que poco después se reunirá con ellos. Está también el abuelo de Janis, el padre de Polina. Se vieron el día anterior porque Hulya quería enseñarle las imágenes que se proyectarían sobre ella.

En realidad lo hizo con todos los supervivientes y con los familiares de las víctimas. También con Bastien, el hijo de Naima, al que sin embargo ahora no alcanza a distinguir entre la multitud. Tienen en común haber acabado en el punto de mira de la prensa como dos héroes. Cuando se vieron la última vez, hablaron de ello. De una manera extraña, salvar la vida de alguien te da la impresión de haber salvado en parte también la tuya propia. Bastien, en efecto, parecía distinto. En paz, más disponible. Le ha pedido que incluya también a su padre entre los vídeos, si tiene alguna imagen suya en su archivo. Hulya ha pensado que le gustaría tener un hijo tan atento. Quizá algún día también Janis pueda llegar a preocuparse por ella de esa manera.

A quien sí alcanza a distinguir entre los presentes es a Matthias, el chico que perdió en el incendio a su novia italiana y al que Bastien salvó. También con él ha hablado sobre los vídeos. Hulya pensaba proyectar un beso que Matthias y su novia se habían dado a orillas del canal, y Matthias quiso verlo. En esa ocasión se abandonó a algunas confidencias que Hulya nunca habría imaginado de un chico como él. Le habló de Alice; del tormento de los primeros meses siguientes

al incendio, cuando no era capaz de pensar en nada que no fuera la imagen de la ventana vacía, esa escena madre que parecía destinada a repetirse hasta el infinito en su cabeza, y de cómo, sólo con el transcurso del tiempo, el recuerdo de Alice había empezado a poner paz en sus pensamientos, como hizo asimismo la propia Alice en vida, enseñándole el entusiasmo. Matthias también le habló a Hulya de su madre: lo había tenido muy joven, y hasta entonces su relación había estado constelada de incomprensiones e histriónicos enfrentamientos. Pero, para él, como para muchos de ellos, las llamas de esa noche habían representado un final y un inicio al mismo tiempo: tras leer el nombre de Matthias en el periódico, su madre lo había llamado, con un tono de voz muy distinto del de la última vez, cuando se habían despedido con un portazo. Le había pedido que volvieran a verse, y él había aceptado regresar a Dresde. En los cuadros que pinta Matthias siempre hay un muro que se resquebraja. Mientras el tren se acercaba a su destino, como le contó a Hulya, durante un instante y por primera vez le pareció claro el porqué.

Matthias se abre camino entre la multitud, con el cabello aún más claro y el rostro tenso. Se está acercando a una pareja de mediana edad sentada en primera fila. Deben de ser los padres de Alice. Hulya sólo ha hablado con ellos por teléfono. El padre abraza a Matthias como si ya se conocieran, mientras que la madre se muestra más fría, casi distante.

Algo más lejos, en la tercera fila, en el extremo opuesto, hay un hombre y una mujer a los que Hulya conoce bien pero a los que nunca ha podido filmar.

Ellos también vivían en el edificio. En tiempos estaban casados y querían tener un niño. La vida, sin embargo, se interpuso, y acabaron por separarse antes de poder ser padres. Durante años se disputaron el apartamento de Hallesches Ufer como si fuera un hijo. Una guerra feroz, a golpe de mandatos judiciales y cartas de abogados. A golpe de rencores continuos. Al final, la casa fue para la mujer, que recompró su parte, para luego habitarla sólo durante breves períodos, sin reformarla nunca ni frenar el deterioro de las instalaciones.

Ese apartamento era el 3B, el foco donde se inició el incendio.

Hulya se pregunta si los demás pueden reconocer a la pareja, si son conscientes de quiénes son en realidad ese hombre y esa mujer. Los dos culpables de la tragedia cuyas víctimas lloran todos están ahí mismo, entre ellos. Hulya tiene una reacción de disgusto hacia ambos por el hecho de que se hayan presentado en una ocasión así, en busca quizá de una absolución tardía. «Pero si de verdad es el perdón lo que buscan, tendrían que suplicarlo en voz alta y no quedarse en segundo plano, en un rincón, como si temieran llamar la atención.»

De una manera perversa, sin embargo, Hulya descubre que también siente por ellos algo semejante a la admiración; hace falta tener valor para desafiar así tu responsabilidad, para afrontar de manera directa las consecuencias terribles de tus omisiones.

Casi como para contrarrestar ese sentimiento que considera demasiado indulgente, Hulya se pone a escrutarlos con insolente obstinación. La mujer está pálida y tiene una expresión perdida.

Viste una gabardina beis, tendrá unos cincuenta años, muy bien llevados, y un aire elegante. Quizá esté pensando: «Podría haber desconectado la instalación eléctrica antes de irme, o al menos haber desenchufado la nevera. Sabía que estaba defectuosa». El exmarido, un hombre distinguido él también y muy atractivo, le lanza miradas cargadas de preocupación, y por su parte estará pensando: «Podría haber estado ella ahí dentro, podría haberla perdido para siempre».

«Los síes y los peros van siempre de la mano de tragedias como ésta», piensa Hulya, siguiendo el contorno ondulado de una nube. Lo piensa también de sí misma: «Podría haber reunido el valor de llamar a la puerta de Polina. Le habría hecho compañía, y nos habríamos dado cuenta a tiempo del incendio». El propio Matthias —se lo confesó él mismo— tenía pensamientos similares. Si no hubiera bajado a comprar las cervezas. Si la hubiera convencido para salir: era viernes por la noche, podrían haber ido a bailar como la última vez.

Cuando arranca el vídeo, la primera imagen que llama la atención de los presentes es el rostro del hombre al que devoraron las llamas cuando derribó la puerta del apartamento 3B. Es el hombre del brandy. En el vídeo no tiene la barba larga y gris, ni lleva un abrigo raído. Su rostro no está sucio ni parece borracho. Se lo ve incluso bastante elegante mientras entra en el colmado con una niña: su hija. Que en la realidad está sentada entre el público y es mucho mayor de como aparece en el vídeo. En éste sonreía, mientras que en el presente de la ceremonia se enjuga las lágrimas con un pañuelo.

Tampoco contiene el llanto la señora sentada en la tercera fila, la dueña del 3B, donde estalló el incendio. Ese hombre fue durante muchos años su vecino de rellano. Esta vez, el marido le rodea los hombros con el brazo. Vistos así, de espaldas, parecen una pareja de padres afligidos que tratan de infundirse ánimo el uno al otro.

Justo después viene el beso entre Matthias y Alice. Esta vez es el padre de la joven quien rodea con el brazo los hombros de su mujer. Ella se vuelve y le lanza una mirada a Matthias, con una dulzura de la que antes no parecía capaz, cómplice de pronto.

En el vídeo, Naima y Gerard pasean a orillas del mismo río, y Polina cruza la calle para entrar en el colmado. Se preocupa de tapar a su hijo para que no se enfríe. Sonríe a la caja, sonrío a Hulya, que le dice:

—¿Puedo filmaros? Hacéis una pareja preciosa.

Polina se ruboriza y se vuelve para acariciar a Janis y colocarle bien el babero.

El vídeo concluye con las notas de Chaikovski que ponen melodía a un ballet del que es protagonista Polina. El público aplaude, embargado por una profunda emoción.

Esta vez es Hulya quien se abandona al llanto.

Bastien es el primero en alejarse de la multitud. También es el que ha participado en la ceremonia de manera más discreta. Después de acompañar a su madre al aeropuerto, ha llegado cuando ya había empezado y se ha marchado antes de los saludos finales. Le ha bastado cruzar su mirada con la de Matthias, la gratitud que traducían sus ojos brillantes y enrojecidos, para entender lo que lo había empujado hasta allí.

Después, arrojándose en su cazadora, con las manos hundidas en los bolsillos, ha llegado al paso elevado donde se encuentra la estación de metro de Hallesches Ufer.

Mientras sube los escalones piensa en los vecinos del edificio en llamas. En la valentía que no creía tener pero que demostró esa noche: en los pies que corrían solos, en los brazos, las piernas, los pulmones que contuvieron largo rato la respiración.

Aún no ha llegado el tren. Antes de sentarse en el banco echa un vistazo al horizonte, al punto donde ahora se ha creado un vacío.

Le parece imposible que ya no exista. Cuántas veces se ha parado a mirarlo desde que era niño, justo desde lo alto de ese puente: el edificio que su padre eligió pensando en el porvenir de su madre. Como un refugio secreto pero expuesto a las miradas de todos. La fachada de cemento enlucido de rosa lo hacía parecer una pálida fortaleza, aunque la utilización abundante y estratégica del cristal lo hacía ligero, como un buque fantasma. Que de pronto se hizo invisible.

Bastien piensa de nuevo en las palabras de su madre: «Me gustaría que también tú pudieras mirar los vacíos de la vida como nos enseñó la tía Amira. No sólo como algo que falta. Busca más bien en esos vacíos una oportunidad de seguir existiendo y de hacerlo de una manera distinta».

Sin poder contenerse, Bastien se echa a llorar.

Antes de subir al tren, con las mejillas llenas de lágrimas, trata de recuperar el aliento y se vuelve por última vez hacia la plaza donde antes estaba su casa y ahora hay una multitud de personas de luto.

No puede saberlo, pero dentro de unos diez años volverá a estar por casualidad en esa misma estación con un niño de la mano.

El niño será su hijo, al que ese día habrá decidido llevar a la biblioteca donde pasó con su madre, la abuela del niño, muchas tardes de su infancia. El espacio todavía vacío de la plaza llamará su atención, y por primera vez Bastien observará ese vacío imaginando el rostro de su padre.

Una imagen de hace casi medio siglo: Gerard, que se queda cautivado ante unas obras en apariencia como tantas otras y que busca, en los carteles, sobre las vallas, un número de teléfono para ponerse en contacto con el promotor porque acaba de notar en el pecho un escalofrío premonitorio, de esos que tantas veces había descrito la tía Amira. Es su padre y al mismo tiempo un adulto cualquiera que pasa por ahí. Hace falta desapego y experiencia, pensará Bastien en ese momento, para llegar a considerar a un padre no sólo como el ser humano que nos ha traído al mundo.

Su hijo, un niño rubio que parecerá más europeo que semita, le tirará de la mano:

—¿Qué miras, papá?

—Hace mucho tiempo, allí estaba mi casa —le contestará Bastien con tono tranquilizador—. Ven, te voy a contar una historia.

Nota de la autora

A diferencia de las que he escrito hasta ahora, esta novela nació tras leer el artículo de un periódico. Un artículo escrito por mi compañero Massimo Gramellini en junio de 2017, que entrelazaba las historias de madres e hijos en el incendio de la torre Grenfell de Londres: un suceso que sacudió a medio mundo. Incluida a mí.

Leyendo las palabras de Massimo, sentí como si dentro de mí se abriera una cerradura, la necesidad de dar voz a esas «escenas madre»: hechos ocurridos de verdad, pero también momentos destacados en los que la vida y la muerte se rozan hasta confundirse, devolviendo a la paternidad un papel protagonista.

«El primer y el último nombre», decía un poema de Edmondo de Amicis. El primer nombre que pronunciamos y el último en el que la mayoría de nosotros se refugia un instante antes de dejar este mundo: la madre. No podría haber abordado estas historias permaneciendo fiel a la realidad del suceso, no era ésa mi intención. El suceso me ha proporcionado la inspiración necesaria para construir personajes que indagan, a través de sus vicisitudes, en la complejidad, cuando no la incapacidad, de la comunicación entre padres e hijos, y de una manera más general en la soledad de estos tiempos modernos, cada vez más multiculturales y, pese a todo, lastrados aún de rigidez y prejuicios.

Si miro atrás me parece no haber hecho otra cosa en la escritura más que explorar el vínculo poderoso y ancestral que existe entre los hijos y quienes los traen al mundo, para iluminar mis sombras, y haber escrito esta novela justo cuando me disponía a ser madre por segunda vez ha hecho de esta experiencia narrativa una de las más formativas de mi carrera y también de mi vida.

El título *El silencio de nuestras palabras* me lo ha sugerido una amiga importante. Gracias, Michela.

Notas

1. El término despectivo *kanake* se emplea en alemán para designar a personas de países de lengua alemana pero originarios del norte de África, Oriente Medio y el sur de Europa. (*N. de la t.*)

El silencio de nuestras palabras
Simona Sparaco

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Nel silenzio delle nostre parole*

Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Grazia Ippolito / Rosebud 2

© Simona Sparaco, 2019

© por la traducción, Isabel González-Gallarza, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2020

ISBN: 978-84-08-22518-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

